

A woman with long, wavy brown hair, wearing a white, off-the-shoulder, form-fitting dress, looks upwards with a slight smile. A man in a dark suit and white shirt is partially visible on the left, with his hand gently touching the woman's chin. The background is a dark, textured wall with a spotlight effect on the woman.

MIA DEL VALLE

CHANTAJE

MI PEOR OPCIÓN

CHANTAJE

MI PEOR OPCIÓN.

SINOPSIS

Permítanme advertirles, que esta no es una clásica y auténtica historia de amor, ni yo el príncipe azul de los cuentos de hadas.

Soy un hombre vengativo, herido, y con sed de justicia. Somos dos clanes enfrentados por el odio de las inmoralidades, desde hace años, pero ya no más. El destino armó el plan perfecto, puso en bandeja de plata frente a mí, *una inocente alma que pagará los daños causados por su sangre*. En este caso la venganza es prácticamente una obligación, una forma de sanar dolores y fantasmas que llegan desde el pasado. Solo que, lo que comenzó como un plan perfectamente calculado desde el principio, se desmorona frente a mis ojos, como un castillo de arena a merced del viento.

¿Cuándo sucedió? ¡¿Cómo?!

No lo sé con exactitud, solamente puedo asegurar que pasó y todo lo planeado va a tener que cambiar... aún no sé cómo, porque *se compra lo que tiene precio, lo que tiene valor... se conquista*.

Al menos por una noche *tendrá que ser mía*.

“Mi único amor nació de mi único odio, pronto le veo y tarde lo conozco.” Romeo y Julieta, de William Shakespeare.

© 2017 Mía Del Valle

ISBN-13: 978-1542713719

ISBN-10: 1542713714

Trabajo de corrección: María Angélica Sasías.

Diseño de portada: Kramer Heinrich.

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los lugares y los personajes son ficticios.

Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo y por escrito de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

UN POCO ANTES DEL PRINCIPIO.

—Eso jamás va a ocurrir. Lo digo y lo repito AJ, no hay ninguna posibilidad que acepte semejante disparate. ¡Ninguna! —recalcó la distinguida mujer, mientras se ponía de pie en la antesala que hacía momentáneamente de oficina, y tomaba su bolso de mano dispuesta a huir de ese lugar.

—Ya volverás Clarita... te lo puedo asegurar. No tienes otra elección, que aceptar. Créeme... soy tu mejor y única opción —sentenció el apuesto caballero con una sonrisa de lado y el dedo índice de una de sus manos apoyado sobre su barbilla.

La frialdad de su mirada detuvo el andar de la elegante dama por un momento. Conocía a ese ser desde hacía mucho. Aunque luego de tantos años sin verse, parecían dos extraños a punto de iniciar una guerra. Una guerra de la que ella no estaba dispuesta huir y que sin dudas dejaría heridas.

Clara parpadeó aclarando sus pensamientos y rápidamente se repuso, como era costumbre en ella. Sin mirar atrás, retomó su andar hasta llegar a la salida... pero antes de abandonar la sala, volteó y repitió...

«Jamás»

CAPÍTULO 1

Muchos años atrás...

Eran poco más de las dos de la madrugada cuando la primera contracción despertó a María.

El dolor fue desgarrador y el miedo a la nueva aventura que estaba a punto de comenzar... aún mayor. La mulata de ojos color mar, buscó en la mesa que había a un lado de su catre, hasta dar con una caja de cerillas. Con ellas encendió una pequeña vela, y le dedicó un pequeño rezo a la virgencita que la protegía desde la cabecera de su cama.

El hogar aún se mantenía encendido con una tenue llama y la pequeña vivienda permanecía templada. Su hermana Guadalupe dormía plácidamente, ajena a todo lo que estaba aconteciendo a escasos pasos de ella.

Una segunda contracción la hizo cerrar los ojos y aferrarse con tanta fuerza a la colcha, que sintió como se doblaban sus largas uñas.

«El momento había llegado»

—Guadalupe —llamó María con la poca energía que le quedaba en medio de los dolores —Lupe, por favor... te necesito.

Lupe abrió los ojos y mientras se sentaba en el catre intentando despabilarse, observaba con horror lo que estaba viviendo su joven hermana.

María se retorció de dolor en medio de un gran charco de sangre. Si bien la mayor de las hermanas nunca había tenido la dicha de ser madre, ni la tendría para su pesar, tampoco había atendido uno, pero estaba segura que eso no era normal. Rápidamente se puso de pie, y así como se encontraba «de camión» corrió fuera del rancho en busca de su hermano Gerald.

El mayor de los tres hermanos dormía en la cabaña contigua a la de ellas, en la casa de los hombres.

—¡Gerald! —gritó Guadalupe entre lágrimas —Gero, ¡salga mijo que lo necesito! Dese prisa por favor, algo está mal con la María y el bebé. ¡Vaya y busque a la doctora por favor!

Su hermano salió rápidamente del rancho a medio vestir, junto a dos de sus amigos, y terminando de calzar una de sus botas de cuero, corrió hasta su caballo y salió como un demente en busca de la doctora Saavedra. Los dos muchachos marcharon junto a Lupe a la casa, para acompañar a María, mientras Gero traía ayuda.

La doctora vivía en la estancia vecina, a unos cuatro kilómetros de distancia, y dormía junto a su esposo y su pequeña bebé de un mes de vida, cuando escuchó los gritos.

—¡Doctora!, ¡doctora! Por favor, mi manita la necesita —gritaba el pobre hombre desesperado fuera de la portera principal.

Fue el esposo de la médica quien salió al encuentro del joven mulato antes que su mujer. Y solicitando que guardara silencio, instó al muchacho a marcharse y que volviera a su rancho, de lo contrario llamaría a su patrón, para que él le diera su merecido por tan soez comportamiento.

—Pero mi hermana necesita a la doctora patrón —suplico el muchacho —algo no está bien con el bebé.

—Mi mujer no estudió para atender a negras putas que se revuelcan con los hijos de los señores. — Lanzó sus palabras con desdén... como flechas envenenadas directo al corazón.

Al muchacho se le llenaron los ojos de lágrimas. El enojo, la ira y la tristeza lo hicieron apretar tan fuerte los dientes que sintió como estos crujió a causa de la presión.

—No me diga eso patrón... mire que el mundo y la vida es redonda. Todo puede volver —susurró el muchacho volteando para marcharse del lugar.

—Atrevido de mierda... ¿me estás amenazando? —gruñó el alto y fornido estanciero.

Gerald no volteó a responder. Sus hermanas lo necesitaban y no podía perder el tiempo discutiendo con el vecino de su patrón. Seguramente mañana, tendría una reprimenda cuando Don Horacio se enterase.

—Ya estoy lista Gerald... ¡vamos! —dictó Ruth sobre su caballo, terminando de colgar el morral de cuero negro, que usaba para guardar sus instrumentos médicos.

Los dos hombres voltearon de golpe, la boca de su esposo se abrió y sus ojos lanzaron chispas al ver la rebelde actitud de su mujer.

—Pero... pero querida —intentó decir mientras tartamudeaba por la ira.

—Pero nada “querido” —y puso énfasis cuando lo llamó querido —¿puedes abrir la portera? regresaré cuando todo esté en orden. Por favor, cuida de Clarita.

Don Saavedra de mala gana obedeció, y tal como lo había pedido Ruth, abrió la portera, permitiendo que su mujer cabalgara fuera, detrás del peón que había llegado pidiendo por ella.

Tal como lo temió la joven mujer, al llegar, el bebé se encontraba enredado en el cordón umbilical. Por la sangre que había perdido María, también sabía con exactitud que la placenta se había desprendido, por lo que el tiempo corría en contra. Debía sacar al niño antes que se asfixiara. Lo ideal sería una cesárea de urgencia, pero en medio del campo y con la gravedad del asunto, eso era impensable.

—María —llamó a la joven, quien lloraba asustada tomándola de los hombros —cuando sientas ganas de pujar hazlo, pero cuando yo te lo pida debes detenerte, si no me haces caso el bebé se ahorcará... ¿me entiendes?

No tenía intenciones de asustar a la joven madre, pero necesitaba de toda su colaboración para lograr desatar el cordón del cuello de la criatura y que todo esto no terminara en una tragedia.

María asintió entre sollozos, y una fuerte contracción llegó en ese instante.

—Puja María... ¡puja! —instó Ruth y tras pujar con fuerza, María pudo sentir cuando la cabecita de su hijo salió —. Ahora espera María —gritó Ruth mientras desatoraba el cordón del pescuezo del pequeño —respira como perrito... por la boca —continuó hablando para captar la atención de la muchacha. Sus manos se movían rápido y con destreza, pero el corazón le iba a mil. En la penumbra de aquel humilde lugar, en el que solo se encontraban un par de velas encendidas, y la llamada del hogar, el color azulado en los labios de la criatura ya se hacía evidente.

Ahora sí.

Ya se encontraba sin ataduras, por lo que tendría que separarlo cuanto antes de la trencilla que lo mantenía unido a su madre, y rezar a todos los santos, para que llorara con fuerza y cargase sus pequeños pulmones con oxígeno.

—Ahora sí María, a la cuenta de tres, puja con fuerza niña. ¡Vamos! Uno, dos... y...

—¡Aaaaaahhhhh!

El grito de María se escuchó en el silencio de la noche, como el aullido de un lobo a la luna.

Finalmente, su hijo había nacido.

Si Ruth no hubiera estado en aquel momento, dudaría de la veracidad de que ese bebé fuera hijo de María. Pese a que se encontraba pálido y levemente morado, el niño «porque eso era» un pequeño y regordete varoncito, tenía la piel del color de la nieve y su cabello como rayos de sol. «Seguramente también tenga los ojos azules como su madre» pensó Ruth, un rasgo singular que poseía aquella pequeña familia de tez oscura.

Velozmente la joven doctora cortó y ligó el cordón y con un nudo en el estómago, comenzó a masajear el pequeño e inmóvil cuerpecito, aparentemente sin vida.

—Vamos, vamos bebé. Por favor, respira... por favor respira —murmuraba mientras frotaba una y

otra vez a la criatura.

Lupe y Gerald abrazados a su hermana sollozaban en silencio, hasta que el alarido del llanto se escuchó.

—Mi hijo —dijo sin fuerzas María con una sonrisa en los labios y lágrimas bañando su rostro.

Ruth no pudo evitar la emoción y ella también se puso a llorar. María tomó en brazos a su hijo y besó su coronilla. El pequeño lentamente comenzó a abrir sus ojos y su mirada se encontró con la de su madre.

—Bienvenido al mundo Aarón.

—¿Aarón manita? ¿Ese será el nombre de mi sobrino? —preguntó el mulato.

María asintió en silencio.

—Así es mi querido hermano, este niño será mi *luz*... tal cual significa su nombre. De ahora en adelante solo veré por él.

La puerta se abrió en ese momento, asustando a todos los presentes.

Los patrones habían llegado.

Horacio y Diego Jamasen, padre e hijo respectivamente, entraron con cara de pocos amigos. El joven veterinario al ver la escena que se desarrollaba frente a sus ojos, rápidamente caminó hasta María, y para el asombro de todos, se puso de rodillas a un lado de la cama, y apoyando su frente en la de la chica se puso a llorar.

Nadie entendía nada, pero todos entendían todo. Porque no era necesario ser un ilustre, para darse cuenta que tanto Don Diego, como el pequeño Aarón presentaban muchas similitudes físicas.

Muchísimas.

—Diego... ¡basta ya! —increpó Don Horacio —termina esta bobería de una buena vez. No quiero ver a este pequeño bastardo dentro de mi campo. Ya mismo quiero que saques a toda esta gente o me llevo el niño y lo dejo en medio de la nada.

Los dos amigos de Gerard y él mismo se acercaron hasta donde estaba el patrón. Lo bueno, es que no fue necesario que dijeran nada. Porque fue don Diego Jamasen «ese único hijo al que Don Horacio le había enseñado todo para heredar el trono» quién habló.

—¡No te atrevas a amenazar a mi hijo papá!... ¿Me has escuchado? —gritó el joven hombre.

—¿Tu hijo? —Sonrió con desdén —no te das cuenta, que lo único que quiere esta gente —realizó un despectivo movimiento con su mano, en el cual señalaba a los presentes —es dinero... La negrita se abrió de piernas y te hizo un retoño. ¡Y tú como si nada! ¿Por qué mejor no aprendes de tu padre?... la pequeña Lupe —limpió con su dedo la comisura de sus labios y acomodó su barba mientras miraba a la mujer —Lupita ha calentado muchas veces mi lecho, pero jamás traerá un paquete en el bombo... me he garantizado en persona de eso.

Gerald apretó los puños, intentando controlar su ira por lo que acababa de escuchar. El viejo había violado a su hermana mayor y era el responsable del atroz daño que sufrió su hermana en el útero años atrás. «Es él» *Eso no quedaría así.* Aquello jamás podía quedar como si nada. «*Tendría que matarlo*» pensó.

Diferente era lo que tenía María con Diego... porque todos sabían que se amaban desde niños. Pero la maldita brecha social y el que uno fuera patrón y la otra sirviente, hacía de esa relación un imposible.

—¡Basta papá! Yo me voy con ellos, ¡ya está decidido! —gritó Diego con ira poniéndose de pie.

—Silencio estúpido —ladró el padre — ¡que acá el que manda soy yo!

Pero, para el asombro de todos, el destino tenía preparado otro final para esa historia, porque el único que se iría esa negra noche de la hacienda *Alma Mía*, sería el mismísimo Don Horacio. La parca había llegado por él.

Con pocos minutos de diferencia, un ángel había llegado y un demonio se había marchado para

siempre, dejando un legado de daño y dolor.

CAPÍTULO 2

Veintiocho años después.

—Pero... solo por eso, ¿es que crees que estás maldito Aarón?

—No lo creo Domingo... ¡lo aseguro!

—Tú no mataste a tu abuelo... te lo repito, solo fue una triste casualidad.

—Murió de disgusto... *¡te lo puedo asegurar!* Pero eso es algo que me tiene sin cuidado, el viejo era un hijo de puta.

—¿De disgusto? —Repitió el psicoanalista antes de dejar escapar una risotada —nadie muere de eso, loco.

Si bien Domingo había atendido a un sinnúmero de pacientes con diferentes trastornos, este era el que mayor empatía le causaba. Aún no lograba comprender qué era lo que mantenía al hombre atormentado, pero podía suponerlo.

—¿En qué parte de la historia, es que entra ella en juego?

—En todo y en nada... nunca me soportó por lo que el padre dijo sobre mí. Aunque yo tampoco a ella.

—¿Qué era exactamente, eso que decía el padre sobre ti? *Recuérdamelo.*

—Que yo estaba maldito —repitió —verás... Diego, mi padre, estaba prometido por mi abuelo, para casarse con la hermana de ese hombre. Sé que es un poco engorroso de entender, pero está claro como el agua... nací yo, el viejo se muere, mi padre hereda todo y se casa con mi madre... que era la sirvienta, bastarda y negra, de aquella hacienda. Roto el compromiso, ella sin poder asumirlo, cayó en una profunda depresión, que tuvo como desenlace un trágico accidente. Nunca se supo si fue intencional o no... pero las malas lenguas dicen, que estrelló su auto para terminar con la pena y vergüenza que le causó el desaire de mi padre. Pero no me interesa hablar de esa mocosa, ni del ser inmundo de su padre. Desprecio esa sangre, menos a Ruth «su madre» quien siempre marcó la diferencia. Hace años que las familias no se ven y seguramente, y gracias a Dios jamás vuelva a suceder.

—¿Me parece a mí, o tienes asuntos pendientes con esa mujer?

—¿Con su familia querrás decir?

—¡No! Quiero decir lo que dije precisamente. Que creo yo... *y es mi humilde opinión...* que esa mujer te tuvo, te tiene y posiblemente te tendrá a mal traer, hasta que no soluciones lo que quedó pendiente —afirmó el psicoanalista.

—Yo... ¿temas pendientes? ¡Ja! No me hagas reír Domingo, me conoces bien, yo nunca dejo “*temas*” pendientes —pasó la mano acomodando su rubia cabellera, estiró el brazo para ver la hora en su reloj y se puso de pie. —*El tiempo se fue volando.* Nos vemos en la próxima cita —sentenció.

—Eso debería decirlo yo, Aarón.

Sonrió de lado y le tendió la mano a su psicoanalista.

—Sí... *deberías.* Nos vemos pronto amigo.

Caminó hasta la puerta y salió del consultorio.

Ni bien Aarón abandonó la consulta con Domingo, su psicoanalista desde hace tres años, sintió lo mismo de siempre... *melancolía.*

A pesar de que lo conocía desde hacía un buen tiempo, y que le pagaba una importante fortuna por permitirle hablar de su mierda sin tapujos, no era el médico quien precisamente conocía ese extraño sentimiento. Como cada tarde, luego de salir de la consulta, tomó su teléfono móvil y marcó el número de uno de sus mejores y más leales confidentes.

—*Rubito*, ¿cómo está mi sobrino favorito? —respondieron a otro lado de la línea. Y es que, desde que tiene uso de razón, así es llamado por sus dos tíos.

De familia afrodescendiente, fue toda una sorpresa ver que el niño que nacía del vientre de su hermana, había heredado los genes paternos. “*Un pequeño gringuito gritaba su tío repleto de emoción*”

Salvo los ojos de color turquesa «que eso sí era un rasgo clásico de la línea materna» porque no eran ni verdes, ni azules... ¡eran turquesa! Como una de esas piedras preciosas y exóticas que se encuentran en joyerías. Y tanto su madre, como sus tíos los tenían de ese color, mientras que los de su padre, eran café.

—Bien —respondió, aunque no necesitaba disimular mucho con Gerald. El hombre lo conocía — ¿aún te encuentras en el despacho? Porque estoy yendo para ahí.

—Te espero —dijo Gerald y corto la comunicación.

Entre ellos no se necesitaba mucho más. Charlas cortas y concisas, con las cuales no quería atormentar a su padre.

Eran prácticamente las nueve de la noche cuando finalmente y luego de unos tragos con su tío, llegó a casa.

Encendió tan solo una pequeña lámpara de pie y caminó hasta el balcón. Abrió la amplia puerta corrediza de vidrio y tomó asiento en una de los camastros que se encontraban allí.

Era una cálida noche primaveral, el aroma a salitre inundaba el ambiente, la luna llena iluminaba el mar y la brisa despeinaba su cabello.

Dejó caer su peso en el mullido respaldo y sacó su móvil del bolsillo del pantalón. Tras unos segundos de búsqueda encontró su foto que le había tomado en el restaurante.

«*Era tan bella*»

La observó por unos segundos... distraída y ajena a su presencia mientras almorzaba con otras personas, y con una sonrisa triste en sus labios lo apagó.

CAPÍTULO 3

Clara no podía creer lo que estaba escuchando.

¡*La habían estafado!* En sus narices. Como si se tratase de una estúpida niña que no sabe nada de la vida, la habían estafado.

Años de estudio, horas interminables de agotador trabajo en el atelier, cosiendo vestidos de novia hasta que las yemas de los dedos se ampollaban *¿para esto?*

Para que el hijo de puta de su contador le maquillara por años los números y ahora el gobierno quisiera cobrarle un millón y medio de dólares por evasión de impuestos.

Debía pagar sí o sí, de lo contrario iría a prisión. De esa forma lo expresaba el documento que había llegado esa mañana a la empresa, de igual nombre que la propietaria.

«*¿De dónde podía sacar esa cantidad de dinero?*»

Sus cuentas bancarias estaban bastante bien para una persona de su edad... pero ni soñando llegaban a esa cantidad. Menos ahora, que se había comprado su propio departamento. Y si bien era una mujer dueña de una importante fortuna por línea sanguínea, no tenía interés en acudir a su padre por un préstamo. Sabía que él la ayudaría, de eso no tenía dudas, pero no le causaba gracia alguna, tener que recurrir justamente con ese problema. Estaba segura que el sermón que le echaría le oxidaría las neuronas. Siempre quiso que su joven y única hija siguiera con el legado que generación tras generación habían heredado los Saavedra «sus amadas tierras» y su ganado, pero en cambio Clara tenía otros planes para su vida.

Ni bien cumplió los dieciocho años de edad, y amparada por el beneplácito de su madre, partió a la capital a estudiar eso que desde pequeña le apasionaba.

La moda.

Y tras seis años de arduo estudio, más otros dos en París perfeccionando su estilo, fundó una pequeña e innovadora marca con su propio estilo... “*Moda para las mujeres de hoy*” relucía en la pared, tras el elegante escritorio gris plata de la joven mujer.

Masajeó sus sienes intentando aclarar la mente.

No podía creer que algo así le estuviera pasando a ella. Realmente no se lo creía.

—Una opción es que te declares en bancarota —comentaba uno de sus asistentes de confianza, mientras daba un trago a su gran taza de porcelana roja, rebosante de caliente café.

La reunión de emergencia a la cual fueron convocados algunos de sus amigos y “*manos derechas*”, estaba en un punto muerto.

Habían pasado ya más de dos horas y no habían llegado a nada.

—Yo creo que tendría que comprar un pasaje de avión, rumbo a alguna isla paradisíaca y fugarse del país —afirmaba su mejor amigo y primer modisto de la firma.

—¡Pedrito! —gritó Clara mientras rascaba su cabeza intensamente —¡que no puedo fugarme! ¡Recuerda que ya iré a prisión si no pago! ¿Acaso quieres que me den perpetua?

—¿Si vas a prisión puedo quedarme con todo tu closet? —consultaba el joven mientras se inclinaba al frente expectante de la respuesta y colocaba una de sus manos sobre el pecho.

—¡Maldito! —soltó Clara con una sonrisa de lado.

La puerta de la oficina se abrió de golpe para revelar la presencia de una joven y elegante mujer. La blonda ingresó como si poco le importase el resto de los presentes. Caminó hasta el perchero para dejar su bolso y pañoleta en él, luego caminó lentamente hasta uno de los lugares que se encontraba disponible en la mesa de junta y tomó asiento en él.

—Me duele la cabeza —escupió como saludo.

Pedro la miró de reojo y metiendo la mano en uno de los bolsillos de su perfecto saco de vestir, deslizó sobre la mesa un blíster de ibuprofeno.

—Eso te pasa por alcohólica querida.

—Shhh —murmuró la rubia, mientras retiraba sus gafas de sol. Luego tomó dos píldoras del paquete, y con el café de Pedro las tragó ambas a la vez.

—Qué suerte que viniste amiga —lloriqueaba Clara —estos ineptos —señaló con su mano a la banda de hombres y mujeres que observaban en silencio —no son capaces de darme alguna solución sensata.

—Epa —se quejó El Topo, el ingeniero de sistemas de la empresa —más respeto con tus hermanos de la vida.

—Mira Topo... —se refirió con énfasis Clara a su amigo de toda la vida, quien era un tanto hípster, con gafas de montura de pasta negra y una larga y perfecta barba castaña —que tu solución, ¡fue la peor de todas! “robemos un banco” —imitaba Clara —hay días que no entiendo cómo es que los quiero tanto.

—¡Porque te simplificamos la vida, Clari! —respondió el Topo con la vista clavada en el escote de la rubia recién llegada.

—Yo tengo la solución —sentenció lentamente la blonda, mientras recostaba su cabeza en el alto respaldo de la silla y cerraba los ojos nuevamente.

—Habla —gimió Clara en súplica.

La blonda permaneció en silencio y con los ojos cerrados por lo que parecieron horas. Todos aguardaban la mágica solución en un mutismo ensordecedor. Finalmente, y tras lo que parecieron horas la rubia habló.

—Debemos fraccionar y vender en partes, acciones de *Clarita Saavedra Inc.*

—¿Fraccionar?... ¿vender? —gritaron todos a coro.

—¡De ninguna manera! —afirmó Pedro mientras se ponía de pie —¡antes muerta! Tendrán que pasar sobre mi cadáver.

—¿Pero eso quiere decir que pasaremos a tener otros jefes? —comentaba aterrorizada Majo, la pequeña secretaria, que siempre tenía aspecto de ratón de biblioteca asustadizo.

—Yo creo que la idea de robar el Banco es mejor... verán, he creado un sistema informático con el cual podremos hackear... —intentaba informar El Topo cuando fue silenciado para la dueña de casa.

—Eres tan nerd —escupió la rubia mirando al apuesto ingeniero.

—Y tú tan arpía, que no entiendo cómo es que Clara te soporta.

—¡Silencio! —Solicitó firmemente Clara, la rubia abrió los ojos y volteo su cara hasta donde la “jefa” se hallaba —eso es lo que haremos. Uniremos fuerzas con accionistas para solventar las deudas, y en una de esa, quién les diga... que con lo que parece ser el peor momento de la firma, no terminemos ganando un mejor puesto en el mercado.

El silencio reinó tras la sorpresa y el shock de vender parte de lo que todos consideraban su segundo hogar.

—Ahora la pregunta es la siguiente... —volteó el rostro para fijar sus ojos color miel en los de la blonda —¿cuánto porcentaje debemos de vender, para que pase la tormenta sobre nosotros y no nos moje?

La respuesta no se hizo esperar.

—Un 65% —respondió la rubia, quien no era otra que la mejor amiga de Clara, y nueva contadora de la empresa desde ese día.

—¿Un 65%? —todos, incluida Clara, gritaron de sorpresa.

—Exacto —respondió la rubia sin inmutarse.

Y la peor pesadilla de la joven y emprendedora empresaria de la moda se estaba desatando. Los jinetes del apocalipsis galopaban en dirección a ella, y tan solo podía cerrar fuertemente los ojos y esperar la estampida.

—La buena noticia es que ya tenemos un posible comprador. Un único y anónimo accionista, interesado en adquirir en el momento, la totalidad de las acciones en venta.

—¿Es confiable? —preguntó Clara agotada emocionalmente de pelear consigo misma.

—Según mis contactos lo es.

Clara intentó controlar las lágrimas que se arremolinaban en sus ojos, mientras observaba con melancolía la gran oficina y cada detalle que con tanto amor había plasmado ella misma. Cuadros, flores, alfombras y todo lo que hacía de esa sala de reuniones, su segundo hogar.

Tragó el nudo de emociones que tenía atorado en la garganta y respiró hondo. Observó a cada uno de los presentes lentamente y respondió:

—Entonces, adelante... ¡hagámoslo! Tan solo tengo una condición. Quien compre la empresa no podrá despedir a ninguno de los empleados que se encuentra en la plantilla actualmente.

La rubia afirmó en silencio. Luego tomó su teléfono móvil, marcó un número y aguardando unos segundos finalmente habló.

—Querido, confirmada la venta del 65% de las acciones. Mañana ocho en punto de la mañana los quiero en la empresa para leer el contrato y afinar algunos detalles. Por favor acudan con su abogado de confianza.

Sin esperar mucho Clarita se puso a llorar. Fue en ese momento en que sintió cómo el mundo se abría bajo sus pies. Su imperio se desmoronaba como un castillo de arena a merced del viento. No había nada que pudiera hacer... estaba entre la espada y la pared, y ahora no solo debía vérselas con el gobierno, sino también con un accionista mayoritario, quien tendría el último voto en cualquier decisión a tomar. Solo esperaba que “él” o “ella” tuviera experiencia suficiente en el mercado de la moda, y que el remedio no fuese peor que la enfermedad.

Tocaba esperar.

No había otra opción más que esperar.

—Una cosa más amiga —solicitó Clara antes de abandonar la sala —firmaré todos los documentos hoy, no quiero estar presente en la reunión de mañana. No estoy segura de poder soportarlo en este momento de mi vida.

—No te preocupes Clari, aunque yo creo que, deberías estar presente, después de todo... será el día en que conozcas personalmente a tu futuro socio. Pero si no lo deseas te entiendo, estarán los abogados y le pediré a papá que venga de apoyo. Al viejo no se le escapa nada.

Clara asintió en silencio y caminó a la salida. Sin voltear elevó su mano como saludo y con un “*hasta mañana*” se despidió de su grupo de amigos.

Necesitaba refugiarse en su hogar.

Necesitaba estar sola.

Tomar una ducha, comer algo, mirar una película quizás y llorar hasta que las lágrimas se agotaran de su cuerpo. Solo de esa forma, tendría la fuerza suficiente para volver al ruedo con más energía que antes. Era jueves, y una calurosa mañana de verano la acompañaba, en otro momento de su existencia, no cabría la posibilidad de hacer otra cosa que ir a la playa a tomar sol y leer una bonita novela de amor. Pero esa mañana, la tristeza y la soledad la tenían agotada, y pese a que el sol brillaba con fuerza y prometía un espectacular día de verano, para ella una gris nube de tormenta la seguía a cada paso.

CAPÍTULO 4

Viernes.

Un par de horas más tarde de lo pactado, el elegante hombre abandonaba la sala de juntas rodeado de su séquito de abogados, contadores y asesores comerciales.

A paso ligero y sin detener su marcha, se despidió del grupo de gente que lo acompañaba intentando mantener su ritmo para no quedar atrás. Caminó hasta el estacionamiento del moderno edificio y se detuvo un instante fuera de su coche. Estaba agitado, como si hubiera terminado de entrenar. Solo que en este caso se trataba de la adrenalina que lo mantuvo con la presión arterial por las nubes, durante toda la junta y la firma de los documentos. Desanudó su corbata y la retiró de su cuello antes de subir al coche. Todo había salido tal cual lo previsto. Luego de analizar las cuentas y de ver los balances, se firmó la compra y se concretó la transferencia bancaria del dinero.

No era el tipo de negocios al cual estaba acostumbrado, ni el rubro tampoco, pero ahora pensaba que nunca pudo haber llegado en mejor momento y le venía como horma a su zapato... o mejor dicho «como anillo al dedo»

El calor era sofocante, y la humedad que antecedió a una tormenta, hacía del aire algo espeso que dificultaba poder respirar con normalidad. Ni bien ingresó al vehículo encendió el aire acondicionado y música.

Se sentía bien. No feliz, pero bien.

Tranquilo y optimista.

Con un objetivo marcado entre ceja y ceja y la certeza de la venganza grabada a fuego. Había tomado *la peor opción de todas*, pero ya estaba hecho. La guerra había comenzado de forma silenciosa y no se detendría hasta liquidar al enemigo.

Puso en marcha el coche mientras Pink Floyd llenaba el lugar de energía. Colocó su teléfono móvil en manos libres y marcó un número.

A los pocos segundos una sensual voz atendió.

—¿Estas libre? —otorgó el hombre como saludo.

—Lo estoy. Te espero —fue la respuesta que recibió antes de interrumpir la comunicación.

Con una sonrisa de lado condujo el coche por las movidas calles de la ciudad de Montevideo, hasta el departamento de su amiga Yuya, quien siempre se mostraba gustosa de recibirlo en sus brazos y en sus sábanas.

Mientras tanto... a pocos metros de distancia Clarita lloraba en su cama, envuelta en un caos de palomitas de maíz, y pañuelos tisú repletos de lágrimas y mocos.

Se encontraba de duelo.

Según su mejor amiga y contadora, el negocio había salido de maravillas, pero algo en su interior le decía que no. Que había cometido un gran error. Todo le daba mala espina, y sentía cómo el universo estaba conspirando contra ella... primero con el fraude de su contador, luego con la imperiosa necesidad de conseguir dinero para pagar al gobierno lo adeudado, y más tarde al quedar expuesta a un solo accionista mayoritario.

«*Mierda que estaba jodida*»

Eran más de las seis de la tarde del día viernes y no se había levantado de la cama en todo el día. La tormenta que se había desatado horas atrás, solo aumentaba la sensación de bajón en su estado de ánimo. Aún usaba su pijama de dos piezas, de short y camiseta de tirantes, cuando el portero eléctrico sonó insistentemente. Al ignorar por varios minutos el molesto sonido, el de su teléfono móvil repiqueteando

indicó que la persona que se encontraba en la recepción del edificio era conocida.

De mala gana atendió la llamada.

Para sorpresa suya fue la voz de su madre la que resonó al otro lado.

—Hija —saludó Ruth —me tenías preocupada.

Sinceramente no tenía ganas de ver a nadie... y eso incluía a la mujer que le dio la vida y a la que ella tanto amaba.

—Mami —dijo sin fuerza alguna —ya te abro —y corrió descalza por el pequeño departamento hasta el intercomunicador.

Segundos más tarde el sonido del ascensor indicaba que la reina madre había llegado. Como de costumbre el departamento se encontraba sin cerrar con llaves, «Clara jamás cerraba la puerta en el día, y eso era de público conocimiento entre los más allegados a la joven»

Ruth ingresó al monoambiente que poseía su única hija en el PH de un moderno edificio de torres. El estado deplorable del mismo casi la hace salir disparada. Todo se encontraba en penumbras, la cama era un manojo de sábanas y almohadas revueltas y un sinfín de “cosas” rodeaba su lecho. Papeles, ropa para lavar, restos de palomitas de maíz, botellas de agua y una caja con media pizza sin terminar. Parecía como si en lugar de su dulce y femenina hija, quien amaba decorar su departamento con colores pasteles y lucecitas blancas, allí habitara un adolescente amante de la música electrónica. Ramón el cactus se encontraba algo mustio... cosa rara en un cactus, por lo que Ruth se negó a pensar cuánto tiempo había pasado, desde que su niña hubiera recordado regar a esa pobre alma.

Su hija salió del baño en el instante que su madre abría las cortinas de golpe.

Eran apenas las seis de la tarde y pese a la tormenta desatada afuera, la vista que tenía en ese piso era privilegiada. El mar se encontraba revuelto y de un furioso gris oscuro, las gaviotas sobrevolaban la playa y el viento hacía mecer las palmeras con ritmo de un lado al otro.

—¡Mami! —saludó Clara a su progenitora con una sonrisa tristona en el rostro, mientras llegaba a ella para abrazarla.

—Clari... ¿Qué sucede hija? —Ruth no necesitaba un informe del FBI para saber que su niña no se encontraba bien. La tomó de los hombros para dejar un espacio entre ellas y ver mejor el rojizo e hinchado rostro de la joven mujer.

—Nada ma, de veras... todo est-t-á bien —tartamudeó intentando mentir, antes que las cataratas se abrieran nuevamente y largara el llanto en los brazos de su madre.

Ruth estaba segura que la congoja de su hija se debía a un mal de amores, pero fue grande la sorpresa cuando Clara expuso a su madre todos los pormenores del problema que había tenido en la empresa en esos últimos días.

Sin dudas fue muy valiente al intentar solucionarlo sola. Aunque le dolía que no acudiera a ella. Sabía por experiencia propia lo intenso que podía llegar a ser su esposo con su hija en muchas ocasiones... pero también sabía que esa *no tan niña*, era la luz de sus ojos, y que Octavio escalaría el mismísimo monte Everest por ella, se cortarían una mano y mataría si algún día alguien osara lastimarla.

Luego de organizar el departamento de su única hija y de disponer un baño con sales para que Clara se relajara, fue a la cocina para preparar un té de hierbas. Hoy tenía guardia en el hospital y le dolía no poder quedarse a dormir con ella. Pero a su vez sabía, que ella estaría bien... no en vano la educó para ser una mujer pensante, independiente y de buenos sentimientos.

El teléfono móvil de Clara comenzó a sonar mientras la joven se relajaba en la tina. Ruth observó la pantalla del mismo, donde solo se leía “*número privado*”, dudó por un momento, pero temiendo que se tratase de alguna llamada importante, respondió.

—Buenas tardes —saludó la voz del hombre al otro lado de la línea —¿hablo con la señorita Clara

Saavedra?

—No —respondió la mujer y automáticamente un escalofrío escaló por su columna vertebral —soy su madre... *¿con quién tengo el gusto?* —interrogó a la misteriosa y ronca voz masculina que sonaba tras el teléfono.

—Buenas tardes señora, soy su nuevo socio, y tan solo quería... presentarme.

—¡Ohh!... mucho gusto caballero —saludó con ligero alivio —llámela en unos minutos, justamente ahora, ella está tomando un baño.

—Lo haré. Gracias. —Manifestó Aarón con una sonrisa en el rostro, antes de interrumpir la comunicación.

Esperaría.

No le molestaba hacerlo una vez más.

Dio un sorbo a su botella de agua, mientras reclinaba un poco el asiento de su coche y aguardaba a que Ruth se marchara del lugar. Su coche se encontraba estacionado detrás del de ella, y sabía con exactitud que en media hora se tendría que marchar al trabajo. La lluvia repiqueteaba en su coche calmándolo como si se tratase de una nana. Inspiró y exhaló.

Toca esperar.

CAPÍTULO 5

Clara salió de la tina con mejor ánimo que cuando entró.

Usando solamente una pequeña tanga de algodón, se envolvió en su albornoz de tela toalla de color rosa con estrellas blancas y fue al encuentro de su madre.

Ruth la esperaba en la cocina con una taza de té en la mano, y Clara agradeció el gesto con tan solo una sonrisa en el rostro. Ajustó la toalla que tenía anudada en el pelo y tomó asiento en unos de los taburetes altos que se hallaban junto a la mesada. Guardaron silencio por varios minutos hasta que la joven rompió el mutismo.

—Gracias mami... de verdad te agradezco mucho que siempre estés pendiente de mí. Y quiero pedirte perdón por no mantenerte informada de este gran lío en que me vi metida. Es que no quería preocuparlos.

Ruth asintió en silencio y tomo la mano de su hija.

—Clarita —comenzó diciendo —tú sabes que siempre, siempre puedes contar conmigo, soy tu amiga y aliada, y pase lo que pase, estaré salvaguardando tu espalda, niña mía.

—Lo sé mamá, pero es que hay veces que papá... —Ruth levantó la mano para que callara.

—Tu padre es harina de otro costal... te ama como a nadie en este mundo, de eso no hay dudas... pero yo sé que no es fácil de tratar.

Su hija sonrió agradecida por la honestidad de su progenitora y dio otro sorbo a su té. Ruth se puso de pie y tomo su bolso. —Te amo peque —susurró antes de darle un beso en la frente —te veo mañana cuando salga de la guardia... ¿almorzamos juntas?

—¡Seguro! Pero tú cocinas —guiñó un ojo y ambas rieron.

Porque Clarita podría ser una gran diseñadora de modas, pero si en algo fallaba, era en el arte oculto de la gastronomía. Desde que vivía sola, su dieta consistía en fideos chinos con verduras, cuscús con verduras y más verduras. O cualquier elemento que no implicara fritar, hervir u hornear. La cocina le parecía una pérdida de tiempo. Por suerte, siempre se encontraba con alguien dispuesto a socorrerla con algún platillo más elaborado. Así era el caso de sus amigos Pedrito, Majo y el Topo... quienes pendientes de la nutrición de su amiga, todo el tiempo entraban a google para descubrir nuevas opciones para su complicada y cariñosa colega. De más está aclarar, que la joven emprendedora era vegetariana desde hacía un tiempo, cosa que dificultaba un poco más la tarea, ya que el grupo de trabajo, amistades y familia se componía en su totalidad por férreos amantes de la carne.

Ruth salió del PH más tranquila que cuando llegó. Bajó por el ascensor y en el trayecto pudo admirar el gran logro que fue para su hija, haber comprado por sus propios medios, su primer hogar de mujer independiente. Era luminoso, amplio, elegante y sencillo... mismas cualidades que poseía la dueña «pensó»

Al llegar a la puerta, abrió en el preciso momento en que un apuesto caballero estaba a punto de ingresar. Ambos se sonrieron como saludo y Ruth no pudo evitar encontrar un aire familiar en el elegante hombre. Volteó para observarlo y apenas lo pudo ver de refilón, cuando él ingresaba al ascensor que ella había abandonado recientemente. A su paso dejó impregnado su perfume en el aire, un masculino aroma, que quedó suspendido en el ambiente, marcando el lugar como propio.

Ruth sacudió la cabeza dejando de imaginar si conocía al atractivo joven o no. Era tarde y debía conducir con cuidado bajo la lluvia para llegar a la guardia sin problemas.

Clara continuaba tomando su té, mientras revisaba su correo electrónico desde su celular, cuando escuchó el ascensor llegar nuevamente a su piso. No había dudas que su madre se había olvidado de algo.

Al encontrarse solo su departamento en el PH, y al no esperar ninguna visita, no había muchas opciones.

Hallándose aún de bata y toalla anudada en el pelo, caminó hasta la puerta de entrada al encuentro de su madre.

—¿Qué olvidaste ma...? —inquirió Clara, pero se vio interrumpida por la sorpresa de no encontrar a la mujer que le dio la vida, sino a un alto, apuesto y distinguido caballero, quien con descaro y soberbia la escudriñó de arriba a abajo.

Clara intentó en vano cerrar su bata, protegiéndose así de la curiosa mirada del desconocido visitante. Llamarlo “*desconocido*” era un tanto jactancioso de su parte, porque no había dudas de quién era. Aunque el tiempo había pasado «*para bien en su caso*» ese color de ojos solo podía pertenecer a una sola persona.

«Aarón Jamasen»

Su vecino.

El maldito niño que la atormentó por años.

Lo reconoció en el acto. Hacía prácticamente diez años que no se veían. La relación de ambas familias siempre se caracterizó por una insoportable tirantez, salvo sus madres, que con sus dulces temples lograban armonizar lo mínimo indispensable, el poco trato que se daba. El resto parecía como si desearan con todas sus fuerzas, que el otro clan desapareciera de la faz de la tierra.

Clara y Aarón no eran la excepción al caso... y desde niños mantuvieron una guerra campal. Cuando ambos vivían en el campo, y llevándose entre uno y otro apenas un mes de diferencia, fueron compañeros de colegio por dos años consecutivos.

Cuando ambos compartieron primer grado, el pequeño y dulce Aarón ocupaba su silla un lugar atrás que Clarita. Y fue allí «*en esa clase*» donde puso en práctica el arte del “no” manejo de las tijeras... cortando la rubia cabellera de la niña hasta la nuca. Jamás se supo a ciencia cierta quién fue el culpable, ni tampoco se encontró el mechón de pelo faltante. Pero en medio de lágrimas Clarita afirmaba que el “*maldito de Aarón*” se lo había cortado. Y fue por esa razón... «por una venganza» que, en segundo año, la niña plantó una chinche en el asiento del muchacho. De más está aclarar, que la parte puntiaguda fue la que quedó mirando arriba, y fue esa misma parte la que se incrustó en el trasero del pequeño.

Lo recordaba como al muchacho de quince años... larguirucho, con prominente acné y demasiado alto para su edad. Así se encontraba la última vez que se vieron.

Fue en el velatorio de Elvira... la maestra de primer grado de ambos. Muy querida por todos los niños, unió en su partida a muchas generaciones de ex alumnos. Si bien Aarón y Clara no intercambiaron palabra, fue la única vez en que se miraron a los ojos y compartieron algo... *un mismo sentimiento quizás.*

Fue la única vez.

La primera y última.

Luego de ese día Clarita y su familia se mudaron a la capital, dejando las tierras a cargo de los empleados. Años más tarde los Jamasen siguieron por el mismo camino, cuando llegó el momento en que Aarón y su hermana debieron ingresar a la universidad. María era una madre sobreprotectora y por ningún motivo quería que sus hijos se mudaran solos a la capital. Fue por esa razón que toda la familia ancló raíces en un territorio nuevo y desconocido por completo para la familia materna.

No se podía decir que estaba completamente irreconocible... porque esos bellos ojos color turquesa solo podían pertenecer a una persona, *pero el chico molesto y desgarbado había cambiado.* Ahora su constitución era maciza y robusta, su espalda encuadraba fuertes hombros y al parecer, medía bastante más que años atrás.

—¿Tú? —soltó Clara como saludo.

—Buenas tardes Clara —saludó. El tono empleado fue seco y desafiante. Se podía notar con claridad, que el caballero no estaba con el mejor humor de todos.

—Buenas tardes —respondió de forma mecánica, prácticamente como si se encontrara en un trance.

Le gustaba ver que las defensas de la chica estaban por el suelo. Y era de esa forma como quería encontrarla... *sola, expuesta y desprevenida*.

Debía enfocarse. Nada podía fallar si mantenía el lineamiento de su plan... eso, siempre y cuando lograra no fijarse en la belleza natural que presentaba la mujer, que con desconcierto intentaba cerrar su albornoz.

—¿Puedo pasar? —preguntó, aun cuando ya había dado dos pasos dentro del pequeño departamento.

Clara pestañeó, mientras se hacía a un lado otorgando espacio al intruso.

—Ya lo has hecho —respondió con timidez.

Aarón caminó hasta el centro del pequeño departamento, y girando trescientos sesenta grados, observó cada detalle del habitáculo.

No le gustó.

Era demasiado femenino e infantil para su gusto. Quedó en la misma posición que antes, clavando su mirada en la amplia mesa de trabajo de la creadora de modas con más fama del país, la cual se encontraba rebosante de recortes de telas, tijeras y moldes. La joven había decorado el lugar con pequeñas lucecitas led de hadas, las que incomodaron al hombre aún más. Un gran cactus en flor llamó su atención...

—Ese es Ramón —comentó la diseñadora, intentando justificar su amor por ese extraño individuo que era su compañero a la hora de crear.

En la superficie árida de ese ser, nacía una hermosa y delicada flor amarilla y Aarón no pudo evitar sentir la suavidad de la misma con las yemas de sus dedos, le gusto la textura y lo ambiguo que había en el «*vivo y estéril, suave y punzante, bello pero listo al ataque*» y en parte se sintió identificado. Mientras sentía la textura de la flor, una de las grandes y puntiagudas espinas pinchó su piel y una gota de sangre cayó sobre la mesa manchando uno de los diseños.

«Maldito Ramón» gruñó Aarón, mientras llevaba su dedo hasta la boca y chupaba la herida.

Su mal humor iba en aumento, y creció aún más al ver el refrigerador.

Como si se encontrase en su departamento, caminó hasta el mismo y tomo con la punta de los dedos «casi como si se estuviese quemando» una fotografía.

Ahí estaba él.

Con una sonrisa plasmada en su inmundo y perverso rostro, mientras observaba con devoción a su única y amada hija.

Lo odiaba.

Lo odiaba con todas sus fuerzas. Como nunca... *como a nadie*.

Pero se sentía satisfecho con el giro abrupto que tomaron las cosas.

Si bien no se sentía como un hombre vengativo, en este caso lo tomaría como una especie de sanación. Debía ver al enemigo revolcarse en su miseria, para poder emerger como el ave Fénix de entre las cenizas.

Colocó nuevamente la fotografía contra el frío metal del refrigerador, y volteó hasta donde Clara lo observaba expectante.

Finalmente tendió su mano para saludarla. Clara siguió el movimiento de esta.

—Tan solo he venido a saludar, y a comentarte... que de hoy en adelante seré el socio mayoritario de tu empresa.

El rostro de Clara perdió el color por completo, y tuvo que aferrarse a la pared para no caer de

bruces al suelo.

«¿Qué?!»

—Mejor dicho... *de nuestra empresa* —añadió con sorna.

Los labios de la joven se movieron, pero no lograron emitir comentario alguno. Por tal razón Aarón se otorgó el permiso de seguir hablando.

—Te espero el lunes a primera hora Clara. No habló bien de ti, que no te presentaras en la reunión de la venta de acciones. ¿No lo crees?

—Aham —Masculló como estúpida.

No lograba pensar con claridad y eso le molestaba mucho. Aún no caía en que su nuevo socio pertenecía a la familia archienemiga de la suya. Ambos clanes mantenían una rivalidad desde tiempos remotos, y sabía con exactitud el daño que significaría para ella caer tan bajo. Debía recuperar su amada empresa fuera como fuera. No había posibilidad alguna que ella y el maldito de Jamasen llegaran a un acuerdo en su vida.

Lo odiaba desde siempre. Desde que tenía uso de razón... y odiaba a su padre, sus tíos y hermana. Solamente María «la madre del hombre» era merecedora de su respeto y cariño... y es que la mulata tenía un tipo de carácter, que hacía imposible no simpatizar y crear empatía con ella.

—Me tomé la libertad de usar tu sala como oficina, mientras la mía no se encuentre disponible. Claro que no estaré cada día en la empresa, ya que mis otros negocios requieren de mi atención, pero el tiempo que pase allí, será en ese lugar, y si te parece bien, compartiremos a tu asistente —el tono usado no fue de pregunta... fue cien por ciento aseveración. Aarón Jamasen no consultaba... él tomaba todo a su paso, como si de un huracán se tratase.

La mandíbula de Clara cayó abierta y permaneció así por un momento, mientras se desayunaba de la información proporcionada por el hombre.

«¿Mi sala de conferencia?» pensó.

La que se encontraba separada de su oficina por una liviana pared de madera y una puerta corrediza. Siempre la consideró parte de su oficina, y si pensar que Jamasen se encontrara en el mismo edificio ya le producía picazón en el cuello, el imaginarlo a pocos metros de ella, le causaba escalofríos.

—¡No! —respondió enérgica por primera vez desde que Aarón se había presentado en su casa.

Los ojos del hombre se tornaron oscuros cuando con furia respondió:

—Te espero el lunes en mi oficina Clara —pronunció su nombre lenta y pastosamente —a las siete en punto —remató antes de abandonar el lugar como un huracán.

—La empresa abre a las ocho —acotó sin reconocer su propio tono de voz.

—Lo sé.

Y se marchó.

Dejándola endeble, con las defensas por el suelo y llena de dudas. Si bien se había librado de ir a prisión por evasión de impuestos... a cambio, tendría que convivir con el enemigo a diario.

Debía anular ese contrato.

Debía recuperar su empresa.

Prefería ir a prisión un tiempo, antes que permitir que un Jamasen tuviera voz y voto en algo que solo era de ella.

«Mío» pensó.

Tomó asiento en su mesa de trabajo y se puso a llorar.

CAPÍTULO 6

Aarón ingresó al ascensor con la respiración alterada y el corazón latiendo a mil.

La odiaba tanto.

No podía sentir lástima. Ella era de la estirpe del hombre que tanto daño había causado a su familia.

No se lo permitiría.

Pero la pequeña mujer de cabellos rubios se le hacía de lo más tierna. Se le antojaba sentir su piel...

sus pómulos presentaban el tono de un durazno en primavera y su piel parecía de porcelana.

Había heredado la belleza de su madre... no había dudas de eso. Era muy delicada y sutil, con un par de pequeñas pecas que adornaban sus pómulos, refrescando los rasgos y quitándole años de edad.

«Parece un hada» pensó.

Subió a su coche con muy mal humor. Lo encendió, pero antes de salir de aquel lugar descansó su cabeza en el volante.

«Limítate al plan... *tan solo al plan*» Se dijo antes de salir arando del lugar.

Clara no pasó el mejor fin de semana de su vida.

Estuvo encerrada en su departamento, con las ventanas cerradas, planeando, maquinando, ideando un plan que la salvara de quedar expuesta ante un Jamasen. Sabía que, en ese interés de su parte, había gato encerrado. Por lo poco que pudo averiguar sobre su nuevo “socio” por internet, descubrió que mantenía dos grandes y prósperos negocios en paralelo... uno de ellos eran las plantaciones de vides de las que su familia era propietaria, y de las cuales Aarón con destreza y determinación había logrado prestigio y reconocimiento a nivel mundial. Su marca de vinos “*Alma Mia*” era el orgullo de los Jamasen por generaciones. También el joven era dueño de un frigorífico, cuyo único y exclusivo negocio era la exportación de carne vacuna al mercado europeo. *A Clara se le revolvió el estómago.*

Tan solo el hecho de pensar en un matadero, le producía una baja en la presión arterial y la furia crecía a niveles extraordinarios. Aún recordaba su época de manifestante, cuando con un grupo de jóvenes protestaban con pancartas y disfraces de vacunos ensangrentados. Fue una buena época... aunque nada se pudo hacer. Por lo que su “lucha” continuó a nivel interno, se juró jamás volver a comer carnes rojas. Y hasta la fecha lo cumplía religiosamente.

«*No se puede esperar del burro, otra cosa que una patada*» pensó. Y es que para ella no era una sorpresa que esa familia sin corazón ni escrúpulos tuviera un matadero.

Un par de fotografías más, mostraban al joven Aarón Jamasen posando con una joven de cabello castaño, estatura media y labios rojo pasión. Ambos también salían en otros artículos...

Fiesta de la asociación de empresarios del vino.

El empresario Aarón D. Jamasen, junto a la señorita Y. Chaves en la fiesta anual de empresarios del vino de las Américas. Se podía leer en el pie de la misma

Sintió una punzada en la boca del estómago y se negó a pensar la razón.

En todas las tomas se lo veía bien. Amo y dueño de la lente y probablemente de todo a su paso.

«*¿Frigorífico... vinos y ahora moda?*» Pensó Clara.

Lo viera por donde lo viera, cada vez le parecía más raro el repentino interés de incursionar en el asunto de la moda femenina. Necesitaba una segunda opinión. Alguien que le dijera si estaba viendo fantasmas donde no los había o lo contrario... que mantuviera la guardia en alto ante una inminente guerra.

Descartó hablar con su madre sobre el tema para no preocuparla, y ni loca lo haría con su padre. Antes preferiría mudar a su princesita de continente, a que ella compartiera negocios con el enemigo.

Optó por llamar a Mela, su mejor amiga y reciente adquisición de la empresa.

Carmela... «La joven contadora» era directa al extremo. Podía tener la certeza que jamás la adularía en vano, y mucho menos intentaría tranquilizarla con las finanzas, cuando algo diera en rojo. «*La cruda realidad*» prodigaba la blonda como auto eslogan.

—Amiga... te necesito —dijo Clara a su amiga.

Media hora más tarde, ambas compartían la noche del sábado, rodeada de papeles, estados de cuenta, contratos, vino y pizza.

—Pienso como tú amiga... luego de todo lo que me cuentas, no tengo dudas que el desgraciado trama algo. Solo que...

—¿Solo qué? —Clara abrió grande los ojos.

—Solo que no podemos hacer nada. La compra-venta fue totalmente transparente. El sujeto llegó rodeado de abogados, contadores y escribanos. El contrato no dejó hebra suelta, se trataron punto por punto todos los ítems antes de la firma.

—¡Algo se debe poder hacer Mela! No puedo creer que haya quedado amarrada a este hombre de por vida —lloraba la mujer con creciente angustia.

—Nada se puede hacer —sentenció la blonda cruelmente y continuó —estás amarrada a él... solo puedo aconsejarte que intentes llevarte bien, así la relación se hace más amena. Como si fueran un matrimonio. —Remató con humor, lo que no fue correspondido por su amiga.

—¡Antes muerta! —sentenció Clara al tiempo que secaba sus lágrimas con una servilleta de tela, y daba un sorbo a la copa de vino que había servido su amiga minutos atrás, para su sorpresa y horror el vino sabía divino, y la etiqueta dejaba ver la elegante leyenda... *Alma Mía*.

«*Mierda*»

Eran poco más de las seis de la mañana cuando el elegante caballero ingresó dando grandes pasos a su flamante empresa.

El guardia se puso de pie al instante para saludarlo con zalamería. Tan solo recibió un “Buenos días” como respuesta. Ya se encontraba de mal humor.

No pudo dormir en toda la noche, a causa de la ansiedad que le causaba el comienzo de una nueva época. A las cuatro de la madrugada, hastiado de dar vueltas en la cama se levantó, bajó hasta la piscina y nadó veinte piletas sin parar. Al salir se encontraba igual de inquieto que cuando había entrado. Tomó una ducha, y eligió meticulosamente un traje de diseñador en un fino tono azul, el cual complementó con una camisa blanca y corbata de un poderoso color coral. Engominó su cabello y lo peinó hacia atrás. Se perfumó y a las seis de la mañana «junto con el amanecer» salió rumbo a la empresa.

Tras saludar de mala gana al guardia de seguridad, se dirigió hasta la planta, donde compartiría oficina con el enemigo. Sabía exactamente dónde se metía, pero como si se tratase del caballo de Troya, quería cruzar las barreras y atacar de lleno desde el núcleo, para que cuando la bomba explotase, el daño surgiera desde el interior, e hiciera eco en todas las direcciones, causando la mayor cantidad de perjuicio posible.

No le importaba perder millones de dólares fundiendo la empresa de Clara Saavedra. Era un riesgo que estaba dispuesto a asumir, con tal que la daga diera en su objetivo.

Aún no era padre, pero podía suponer, que el dolor de ver a un hijo sufrir, era el peor de los padecimientos que un progenitor podía soportar.

Sacó la laptop de su maletín y dispuso de ella sobre la mesa de juntas. Caminó fuera hasta donde había divisado una gran máquina de café. Presionó uno fuerte en taza grande y tras un rato de lucha, logró hacerse de su bebida. Regresó hasta el lugar que había hecho suyo y se puso a trabajar.

Envío un mail a todo el personal, citando a una reunión a las diez de la mañana. Quería dar la noticia en persona y de esa forma, lentamente ir tomando el dominio. Faltaba un cuarto de hora para que Clara llegara a la empresa. Miraba con apremio al maldito reloj de pared una y otra vez. Pero pasaron las siete, luego siete y cuarto, siete y media... hasta que a las ocho de la mañana el bullicio comenzó de pronto.

La compañía cobró vida cuando el personal comenzó a llegar. También fue el caso de Clara, quien, cargando su gran bolso, laptop y café, llegó a su mesa de trabajo. Estaba distraída y no reparó en su presencia. Como siempre se encontraba impecablemente vestida, luciendo un vestido estilo cargo en un bello color verde seco y unos zapatos sin puntera en tono beige, complementaba el look con un gran collar color bronce de su propia colección. Aarón no pudo obviar la pequeña abertura que se distinguía debajo del camino de botones, donde se veía mayor cantidad de piernas de lo que hubiera deseado. El vestido daba hasta la rodilla y cerraba al frente... justo sobre el bajo del mismo, unos veinte centímetros de rendija eran los que permitían el andar con facilidad sin sentirse un embutido. El movimiento de su andar lo distrajo por una fracción de segundos. Sacudió su cabeza para aclarar las ideas y volvió en sí. *La esperaba como un león al acecho.*

Estaba furioso.

Específicamente había dicho a las siete.

No a las ocho, ni a las nueve, mucho menos a las diez... ¡Siete! Ya iniciaban mal. Y eso no lo permitiría.

Aún la joven no había advertido la presencia del hombre, que la miraba reciamente. Se instaló tras su escritorio, y tomó un sorbo de café. Al parecer este se encontraba demasiado caliente, porque tras un pequeño salto, Clara humedeció sus labios con la lengua, y con el dedo medio palpó la suave piel de ellos. Aarón tomó ese inocente gesto como provocativo. Y fue en ese instante que decidió hacer su

aparición.

—Llegas tarde —escupió como saludo.

—No —argumentó ella sin levantar el tono de voz, ni apartar la mirada de su computador —el horario de la empresa es de ocho a cinco.

Aarón apretó fuertemente sus puños, aunque se encontraba perturbado por el rojizo labial de la chica, tenía que hacer uso de todo su autocontrol, para contener el odio y repulsión que le causaba alguien que osara tener la sangre y el apellido del enemigo.

—Ya no...

Caminó con parsimonia hasta el escritorio de la mujer, desabotonó su saco, y bajo la atenta mirada de ella, lo retiró de su cuerpo. Optó por colocarlo en el respaldo de la silla que luego ocupó. Clara se encontraba hechizada, el movimiento de la inmaculada camisa contra el cuerpo de Aarón la perturbo por completo.

Jamasen inclinó su cuerpo un poco hacia adelante, juntó sus palmas, clavó la mirada en los hermosos ojos de Clara y sentenció:

—De ahora en adelante, tendrás que adecuarte a mis horarios Clara —su tono era déspota y frío —si decido disponer de ti a las cuatro, cinco o seis de la madrugada... *¡así será!*

Clara Saavedra se encontraba muda. Intentó hacer memoria, pero no logró recordar que alguien le hablara de esa forma en toda su vida. Ni sus papás, ni su ex novio «*quien no tenía el mejor carácter del mundo*» ni sus amigos. *Nadie*.

Ella era una persona de trato fácil. Si bien su empresa, era el logro de un trabajo arduo y su tenacidad, la joven pocas veces levantaba la voz, y mucho menos se enojaba. De igual forma contaba con el respeto de todo su equipo de trabajo. Era de la idea, que de nada valía “*mandar*” engendrando temor... siempre creyó, que respeto y buen liderazgo, era la mejor forma de trabajar bien y en armonía.

Podía darse cuenta que la luna de miel había terminado para sus empleados. Le dolía imaginarlo, pero no había dudas, que con Aarón Jamasen al mando, lo de sociabilizar en un ambiente distendido era cosa del pasado.

—¿Me escuchas? —repitió molesto.

Clara sacudió levemente su cabeza abandonando sus pensamientos

—Lo escuché —respondió ella —solo que...

—¿Solo qué?!

Aarón achinó los ojos con furia, mientras tomaba la taza rosa y daba un largo trago al café de ella. Sus labios se posaron justo donde descansaba la marca rojiza de su rouge... detalle que no fue casualidad. Sus miradas se entrecruzaron, y pudo ver el asombro de su descaro en el rostro de Clara. Lo dejó nuevamente sobre la mesa con cara de asco. La bebida al igual que la chica era empalagosa... «*Nata descremada y canela*» bebida de mujer sin idea de la vida, pensó. Su mal humor iba en aumento. Y podía sentir una gran contractura formarse en los músculos de su cuello. Mal que sufrió toda su vida y del cual su querida amiga Yuya se encargaba tan bien.

—Mira Jamasen... tú y yo sabemos que esto —Clara se inclinó al frente, imitando el gesto del hombre y realizó un movimiento con sus manos, el cual involucraba a ambos —no va a funcionar ¡jamás! —Puso énfasis en “*jamás*” —por tal razón y antes de iniciar una sangrienta lucha es que te pido...

Aarón disfrutó cómo se sentía escuchar su apellido saliendo de la boca de ella, pero más disfrutó el interrumpirla.

—Si la lucha es sangrienta o no, dependerá de ti.

Ella pestañeó repetidamente intentando digerir lo que intentaba decirle con esas palabras... «“*Si la lucha es sangrienta o no, dependerá de ti*”» era obvio que no venía en son de paz y que lo que tanto

temió, se cumpliría.

No podía confiar en un Jamasen jamás. Su instinto tenía razón.

—Quiero mi empresa de vuelta —soltó con tanto coraje y determinación, que hasta ella misma se asombró —al vender las acciones, jamás imaginé que alguien como tú, podía hacerse con ellas.

—¿Alguien como yo? —Sonrió con desparpajo y algo dentro de ella se contrajo —¿preferías ir a prisión?

—En este caso claro que sí... —y fue honesta —te devolveré el dinero y anularemos el contrato *si estás de acuerdo*.

—De ninguna manera —arbitró el hombre —realicé un negocio totalmente legal, el cual encontré interesante... no hay posibilidad alguna que renuncie al proyecto.

—Eres un maldito Aarón Jamasen —a Clara se le aguaron los ojos y un nudo de angustia le oprimió el pecho.

—Lo soy —respondió sin siquiera pestañar.

—Por favor —suplicó Clara, rebasando el último recurso que creía posible usar en ese día.

Los ojos de Aarón se clavaron en los de ella. Tras esos cristales de color turquesa se encontraba un corazón rencoroso y frío, dispuesto a todo con tal de hacer justicia por mano propia.

Se puso de pie.

—A las diez de la mañana, tenemos reunión con el personal para anunciar mi dirección dentro de la empresa.

Clara asintió con un movimiento de cabeza, mientras miraba en otra dirección, evitando así que Aarón viera sus lágrimas. Tomó del cajón de su escritorio una caja de pañuelos desechables y secó su rostro. Aarón emprendió rumbo a su oficina/sala y antes de entrar acotó...

—Ah Clara, me olvidaba...

La joven levanto su rojizo y lloroso rostro para escuchar:

—*No llegues tarde por favor.*

Tras la reunión no se habían vuelto a cruzar.

Eso era relativamente bueno. Dentro de todo lo malo... *bueno*.

Lo escuchó hablar reiteradas veces por teléfono, tratando diferentes asuntos, y vio correr a su asistente Majo como loca acatando todos sus pedidos. Primero con útiles de escritorios. Luego con una botella de agua mineral y más tarde con café y un bocadillo.

«Bastardo» pensó.

Tras la reunión, Clara solo se había levantado de su escritorio dos veces en toda la tarde. La primera para ir hasta el taller a supervisar el corte y armado de la nueva colección de chaquetas para el próximo año. Dentro del taller se encontró con Aarón y Pedro manteniendo una amena conversación. Ambos charlaban distendidos sobre los cambios en los diseños y nuevos mercados que el hombre tenía en mente. Clara no caía. Parecía una muy mala broma, enterarse de esa forma de algo que solo dependía de ella. Ella era la fundadora y diseñadora de la marca. Y bajo ningún concepto, permitiría que nadie «mucho menos un Jamasen» tuviera voto en ese aspecto.

Mantuvieron una acalorada discusión dentro de la sala de corte, tal fue así, que las mujeres que allí trabajaban una a una fueron saliendo, hasta que solo quedaron ellos dos. Clara levantaba el mentón y Aarón aproximaba tanto su rostro al de ella, que, en más de una oportunidad, la mujer tuvo la necesidad de apartarse unos centímetros en busca de la tan preciada distancia personal.

Se veían como dos gallos de riña. Ninguno quería dar el brazo a torcer, pero Clara antes de comenzar con un ataque de ansiedad abandonó furiosa el lugar y con una sensación de impotencia que le dificultaba respirar con facilidad, subió al ascensor.

Tan solo una vez más se había levantado de su escritorio en la tarde, y esta vez fue para ir al baño. En esa segunda oportunidad también fue interrumpida por Jamasen.

Ni bien terminó de lavarse las manos, la puerta del toilette se abrió y Aarón Jamasen entró como si nada.

—Ocupado —respondió en vano Clara, porque el hombre ya se encontraba de pie a su lado.

—¿Demoras? —preguntó con hastío.

Clara estaba a punto de salir cuando Aarón arremetió con altanería. Meditó unos segundos la respuesta, para finalizar con un orgulloso...

—Resulta que sí... ¡demoro! —feliz con su respuesta, sonrió de lado.

Ese era su baño, si él necesitaba acudir a uno... ese sería el de la cafetería de ese piso.

«*Chupate esa Jamasen*»

—Entiendo —respondió Aarón, mientras caminaba hasta el inodoro.

Clara escuchó el sonido que causó cuando bajó su bragueta. ¡No podía creer que el maldito estuviera orinando frente a ella!

—¡Eres un maldito! —Gritó antes de salir indignada del lugar.

Nuevamente la impotencia le provocaba llorar. No podía contener las lágrimas, pero se negaba a llorar frente a ese hombre.

Estaba visto que la guerra había comenzado con todo, y que su antiguo compañero de colegio, se había convertido en un poderoso macho alfa. No se sentía con las fuerzas necesarias para luchar con él. Ella no era así... era dócil y amigable, y este mal trago de tener al enemigo en casa, no se lo esperaba para nada.

Salió en busca de su amigo el Topo, quien compartía oficina en su mismo piso. Él la aconsejaría... bien o mal, era seguro que saldría con algo entre manos de la oficina de su gran amigo.

—El sujeto me cae bien —fue lo que primero que recibió por parte del ingeniero, ni bien tomó

asiento en su despacho.

—¡Esto es el colmo Topo!

—¿A ti no?

A Clara no le salían las palabras... «¿Si no le caía bien?»

—¡Ja! —sonrió furiosa —digamos que todo lo opuesto a caerme bien... lo odio, lo aborrezco, detesto su ADN y su sombra. Lo prefiero lejos que cerca... no le deseo la muerte...

—«por ahora» pensó, —pero sí que su barco naufrague en una isla muy, muy lejana.

—Entonces, no te cae.

Clara aplaudió sorprendida del descubrimiento de su amigo.

—Los hombres son tan básicos —se lamentó mientras dejaba caer su cabeza sobre la madera del escritorio.

—Lo somos amiga, en eso tienes toda la razón. — Comentaba él, mientras acariciaba la cabellera de su amiga que descansaba sobre su mesa.

—Ejem... —Se escuchó en el umbral de la puerta —Clara... ¿podemos hablar?

—Hola Aarón, ¡pasa! —invitó el Topo con amabilidad.

Jamasen caminó hasta el interior de la oficina, y lentamente tomó asiento en la silla que se encontraba junto a Clara.

Ella observaba al intruso con recelo, mientras se incorporaba, quedando totalmente erguida, a la defensiva del posible ataque enemigo.

Aarón clavó sus penetrantes ojos color turquesa en los de la chica. Se inclinó en uno de los apoyabrazos del sillón de invitados y giró hasta quedar enfrente por completo con su socia. Podía notar con agrado, la incomodidad que nacía en ella cada vez que se encontraban juntos.

Le gustaba generar ese sentimiento de inestabilidad.

—He cancelado la exportación de la temporada 2017 a Japón.

—¿¿Qué?!! —gritó de sorpresa Clara —de esa exportación depende el aumento en los salarios de mis empleados, sobre el ajuste del próximo año.

—Nuestros empleados —recalcó —y lo sé... pero me pareció un pésimo negocio.

—Antes deberías haber consultado conmigo Jamasen —gruñó furiosa... —después de todo, soy tu maldita socia.

—Sucede querida Clara —su voz era suave como la miel y el tono empleado de lo más sensual —que no tengo que consultar este tipo de decisiones contigo... soy el dueño del sesenta y cinco por ciento de esta pequeña empresa —puso de todo su desprecio cuando declaró “pequeña empresa” y a Clara la daga le dio en el corazón.

Había atinado justo en el blanco.

El ingeniero observaba la contienda en silencio. Veía que de esta guerra nada bueno saldría, aunque también pudo divisar otra cosa.

«Pasión»

Se consideraba un hombre pasional y autoritario, y podía ver que el tal Jamasen era igual. No le molestaba la soberbia del sujeto... todo lo contrario. Por alguna extraña razón, pensaba que ya era hora que alguien ayudara a Clarita con la empresa. Por momentos podía ver que estaba desbordada, y más de una vez había comentado que le faltaba tiempo para crear. Amaba pasar horas en su mesa de dibujo, tomando un té de rosas, mientras las luces del amanecer de una ciudad en pleno movimiento inundaban su departamento.

Aarón se puso de pie de golpe y Clara imitó el gesto.

—Te veo en casa esta noche —comentó la chica a su amigo, antes de salir con grandes

zancadas del lugar.

Aarón frunció el ceño. Por alguna extraña razón no le había gustado la cofradía que se notaba entre el ingeniero y su objetivo. “Te veo esta noche” repitió en su mente... no fue una pregunta *¡fue una aseveración!* Algo planeado de ante mano. Debía averiguar qué había entre esos dos... el famoso Topo le había caído bien, pero si entre ellos había algo, todo cambiaría. Por lo que le habían informado, Clara actualmente se encontraba sin pareja. De vital importancia para Aarón, ya que cuanto más sola estuviera, mejor sería para manipularla a su antojo.

Debía poner el plan B en marcha antes que algo cambiara.

Llegó tras Clara a la oficina que compartían, e ingresó como estampida sin llamar.

Para su sorpresa la mujer no estaba sola... y unos afectuosos brazos llegaron hasta él para saludarlo con verdadero cariño. Ruth esperaba a su hija con un festín de comida sobre el escritorio. Y al verlo ingresar, tras dudar unos segundos, lo reconoció.

—¡No me lo puedo creer! Pero si eres Aaroncito... —exclamó la mujer mientras llegaba al alto hombre con los brazos estirados.

Aarón se mantuvo en su lugar, pero no pudo negar el cariño genuino que le generaba Ruth. Rodeó a la mujer que lo trajo al mundo en un afectuoso abrazo. Y por primera vez desde que pisó esa empresa... aflojó su tensión.

—Ruth —exclamó, mientras tomados de la mano, con una sonrisa en el rostro se regalaban elogios —estás igual que siempre.

—¡De humor sí! —rio la doctora —solo un poco más vieja y rezongona —miro de refilón a su hija, quien miraba horrorizada el cordial saludo de ambos —porque ya mismo le daré una reprimenda a mi nena, es inadmisibile que no me contara nada, que ahora *¡trabajas aquí con ella!*

—Todo sucedió muy rápido mamá —tartamudeó Clara —y Jamasen no trabaja conmigo — Ruth permaneció expectante al relato de su hija —él es el accionista mayoritario de la empresa.

—Ohh... —manifestó Ruth y en sus ojos no se leyó nada.

Era imposible saber cómo le había caído la noticia, sobre la sociedad de su hija con un integrante de la familia enemiga. Si bien ella lograba separar los tantos, y con la familia del muchacho siempre se habían llevado bien, su esposo y su hija no compartían los mismos ideales.

—Así es Ruth... fue toda una sorpresa descubrir que las acciones que me vi tentado a comprar, pertenecían a Clara —mintió —pero bien... el mundo de los negocios nos sitúa y quita como fichas de ajedrez a su antojo.

—La vida querrás decir —concluyó Ruth con sabiduría.

—También —respondió meditabundo el caballero. Podía notar cómo se estaba ablandando, por lo que prefirió salir cuanto antes de allí. —Ahora, si me permiten, tengo que ir a trabajar. Fue un enorme gusto verte Ruth —expresó mientras daba un casto beso en la mejilla de quien fuera su médico en la más tierna infancia.

Cuando Clara pensó que el incómodo momento estaba por terminar, su madre habló

—Aarón... ¿te gustaría quedarte a merendar con nosotras?

Los ojos de la joven se abrieron tanto por la sorpresa, que temió que sus orbitas salieran rodando.

—Seguramente Aarón se encuentre muy ocupado, mami —gruñó Clara entre dientes.

Ruth no era tonta, y sabía de la tirantez que existía entre esos dos, pero también sabía que era culpa de los adultos. «De ellos» porque ningún bebé nace amando u odiando... y son los padres quienes cargan ese peso en las criaturas. En su caso, su esposo era el culpable del odio que tenía

su dulce hija por esa familia.

—Te agradezco Ruth —por raro que fuera, Aarón no quería estropear ese bello momento. Gustoso haría cualquier cosa con tal de hostigar a Clarita Saavedra... pero Ruth no se lo merecía, ella era harina de otro costal.

Enfiló camino a la sala que había tomado como oficina y tras agradecer la invitación, cerró la puerta corrediza permitiendo intimidad a madre e hija.

Respiró hondo, y se prometió no bajar la guardia.

CAPÍTULO 7

—¡La mesa Clara!

—¿Qué?

—¿Puedes ir poniendo la mesa querida?

—¿Qué? No te escucho.

Pedrito caminó de mala manera hasta el equipo de música y silenciando el lugar gruñó...

—Nena... ¡que no te hará daño ayudar con algo! ¡O al menos podrías vestirme! Mira esa facha ¡por Dior! —el modisto se hizo la cruz mientras su amiga desparramada en el sillón revisaba Facebook.

—Ya voy Pedrito, ¡no ves que estoy ocupada!

—Se, seee.

La puerta se abrió de golpe permitiendo la entrada de Mela y el Topo, que para variar ya venían discutiendo.

—¡Cállate nerd! —gruñía la blonda ni bien entraban al PH de su amiga y depositaba una caja de cervezas sobre la mesa.

—¡Viste nena! Te dije que te vistieras —agregaba Pedro, como si de un padre se tratase.

—Ufa... ya voy, ya voy —agregaba Clara mientras arrastraba sus pies al baño.

—Es que me tienes que hacer caso, rubia... te dije que el PH no era el catorce, sino el quince.

—El quince tendría que ser la azotea en todo caso.

—No te pagamos por pensar —respondía seductor Topo con una sonrisa de lado.

—Estúpido nerd —Carmela mostraba las uñas cuando quería, y por alguna extraña razón estos dos se llevaban como perro y gato.

El timbre sonó y todos se sorprendieron, era sabido que en el departamento de su amiga no había que llamar... tan solo entrar. Viendo quienes estaban, solo faltaba Majo, pero la joven también conocía la regla.

El grupo de jóvenes amigos se miraron entre sí y Pedro elevó los hombros.

—¿Quizás trajo compañía? —remató el diseñador con picardía.

—Uuuu... —vitorearon Mela y el Topo, hasta que este último caminó a la puerta para abrir.

Tras la puerta se encontraba el portero del edificio, y pidiendo reiteradas veces disculpas, solicitó que no se hiciera tanto ruido. Era un edificio nuevo, el cual mantenía a la venta muchos de los apartamentos aún, y al parecer los vecinos del piso de abajo se habían quejado por los ruidos molestos que llegaban desde el Penthouse.

—¡Esto es el colmo! —se quejó Clara, que justo salía del baño —vivo sola y prácticamente no estoy en todo el día... si a los señores vecinos les molesta que una o dos veces por semana me reúna con mis amigos... ¡que se marchen a freír papas!

Todos, incluso el portero, se pusieron a reír. No era habitual ese comportamiento tan agresivo en Clara, y por lo que estaban viendo, el stress de lo vivido en estas últimas semanas la tenía un tanto border.

—Disculpe si la importuné señora —comentó el joven portero con devoción a la mujer.

—Tranquilo Joaquín, no eres tú...

—“Soy yo” —completó con humor el Topo, ganándose una feroz mirada de su amiga.

El portero se retiró del departamento, pero Clara seguía enfurecida. Fue por esa razón que se

planteó ir a hablar con el “*señor gruñón*” de su vecino y aclarar los tantos de una buena vez.

Salió furiosa al pasillo como estaba... tal como se encontraba... sin zapatos y usando un pequeño short de mezclilla, un top de tirante gris y su amada camisa a cuadros de estar “*entre casa*” «así la llamaba Clara»

—Te acompaño —se apresuró a decir Pedrito, evitando que su amiga pasara sola por un mal momento. «Vaya uno a saber, qué demente vive en ese piso» gritó antes de salir.

Bajaron por la escalera el piso que los separaba, hasta posicionarse frente a la puerta del departamento de los viejos rezongones. Golpearon y esperaron a ser atendidos.

Pero nada.

Desde el interior se escuchó un golpe seco contra la pared y un jadeo, seguido de un “Sí” ... pero continuaban sin atender.

—Qué raro —susurró Clara a su amigo.

Nuevamente unos golpes y otro “sííí” pero más intenso.

—¡Creo que están follando! —comentó entre risas el modisto, mientras se tapaba la boca para no ser escuchado.

—¿F follando? —Clara repitió sorprendida.

—¡Sí! Nenita... follando, sexo, haciendo el amor, cogiendo, amándose, muriendo de placer...

—¡Basta estúpido! —Gritó la chica enojada con su amigo —ya entendí... la pareja de osos gruñones están chaca chaca, bonga bonga... —comenzó a decir riendo y llevando a cabo los movimientos de los actos cuando...

—Buenas noches Clara.

Esa voz...

Clara no se animaba a voltear.

No había dudas de quién era el propietario de esa pastosa y engreída voz.

Lentamente volteó su cuerpo, pero hubiera sido mejor no hacerlo.

Aarón se encontraba usando solamente un ajustado bóxer, y al parecer ese “*pequeño*” detalle, produjo una interrupción en la sinapsis de las neuronas de la diseñadora. Porque por más que intentaba emitir una frase coherente, no lo lograba.

Miró a su amigo en busca de ayuda, pero este no se encontraba mucho mejor que ella. Pedrito literalmente babeaba por el atlético cuerpo del jefe y el prominente paquete que el algodón del bóxer Hugo Boss permitía ver.

—Eres... e-e-eres —nuevamente las palabras fallaban.

Una hermosa mujer de cabello castaño, mirada gatuna y envuelta solamente en una toalla, llegó tras él y rodeó sus brazos en torno de la cintura del nuevo gerente.

—Hola —susurró, mientras que centraba su atención en las piernas de Clara más de lo que debía.

—¿E-e-e-eres un? —repitió con burla Aarón, mientras apoyaba su mano sobre la de su amiga, justo sobre su abdomen bajo.

Los ojos de Clara y Pedro viajaron hasta esa zona, donde una cuadrícula de músculo se perdía bajo el elástico de su ropa, pero seguían sin comentar algo coherente.

Finalmente, el modisto habló.

—Ahh Aarón —el tono empleado por Pedro sonó simpático y eso aflojó un tanto la tensión que se estaba viviendo allí.

—¿Quieren pasar? —consultó con picardía Jamasen, elevando una de sus cejas y clavando

sus ojos en el rostro de su consternada socia.

—¡No! —gritó ella con más fuerza de la que hubiera deseado —ya nos vamos.

—¿Deseabas algo Clara? —la miró de arriba abajo y le gustó lo que vio. Le parecía encantadora con ese look despreocupado y juvenil.

«Tentadora» pensó.

—Nosotros... ¡ya nos vamos! —comentó agotada y avergonzada por el incómodo momento que estaban viviendo.

Ya mañana en la oficina vería el motivo, por el cual el maldito se había mudado a su edificio sin comentarle nada... porque dudaba que la casualidad fuera tal, como para ser vecinos sin saberlo.

—Entonces los veo mañana —Aarón solo tenía ojos para Clara... le hablaba a ella y con un tono que no permitía réplica.

Tras eso, cerró la puerta en sus narices e inmediatamente se escucharon las risas de la rubia.

—¿Viste el cuerpo que tiene el desgraciado? —repetía Pedro una y otra vez mientras regresaban al pequeño PH.

—Lo vi —respondió Clara indignada y sorprendida... jamás imaginó ver a Jamasen como hombre, siempre lo miró con ojos de enemiga, no con ojos de mujer, pero tras descubrir lo que se escondía bajo su costoso traje de diseñador, la cosa había cambiado.

«*Probablemente mañana me sonroje cuando lo vea... ¡qué vergüenza!*» pensó.

—¡Y la tenía dura Clari!

—Shh, ¡Pedro por Dios! —respondió ella entre risas mientras subía las escaleras.

El resto de la cena pasó de lo más divertida, hablando y riendo por la anécdota de haber descubierto al nuevo jefe en cueros. Como siempre, comieron rico y tomaron más tragos de los que se debía beber un lunes a la noche. Posiblemente mañana todos usarían gafas de sol a causa de las ojeras.

A eso de las dos de la madrugada, el grupo de amigos bajaba por el ascensor entre risas, y luego que Clara les abriera la entrada principal que daba a la calle, se marcharon.

Joaquín se apresuró a ponerse de pie y a llamar el ascensor para la joven diseñadora. Desde que ella se había mudado, el muchacho de gafas de pasta negra y cabello castaño vivía por y para ella.

Clara agradeció el gesto como siempre, con educación y cordialidad. Esperó junto a él mientras hablaban del clima y los vecinos, cuando este llegó. La puerta se abrió y una pareja salió.

«*Dios bendito de las casualidades*»

Aarón Jamasen y su tierna amiga salían sonrientes del espejado cubículo en ese momento. Al ver a Clara junto al portero, y en un acto que solo destacaba su soberbia, Aarón bajó la perilla impidiendo que el ascensor se fuera sin él.

—Ya regreso —comentó directamente a su vecina.

Clara de mala gana ingresó al pequeño lugar y tal como le habían ordenado, aguardó a que Aarón despidiera a su compañía. Le llamó poderosamente la atención ver que no se despedían de forma cariñosa, solamente un casto abrazo y la joven desapareció.

Lo vio venir con paso lento y meditabundo hasta el ascensor, donde ella como una niña paciente aguardaba. Con un ínfimo movimiento de cabeza despidió al portero y puso en marcha el ascensor hasta su piso. Viajar en un espacio tan pequeño y en silencio era incómodo.

Clara podía sentir como Jamasen la observaba fijamente, mientras ella intentaba pasar los

segundos estudiando el panel de control donde se hallaban los botones. Perilla roja *parada forzada*, flechas en ambas direcciones significaba *impedir que las puertas se cierren*, el botón con la campanilla era la *alarma* y zas...

«Apagón»

De un segundo para otro se hizo la noche. Todo se oscureció y tras un sobresalto, el ascensor quedó varado.

Escuchó el elegante calificativo «*mierda*» salir de la boca de Aarón y la falta de aire se hizo notar al instante. Dos de sus peores temores se hacían presentes en ese momento. Dos no... tres, le faltaba contar al hombre que ahora no podía ver, pero sabía con exactitud, que se encontraba a pocos centímetros de ella.

Miedo a la oscuridad, claustrofobia y Aarón Jamasen.

Mala combinación.

El aire le faltaba y podía sentir cómo un frío sudor descendía de su frente.

El hombre intentaba en vano hacer funcionar la alarma de seguridad, pero debido a la falta de electricidad era inútil... el generador no funcionaba y la cosa no se veía para nada bien.

—Dame tu teléfono móvil Clara —ordenó Aarón —y reza para que tengamos señal dentro de la lata de sardinas en que nos encontramos.

—No lo traigo conmigo —susurró con el poco oxígeno que mantenía en sus pulmones.

—Mierda —repitió el gran hombre, a la vez que intentaba quitar a ciegas el cielorraso.

Un golpe en seco lo distrajo.

—No me siento bien —escuchó a su espalda.

Clara había recostado con fuerza su cuerpo contra una de las paredes laterales.

Giró y se puso de frente hacia donde se encontraba la mujer. No la veía, pero la escuchaba. Tenía que hacer uso de todos sus restantes sentidos para guiarse en medio de esa negrura.

—¿Qué tienes? —preguntó preocupado.

Clara se encontraba asustada. Sabía que era infantil y tonto ponerse en ese estado «*Frases que su padre se encargaba de decir, las pocas veces en que de joven había sufrido un ataque de pánico*» pero no podía evitarlo. Sentía que moriría si las puertas no se abrían y lograba llegar a una ventana.

Las lágrimas se arremolinaron en sus ojos, y trató en vano respirar profundo. No lograba hacerse con una gran bocanada de aire fresco. Estaba viviendo su peor pesadilla. No podía ver nada, y tenía miedo.

—No puedo respirar... y estoy mareada.

Aarón tenía la posibilidad de aliviar o empeorar el sufrimiento de su enemiga.

Realmente le parecía sumamente estúpido, que la chica no pudiera respirar solo por el hecho de que la luz se hubiera ido.

—Ya nos sacarán —musitó y apoyó su peso contra la pared lateral, justo a un lado de Clara.

Sus hombros quedaron en contacto, tanto así, que pudo sentir con facilidad cuando la joven lentamente dejó caer su peso, deslizándose al piso.

—¡Clara! —vociferó, pero no obtuvo respuesta —Clara ¡responde!

Un sollozo le erizó la piel.

—No... puedo... respirar.

Clara estaba hiperventilando, y entre el pánico y el llanto, la cosa no podía ser peor.

Rápidamente se puso de rodillas frente a ella y a ciegas tomó el rostro de la mujer entre sus manos.

—Tranquila —comentó con seguridad —pronto saldremos, tú solo respira, Clara... respira por favor.

—No puedo Aarón... me voy a morir.

Con sus manos podía sentir el frío sudor en su cuello. Desembarazó a la chica de su camisa a cuadros y con ella secó el sudor de su frente.

—Vamos Clara, tú puedes.

El llanto de ella le angustiaba. Comenzó a refrescarla, intentando darle algo de aire, al tiempo que pensaba un plan B. Demandaría al conserje en cuanto saliera de allí... ya habían pasado varios minutos y aún no tenían noticias del tipo.

Debía distraerla. Tenía que lograr que ella no pensara en dónde se encontraban... suspendidos en el aire, probablemente entre dos pisos, sin ventilación ni luz.

—Clara por favor... ¡tú puedes! Eres la persona más valiente que conocí —comentaba Aarón mientras continuaba moviendo la camisa propiciando de esta forma aire en el rostro de la chica. Podía escuchar los jadeos de ella intentando respirar, también su llanto y el olor de alcohol que emanaba de la joven tras cada respiración... estaría muy enojado si llegaba a descubrir que el ataque de pánico era producto de un exceso de alcohol —¿te acuerdas cuando coloqué goma de mascar en tu cabello? —y pudo sentir cuando ella asintió con un movimiento de cabeza —ese día, en vez de ponerte a llorar como cualquier niña de tu edad haría... me esperaste afuera del baño y me hiciste una zancadilla—Aarón sonrió con nostalgia ante el recuerdo.

Clara recordaba ese día también, y por una fracción de segundos logro apartar de su mente el lugar donde se hallaba.

—¿Y te acuerdas cuando robé tu muñeca favorita y le corté la cabeza?... me tuvieron que dar tres puntadas en la herida que abriste con aquel tronco en mi cabeza.

—Era mi muñeca favorita —pudo susurrar ella entre jadeos —te odio tanto... —Aarón soltó una risotada de alivio, si le odiaba, era porque aire no le faltaba.

—Yo también te odio —susurró, mientras una ráfaga de la fragancia que ella usaba llegó hasta él. Le gustó, a pesar de lo que hubiera deseado, el olor de su perfume lo cautivó... «Debe ser por la oscuridad» pensó —¿sabes?... aún tengo una cicatriz en el trasero, recuerdo de cuando me clavé la punta de la chinche que tú colocaste en mi silla —continuó narrando Aarón.

Solo que esta vez no obtuvo respuesta.

—Me voy a morir —soltó repentinamente Clara en medio de un sollozo y con su mano intentó manotear ayuda.

Se puso de pie bruscamente y comenzó a golpear la puerta mientras lloraba y pedía ayuda a gritos.

—¡Por favor! —no paraba de llorar, cada segundo que pasaba se la oía más desesperada — ¡Que alguien nos ayude!

Aarón la siguió y también se puso de pie. Esto se ponía cada vez peor y ni miras de recibir ayuda. En ese instante hizo una nota mental... «Asesinaría al tal Joaquín en cuanto saliera»

No quedaban muchas alternativas, ni tenía muchas opciones. Tomó con fuerza a Clara de los hombros y la giró hasta tenerla entre sus brazos. Oprimiéndola contra su pecho con seguridad, colocó una de sus manos en su nuca, mientras que con la otra rodeó su cintura y sin más... *la besó.*

CAPÍTULO 8

Primero fue un beso tímido.

Casto, retraído y algo obligado.

Se le habían terminado las ideas de cómo distraer a la mujer en su ataque de ansiedad y tuvo la peor idea de todas. La estaba besando... y lo *disfrutaba*.

Esperaba la típica cachetada de telenovela, de esas que dan las chicas indignadas, ante este tipo de besos robados, solo que no la recibió.

No se detuvo.

Pudo notar cuando el cuerpo de Clara comenzó a relajarse entre sus brazos, y le causó alivio y placer.

Con sus labios sobre los de ella, delineó la circunferencia de esa roja fresa que tenía por boca, y que tanta curiosidad le dio desde el primer minuto en que la vio, luego de tanto tiempo de estar distanciados. Su lengua se coló dentro de su cavidad y jugó tímidamente hasta que la suya se unió.

«Clara estaba correspondiendo al contacto, entregada y laxa contra su cuerpo»

Presionó con más fuerza su nuca, aumentando la intensidad de ese beso, y para su desdicha, sintió como su erección quedó presionando al abdomen de la chica.

Pudo sentir un pequeño gemido escapar desde el interior de su socia. Desconocía si era de placer, pánico o por falta de aire. Pero en ese instante no le importaba averiguarlo.

Finalizó el tan temido beso, un momento antes que regresara la luz.

A los pocos segundos de haber abandonado la boca de Clara, y mientras intentaba controlar su agitada respiración, un brusco movimiento, y la luz que se encendió de golpe, fue la señal para saber que la electricidad había vuelto en la torre. Ni bien regresó la energía... todo volvió a ser como antes.

Como siempre.

Clara tenía el rostro rojo de llorar y los labios hinchados, producto del beso de Aarón. Desconocía lo que estaría pasando por su mente, lo que el hombre supo con exactitud, era que no podía dejarla sola, hasta tener la seguridad que estaría bien.

De esa forma fue que, cuando llegaron al piso catorce, Aarón no bajó en el mismo y plantó el número quince en el tablero.

Ninguno dijo nada hasta que el ascensor paró en el piso de la joven, y fue Clara quien rasgó el silencio antes de descender.

—Gracias —murmuró y fue sincera. Realmente no sabía qué hubiera sido de ella, si Aarón no hubiera estado en ese instante.

—Sé que beso bien... porque me lo han dicho en varias oportunidades, pero no es necesario que lo agradezcas —comentó mientras guiñaba un ojo a la mujer hada.

El desconcierto de ella no se hizo esperar. El hechizo había terminado, y la burbuja en la que se encontraron por un instante, *había explotado*.

—¡Maldito bastardo! —rezongó, mientras abandonaba el lugar y su no grata compañía.

—Lo soy... lo sé... —canturreó Aarón —te encargas de recordármelo a cada minuto.

Clara intentó abrir su departamento, pero no tenía con qué.

«La llave»

Había perdido la maldita llave.

Metió las manos dentro de los bolsillos traseros de su short y Aarón pudo apreciar el curvilíneo trasero de su enemiga desde un lugar privilegiado.

—¿Buscas esto? —señaló con sorna la llave que mantenía en una de sus manos.

Clara cerró los ojos con fastidio, mientras veía al hombre aproximarse. Aarón Jamasen abrió la puerta, y permitió que ella entrase primero, la sorpresa fue que, al intentar cerrar, el hombre se mandó puertas adentro.

—Quizás debamos llamar a un médico para que te revise —mencionó el caballero, mientras observaba el caos de vasos y botellitas de cerveza que había en la mesa de la cocina.

Se podía ver con claridad que la habían pasado bien. En la encimera también yacía una bandeja con restos de pizza fría. Aarón caminó hasta allí y con el descaro que lo caracterizaba, tomó un gran triangulo con peperoni y le dio un mordisco.

—Mmm... rico —comentó con la boca llena, mientras caminaba hasta el refrigerador y tomaba una botella de agua.

Este Aarón era diferente al que usaba traje y echaba para atrás sus negocios, este era más... «humano» por decirlo de alguna manera, y eso a Clara le preocupó. Usaba un pantalón gris de ejercicio y una t-shirt blanca algo ajustada, lo que solo demostraba con mayor claridad el trabajado cuerpo de su socio.

Ella se mantenía de pie en la entrada, con la puerta abierta, los brazos cruzados y anonadada del descaro que desplegaba ese hombre. La sacaba de sus casillas por completo. No podía creer que, en tan poco tiempo, la vida le hubiera cambiado tanto. *Casi fue a prisión, perdió el poder absoluto de su empresa, el enemigo se había metido en su vida y por lo que veía, no tenía intenciones de marcharse tan fácilmente.*

—Es tarde... y realmente estoy cansada. ¿Podrías marcharte por favor?

—No te dejaré hasta que un médico corrobore que te encuentras bien.

—No es necesario... no lo haré.

—Entonces me quedaré.

—Fuera de mi casa Jamasen, al menos ve a tu departamento a tomar una ducha, y quitarte el olor a sexo y perfume barato que tienes impregnado en la piel.

Aarón achinó los ojos y en su boca se formó una línea recta.

—El único “olor” que tengo impregnado en mi piel ahora es el tuyo Clarita... ¿usas perfume barato mi amor? —y pudo ver un rojizo tono subir por sus mejillas. —Es tarde —sentenció Aarón sin moverse de su lugar, donde continuaba cenando la pizza fría que había sobrado de la reunión —deberías tomar una ducha y acostarte.

—No hasta que tú te marches.

—No lo haré hasta que te acuestes mujer, no quiero estar durmiendo, y escuchar el golpe en mi techo cuando tú te desparrames a causa de alguna otra tontería que te provoque falta de aire... quizás una mosca en el café, que se apague una bombilla de luz o el coco se meta debajo de tu linda camita.

A Clara le dolieron sus palabras. Por un momento pensó que Aarón había comprendido su miedo. *Pero se equivocó.*

—Fuera de mi casa... ¡ahora! —gritó mientras las lágrimas que ya no podía controlar comenzaban a caer por sus mejillas.

Era el colmo, se había preocupado, la había besado para distraerla y ahora nuevamente era el cretino de siempre.

«Es un Jamasen» se recordó a sí misma para calmarse.

Mantuvo la puerta abierta mientras el hombre caminaba hasta donde se encontraba, con paso lento y decidido. Giró la cabeza mirando hacia otro lado, cuando llegó hasta ella. Pensó que saldría y no lo vería hasta la mañana.

«*Lo pensó*»

Pero se equivocó.

Aarón posó su mano sobre la de ella «esa que tenía en el picaporte de la puerta» y sin consultar nada... *la cerró.*

—A la cama... ¡Ahora! —gritó. Su paciencia se estaba resquebrajando.

Aarón Jamasen se consideraba un hombre simple y pragmático en cuanto a mujeres se trataba. Tenía un par de reglas que seguía al pie de la letra, una de ellas, era que las cosas se hacían *cuando él lo pedía*, otra... las cosas se hacían *cuando él quería, no besaba en los labios mientras tenía sexo, nunca se quedaba a dormir, y jamás llamaba al día siguiente.*

Consideraba a la mujer el ser más hermoso y contradictorio del universo, y odiaba que le llevaran la contra. Tomó de la mano a Clara y caminó con ella hasta el baño, como todo un caballero instó a que entrara y cerró la puerta.

—No demores princesita —gritó hastiado —un pis y cepíllate los dientes... tienes muy mal aliento.

—Estúpido mal educado —gritó Clara desde adentro y él sonrió. En verdad estaba disfrutando de esto. Solamente no debía mezclar los tantos para que las cosas siguieran tal cual lo planificado.

Minutos más tarde, Clara abandonaba el tocador con la cara lavada y una coleta de caballo en su cabello. No había rastro de maquillaje en su rostro, ni cubre ojeras ni ese tentador labial rojo que usaba a diario... ¡nada! y se veía hermosa... *más hermosa que nunca.* Y eso lo preocupó. Después de todo, *era un hombre*, y este juego del gato y el ratón, *podía salir mal para él también.* Debía darse prisa. Cuanto antes terminara con todo, antes podría dejar de ver a la chica de cabello rubio y mirada de ángel.

Clara caminó hasta la heladera, y tras tomar una botella de agua mineral se metió en la cama.

—¡Listo!... ahora sí ¿feliz?

—Te veo mañana en la oficina. A las siete en punto —especificó Jamasen antes de salir del departamento, concluyendo con un —y esta vez... no llegues tarde.

Seis y treinta de la mañana, Aarón cruzaba el hall de entrada de Clarita Saavedra Inc.

Vestido pulcramente como era habitual en él, había optado por un traje gris oscuro y una camisa negra, a la que dejó dos botones desprendidos y omitió la corbata. Se afeitó y perfumó. Salió con tiempo de sobra como de costumbre, era un maniático de la puntualidad y odiaba tener que esperar.

Pasó por la pequeña cocina que había en su piso, y cargó su taza con café negro intenso. A un lado de la mesada divisó la gran taza con tapa rosa de goma de Clara, y en un acto totalmente desconocido para él, y sobre el cual se negó a pensar, decidió llevarle una bebida a su socia.

No había vuelto a saber de ella por el resto de la noche. Esperaba que los fantasmas no hubieran regresado en la soledad de la madrugada.

Minutos antes de las siete, ya se encontraba en su oficina cuando escuchó a lo lejos el sonido de tacones repiquetear en la desierta empresa.

Clara entró con cara de cansancio a la oficina, y tras apoyar su bolso y maletín porta notebook sobre el escritorio, se despojó de su fina chaqueta.

Usaba un ajustado vestido negro con pequeñas manguitas fruncidas, y largo hasta la rodilla. Aarón encontró ese largo perfecto, lo justo para ser sofisticada y sensual a la vez. Sobre todo, con esos altísimos zapatos de tacón a tono que vestía.

Se acercó hasta ella con su taza de café en la mano.

—Buenos días Clara —tendió su bebida —me alegro que pudieras ser puntual en esta ocasión.

La joven mujer observó su taza con desconfianza y tras meditarlo unos segundos la tomó.

—Buenos días —respondió —¿está envenenado?

—No en esta oportunidad.

Clara bebió un pequeño sorbo y abrió grande los ojos por la sorpresa «*café con canela y nata descremada*» no podía creer que retuviera ese detalle.

Intentó no darle mayor importancia de lo que fue... *un simple detalle*. Tomó asiento en su escritorio y buscó en su cajón hasta dar con un bote de ibuprofeno.

Le dolía la cabeza, sinceramente pensaba que hoy no debería haber ido a trabajar, no pudo dormir en toda la noche, y cuando lo logró, a los minutos la despertó su alarma.

Aarón tomó asiento frente a ella y la observó en silencio. Si le encontró mala cara, no se lo dijo. Prestó atención a sus labios, y se demoró en esa zona más tiempo del que Clara hubiera deseado.

—¿Siempre llevas los labios rojos? —preguntó finalmente, el tema de sus labios carmín era algo que lo desconcentraba por completo. No podía mirarla a la cara sin perder el hilo de la charla con esa fresa arrugada que tenía por boca. Notaba que usaba muy poco maquillaje en el rostro, este siempre presentaba un look fresco y relajado, excepto sus labios fuego, la mujer marcaba su presencia con ese detalle de tono mate.

—Siempre —respondió y contraatacó —si te gusta, te lo puedo prestar para que te lo pongas algún día —«no hay mejor defensa que un buen ataque» pensó la mujer.

—Gracias por el ofrecimiento Clara, pero prefiero que seas tú quien lo use... en verdad quedaría muy bien una marca de rouge rodeando algún segmento de mi cuerpo. Si quieres ver la durabilidad de la pintura, te puedo ofrecer una parte de mi anatomía muy querida por mí para el ensayo.

—Ordinario —refunfuñó molesta y Aarón disfrutó de su malestar dejando escapar una risa.

Reclinó su alto cuerpo en el respaldo de la silla y dio un trago a su café antes de hablar.

—Hoy no podré estar todo el día en la empresa —comenzó diciendo —ya que he desatendido mis otros negocios... es por esa razón, que, en el día de hoy comenzará a trabajar mi hermana Isis y otro grupo de gente de mi confianza aquí. Ellos serán mis ojos cuando yo no pueda estar presente.

—Eso no estaba acordado Aarón... dejamos expresamente indicado, que no podía haber variaciones de personal dentro de tu mandato.

—Te equivocas... quedó indicado en el documento, que yo no podría despedir a ninguno de los ineptos que tienes trabajando aquí —falló —pero en ningún momento se expresó, que no podría traer gente de afuera.

Clara quedó muda... el maldito tenía razón.

Isis y ella se odiaban tanto o más que con su hermano. La sensual morena de ojos turquesa era una arpía... no podía creer que el enemigo estuviera tomando territorio con tanta velocidad... *¿qué podía hacer?*

—Aarón... te lo suplico de rodillas si quieres, necesito que me devuelvas mi empresa. Hablaré con papá para que me otorgue un préstamo y compraré tu parte.

Para Jamasen escuchar hablar del hombre que le arruinó la vida a un integrante de su familia, y hablar del Diablo era exactamente lo mismo.

Y eso le cambió el humor automáticamente.

—Isis llegará a las dos, asegúrate de que se sienta a gusto —ordenó con seriedad.

—Aarón —llamó su atención sin ánimos de pelea —tenemos que llegar a un acuerdo, yo... —dejó caer la frente contra sus manos y soltó el aire que mantenía dentro de sus pulmones —no puedo vivir así, va contra mis ideales, soy pacifista por naturaleza, y es obvio que tú alteras mi paz interior.

Aarón pudo oler el apremio que sentía Clara por recuperar su empresa, y pudo sentir su propia premura por vengarse de una buena vez. Pensó por un minuto su respuesta, observó de arriba a abajo las torneadas piernas de la diseñadora, las cuales lucían un bello tono dorado y se encontraban cruzadas bajo el escritorio de cristal. Observó su interesante escote, el cual daba indicio de dos grandes y firmes pechos y su bella fresa roja. Su boca... eso era lo peor de todo para Aarón, unos perfectos labios esculpidos por Satanás seguramente, que eran una invitación a lo prohibido. Y no tuvo mejor idea que improvisar... no era costumbre en Aarón ser arriesgado con sus decisiones, pero en este caso se otorgó una licencia en su maquiavélico plan.

—Solamente hay una remota posibilidad de que recuperes tu empresa en su totalidad Clara —comentó sin emoción, mientras se ponía de pie y tomaba el café de la mesa.

La joven levantó la mirada de su agenda hasta el turquesa de los ojos de su enemigo. Había captado su atención.

—¿Y esa remota posibilidad es...?

Emprendió camino rumbo a la sala y como si hablase del clima o algún chimento de la farándula local soltó...

—Casándote conmigo —volteó una fracción de segundos, tiempo suficiente para ver el asombro en el rostro de la bella mujer con rostro de ángel —piénsalo, estoy seguro que podríamos hacer un gran acuerdo juntos, un matrimonio de nombre solamente, no tengo interés de compartir lecho contigo, ni tener bebés... ¡nada!

Cerró la puerta de golpe y Clara se encontró más inestable que nunca.

Sintió como si estuviera de pie en un piso de cristal... temía dar un paso y que este cayera

llevándola al vacío como a Alicia en el país de las maravillas.

—¿Casamiento? —Repitió en un mar de dudas.

El dolor de cabeza aumentó de golpe... su frente latía como si uno de esos monitos con platillos viviera dentro y estuviera festejando el triunfo de algún importante partido de fútbol.

Se puso de pie algo inestable por la sorpresa y caminó hasta la pequeña cocina que se encontraba a pocos metros de su oficina. Sirvió un vaso con agua y colocó tres cubos de hielo dentro. Cerró los ojos y apoyo su frente en el mismo, intentando aclarar sus ideas.

¿Un acuerdo entre ella y Jamasen?

¿Por qué?... ¿qué ganaba el hombre con esa sociedad?

¿Cumpliría su palabra de devolver su parte de la empresa? Las preguntas eran muchas y si algo sabía de sobra, era que no podía fiarse de un Jamasen. Seguramente el remedio sería mucho peor que la enfermedad.

Mientras tanto en su oficina, su móvil no paraba de sonar...

Aarón algo molesto con el insistente sonido del teléfono, llegó hasta el solitario escritorio de su socia. Tomó el i-phone de la joven entre sus manos y observó la pantalla del mismo... se le aceleró el corazón cuando leyó el nombre de quien llamaba a Clara.

«Papá» se leía... y por un momento dudó qué hacer. Podía dejar que la llamada fuera al buzón, podía intentar encontrar a su socia o...

Exacto... se decidió por la peor opción.

—Hola —respondió Aarón.

El silencio al otro lado de la línea, indicó que la sorpresa ya estaba haciendo mella en el hombre.

—¿Quién habla? —indagó de forma autoritaria el padre de Clara, y automáticamente Aarón sintió una puntada en el centro de su estómago. Solo escuchar su voz le revolvía el estómago.

Tranquilo, ya falta menos... se dijo a sí mismo.

—Soy Aarón Jamasen señor—dudó por un instante y optó por rematar el asunto —el novio de Clara.

Silencio.

El enemigo quedó en silencio, pero podía escuchar su irregular respiración al otro lado de la línea.

—¡Tú! —gritó don Saavedra —¿el novio de mi hija? —podía notar la voz del hombre temblar a causa del enojo y sorpresa.

—Bueno... técnicamente, también soy el socio mayoritario de su empresa —concluyó Aarón con simpatía.

Apenas estaba comenzando y ya disfrutaba el estado de sorpresa en que se encontraba el viejo.

En ese instante Clara regresó a tiempo, para ver con sus propios ojos, el terrible panorama que se desarrollaba en su oficina.

Jamasen sentado en su silla, reclinado hacia atrás, hablaba por teléfono con su celular.

«Pero, ¡qué cuernos!» pensó Clara antes de ser interrumpida.

—Mi amor, es tu padre —la expresión de Aarón era ilegible. Sostenía el móvil en su mano y con una mirada que haría temblar al más valiente, observaba cada movimiento de la joven mujer. Y manteniendo su dedo índice contra los labios indico silencio.

Clara comenzó a temblar.

Aún no se había recuperado del todo, del suceso vivido anoche en el ascensor, y si a eso le

sumaba el dolor de cabeza y la falta del sueño, el horizonte era terrible.

Tomó el móvil con su mano y sin sentirse capaz de mantener esa conversación de pie, tomó asiento en uno de los sillones que estaban frente a su lugar.

—Papá —susurró, y fue reprendida con un acusatorio grito.

—¡Tú y ese...! —la voz de su padre se encontraba agitada y temblorosa. Podía escuchar su irregular respiración y a su madre de fondo intentando calmarlo —¡Tú y el bastardo de Jamasen! —Acusó nuevamente, si bien Clara sabía que todo era una cruel mentira de Aarón, le dolía la forma de ser de su padre. Siempre amo y señor, siempre con la última palabra, creyendo que su magnánima presencia era la única en la faz de la tierra.

Clara observó a Jamasen en silencio mientras escuchaba los insultos y protestas que lanzaba su padre al otro lado de la línea.

—Responde Clara... —gritó su padre —¿es verdad que ese mal nacido es tu novio? —Clara abrió grande sus ojos... ¿novio?, no sabía con exactitud qué patraña había inventado Aarón, pero por un instante se vio con la necesidad de llevarle la contra.

Después de todo, ella ya era una mujer grande, madura e independiente. Desde hacía tiempo había salido adelante sola, y con pasos de bebé había creado un pequeño imperio dentro del mundo de la moda. Imperio del cual ahora solo poseía una mínima porción.

Salvo que...

Salvo que la extraña propuesta de Aarón fuera verdad, y lograra recuperar su reinado si aceptaba desposar a ese atractivo y grosero hombre.

—Es verdad papá... —Clara clavó sus delicados ojos café en los poderosos y rotundos de Aarón, para rematar su mentira con un... —Aarón Jamasen y yo somos pareja.

Aarón elevó la comisura de sus labios en una mueca que denotaba victoria y algo más...

CAPÍTULO 9

La semana pasó de forma lenta. Aarón prácticamente había pasado los días en las bodegas que tenía junto con su familia en el campo, supervisando en persona, la siguiente exportación de Alma Mía para el mercado europeo. Se había dejado ver poco por Clarita Saavedra Inc. Disfrutaba atormentar a Clara, pero viendo que todo estaba saliendo mejor de lo que planeó, se otorgó unos días de descanso.

Su hermana Isis había llegado el martes para encargarse de cuidar la espalda de su amado hermano mayor en su ausencia. Isis se había dedicado al modelaje... la morena de ojos turquesa al igual que gran parte de su familia, presentaba curvas que harían suspirar a cualquiera, y complementaba su presencia con un metro ochenta de distinguida elegancia. Recientemente había comenzado a diseñar zapatos y creyó ideal introducir a la joven en la empresa de su futura esposa.

Aarón sabía de la rivalidad que ambas mujeres tenían desde tiempos remotos, y eso le inspiraba mayor tranquilidad.

Clara se vería intimada por Isis y su grupo de gente de confianza, dentro de los cuales se hallaba su abogado y mano derecha Ricardo, Alejandro su contador y Mónica su bella y joven secretaria.

Pasaría lo que quedaba de esa semana en el campo y el fin de semana se reunirían con su familia y amigos más íntimos allí mismo, para festejar el aniversario de Alma Mía.

Usaba pantalones de mezclilla, botas de campo y camisa a cuadros mientras al rayo del sol, recorría las vides inspeccionando en busca de alguna posible plaga. A lo lejos pudo escuchar el sonido del motor de un jeep aproximarse.

Levantó la mirada mientras se sacaba su sombrero, para ver a don Saavedra bajar de su todoterreno y caminar a paso ligero hasta donde Aarón se encontraba. El padre de Clara era un hombre alto y fornido, apenas presentaba algunas canas en su claro cabello y la piel se le notaba curtida de vivir tantos años en el campo. No hace mucho, luego que su única hija anclara raíces en la capital, él y Ruth habían regresado a pasar parte de los días en la tranquilidad de las sierras.

—¿Necesita algo señor Saavedra?

Saavedra escupió una pajilla de pasto que mordisqueaba y tendió la mano al joven hombre.

—Vengo a saludarlo Jamasen... y a advertirle que, si lastima a mi niña, usted no vivirá para contarle.

—¿Amenazándome nuevamente?... ¿ni de viejo piensa perder la arrogancia? —Aarón sonrió con insolencia —como puede ver estimado, ya no soy un mocoso al que puede intimidar con fantasmas. Lo tengo en la mira, y no voy a parar hasta verlo en prisión.

—Sos un mal nacido —el rostro del veterano se puso rojo de ira —si piensas vengarte con mi hija estás muy equivocado... *¡con ella no te metas!*

—Sucede... *que con ella ya me metí* —respondió con doble sentido, enfureciendo más al hombre —me metí bien hasta el fondo... *una y otra vez.*

Saavedra dio un paso hasta Aarón y sin previo aviso estampó su puño en el perfecto rostro del joven.

Su labio comenzó a sangrar. Si algo faltaba para que la guerra comenzara era esto... Aarón no devolvió el golpe, pero su tono de voz y sus palabras fueron más hirientes que cualquier

puñetazo que pudiera propinar al viejo.

—Si le faltas el respeto a mi niña y la llegas a embarazar de un maldito hijo de perra como tú, juro que te arrastraré hasta el juzgado para que te cases con ella y limpies su nombre.

Las cosas le llegaban en bandeja... nunca pensó que su retorcido plan se llevaría a cabo tan fácilmente.

—Por ese asunto no se preocupe don Saavedra, que su hija y yo nos vamos a comprometer dentro de poco... *le guste o no*. Y ahora... *¡Fuera de mi campo desgraciado!* Y quiero que sepa algo don Saavedra, en esta vida todo se sabe y todo se paga. Usted lastimó a mi familia como nadie y una pequeña vida fue arrebatada como si nada valiera. La vida es una rueda que no para... todos tenemos nuestro talón de Aquiles... y esté bien tranquilo que yo, ya encontré el suyo hace tiempo.

—Bastardo —gritó el hombre fuera de sí —¡con mi hija no!

—Mándele saludos de mi parte a Ruth... —Aarón meneó la mano como saludo, mientras continuaba con su trabajo, dejando atrás al enemigo —y dígame que espero verla nuevamente por mi empresa.

Saavedra apretó fuertemente los puños, conteniendo las ganas de sacar su arma y disparar al desgraciado que osaba meterse con lo más valioso que la vida le había dado... su niña, su princesa adorada, la luz de sus ojos... *Clarita*.

En la empresa todo era más que caótico.

Isis había llegado para quedarse... de eso no había dudas. Clara seguía sin poder dormir bien. A la noche los fantasmas y miedos la visitaban, dejándola temerosa e inestable. Desde que Isis llegó, el poco poder que tenía dentro de la empresa se fue esfumando lentamente. La morena de ojos exóticos y la secretaria de Aarón despertaron la atención de todos los hombres de la empresa. El Topo gentilmente se ofreció para hacerles una recorrida por la empresa a las dos bellezas que acababan de llegar, y al mediodía las había invitado a almorzar a un restó de moda que había en la zona del Word Trade Center, a pocos metros de donde se encontraba su empresa.

Clara y Carmela se las tuvieron que ver con el abogado y contador de Aarón. En verdad no podían quejarse, ambos hombres eran educados, divertidos y guapos. Alejandro el contador, pidió una reunión con la dueña minoritaria de la empresa, para empaparse sobre temas primordiales como eran la cadena de distribución y logística que mantenía la empresa con sus proveedores y compradores.

Pasaron toda la mañana del jueves charlando animadamente, mientras en medio de la charla laboral, mezclaban temas como restaurantes de moda, viajes y centros nocturnos bailables. La joven diseñadora no podía creer que estos hombres fueran amigos del demonio de Aarón.

«Eran tan opuestos» se los notaba frescos y distendidos, y según el *Topo ¡las chicas también lo eran!* Aunque ella no se lo creía... *Isis era una maldita arpía*, que cada vez que podía lanzaba dardos afilados a Clara.

—¡Hola Clarita!, ¿cómo estás querida?... —saludó ni bien entró a la empresa por primera vez, la observó de arriba abajo y prosiguió con un... —te veo muy bien... ¿has ganado peso? Te sienta de maravillas, porque de esa forma se disimulan mejor tus marcas de expresión.

No era necesario que Clara hiciera algún curso de “*Cómo ser una bruja en tres simples pasos*”, para darse cuenta que la hermana de su reciente “*novio*” la había llamado vieja y gorda.

La ubicó en la sala que usaba su hermano, y con todo el amor del mundo le entregó gustosa la tutela a su mejor amigo, quien no podía apartar la mirada del bronceado cuerpo de la mujer.

Era viernes y prácticamente se encontraban con un pie fuera de la empresa. Clara se metió de lleno en el trabajo, planeando junto a Majo y Pedrito el desfile de modas que presentaría la colección otoño-invierno.

Debía admitir que la perraca de Isis tenía buenas ideas y contactos. Al venir del mundo del modelaje, conocía muy bien el paño, y tras unas pocas llamadas consiguió que Clara Saavedra Inc., hiciera el cierre del desfile del mayor evento de la moda latinoamericano... el *Cosmopolitan Fashion Week*. Las más importantes y reconocidas firmas de la región, presentaban sus nuevas temporadas, en una semana de desfiles, presentaciones y notas publicitarias. Sin duda un importante salto para su empresa.

Isis salió de su oficina junto a la atractiva secretaria de Aarón dispuestas a marcharse... solo que antes de salir, hicieron una parada frente al escritorio de Clara.

—Mañana es la fiesta de aniversario de Alma Mía —comenzó anunciando Isis, Clara no sintió ánimo de pelea en el tono empleado por la bella morena. Por esa razón se había ganado su atención —toda la familia y amigos nos reuniremos en el campo «en la casa de mis padres» para celebrar los cien años de las bodegas y pasar un fin de semana de diversión... Aarón pidió explícitamente que te invitara a ti y a tus amigos —concluyó.

Clara se sentía sorprendida por ese inesperado gesto, fue por esa razón que agradeció con educación y respondió que, si bien la propuesta era tentadora, no creía que pudiera asistir. De

todas formas, le comentaría al resto de los chicos para que se dieran una vuelta por la hacienda.

—Es un día muy importante para él, Clara —repitió la joven, como si la deshonra de no ir a homenajear a su familia le molestara.

—Lo sé Isis... y en verdad agradezco la invitación. Pero como tú bien sabrás, la relación de nuestras familias nunca fue buena, no creo que pueda pasar bien en tu casa jamás —y sintió el alivio en sus hombros al sincerarse.

Isis emprendió camino hasta la puerta, pero antes de salir acotó...

—Mi hermano nunca acepta un “no” como respuesta. Si él tuvo la estúpida idea de invitarte... ten por seguro que allí estarás.

—Puedo imaginarlo —respondió Clara con una falsa sonrisa pintada en su rostro.

«*Ojalá te dé acné en tu perfecto rostro Isis*» Pensó Clara con fastidio.

Estaba por finalizar su jornada laboral y un tranquilo fin de semana asomaba en el horizonte. Antes de marcharse respondió un par de emails, terminó de ojear el muestrario de telas que había enviado un nuevo proveedor y se retocó el maquillaje en el baño. Pintó nuevamente sus labios con el labial rojo mate de Mac que se había vuelto su favorito últimamente y tomó asiento en el sofá blanco que tenía debajo del gran ventanal, mientras se relajaba y descansaba. La vista era hermosa... las luces de la noche montevideana comenzaban a asomar y una ráfaga de melancolía la invadió. Desconocía el por qué, pero la cálida noche de viernes se le hacía de lo más romántica...

«*¿Qué estaría haciendo Jamasen a esta hora?*»

Frunció el ceño ante la estúpida pregunta que se estaba formulando... y se respondió a sí misma.

«*Seguramente esté follando a su amiga*»

Minutos más tarde la puerta de su oficina se abrió de golpe, revelando la presencia de Majo, Mela, el Topo y Pedrito. Como ya era un clásico de los viernes entre el grupo de amigos, tocaba after office en *Enchúlame*... un pequeño pub local, que además de tener cervezas artesanales, contaba con un pequeño escenario con una pantalla, donde los presentes podían divertirse con un relajado karaoke.

—¿Lista amiga? —Consultó la blonda, mientras guiñando un ojo agregaba —esta noche tendremos compañía —su voz sonó más estridente de lo habitual y el Topo cubrió sus oídos con fastidio.

—Pareces una perra en celo por esos trajeados —ladró el guapo ingeniero a su archienemiga.

—¿Celoso nerd? —sonrió con suficiencia y el Topo respondió a milímetros de sus labios...

—¡Eso quisieras tú, zorrита!

Llegaron al pub y este se encontraba repleto de hombres y mujeres, quienes buscaban relajarse con una copa y buena compañía antes de regresar a sus hogares.

En una mesa junto al escenario divisaron a Ricardo y Alejandro «*los amigos del maldito*» caviló Clara, pero se prometió pasarla bien y omitir que los atléticos y elegantes hombres eran del cuadro rival.

Hoy plantaría la bandera de la paz y disfrutaría de la noche. Clara quedó sentada junto al contador, quien no solo era bien parecido, sino también ¡*simpático*! Las bebidas comenzaron a correr y la charla se disfrutaba mucho.

Ricardo estaba embobado con Carmela y solo tenía ojos para la blonda. El Topo mantenía un rictus de lo más contrariado en su rostro, y la furia se pudo dejar ver con claridad, cuando el

abogado tomó de la mano a la blonda, para subir al escenario y cantar a dúo una romántica balada.

*“Quizá no fue coincidencia encontrarme contigo
Tal vez esto lo hizo el destino
Quiero dormirme de nuevo en tu pecho
Y después me despierten tus besos
Tu sexto sentido sueña conmigo
Sé que pronto estaremos unidos
Esa sonrisa traviesa que vive conmigo
Sé que pronto estaré en tu camino
Sabes que estoy colgando en tus manos
Así que no me dejes caer
Sabes que estoy colgando en tus manos”*

Todos aplaudían y cantaban a coro la pegadiza melodía. Ricardo instó a la mesa a ponerse de pie a cantar con ellos sobre la tarima y todo el grupo subió gustoso de divertirse. Todos menos el Topo, quien con la excusa de fumar salió afuera del local. A Clara no le apetecía cantar esa noche, pero sí disfrutaba del espectáculo que estaban dando sus amigos, mientras intentaban cantar a coro, desafinando intensamente a causa del alcohol que corría por sus venas.

Clara disfrutaba de su cerveza con notas de miel, mientras observaba a los presentes, cuando una de las mozas depositó frente a ella una botella de agua mineral.

Clara observó la botella y luego a la joven.

—Gracias... pero yo no pedí agua —respondió educadamente con una sonrisa.

La bella camarera la observó con picardía mientras señalando la barra del bar respondía:

—Se la manda su novio señorita... hace rato que la observa.

«¿Mi novio?»

—Debe haber un error... yo no tengo novio.

—Buenas noches Clara —Aarón Jamasen tomó asiento en el lugar que se encontraba junto a la joven y con descaro, pasó su brazo por el respaldo de la silla de la diseñadora.

Clara cerró los ojos.

—Creo que estas bebiendo más de la cuenta *princesa*.

«¿Princesa?» repitió mentalmente la mujer. «¡Lo mato!»

No podía ser verdad... ¡era el colmo! ¿Ahora se dedicaba a seguirla?

Sin mirar al hombre, y en un acto de total rebeldía, Clara tomó su gran jarra de cerveza y de una sola vez la terminó en su totalidad.

Groseramente limpió el resto de espuma que había quedado en la comisura de sus labios con el dorso de la mano... y elevando una de sus cejas giró el rostro para enfrentar a Jamasen.

—Hola —saludó como si recién reparara en su presencia.

—Creo que deberías hacer uso de la botella de agua que te envié... ¿no lo crees?, siempre consideré un poco ordinario y de mal gusto ver a una mujer ebria. Y en lo que va de la semana, ya es la segunda vez que te veo tomar alcohol —comentó Jamasen con cara de desprecio.

—¿Tú crees que debería hacer uso de esto? —Clara tomó la botellita y la señaló.

—Eso pienso —respondió Aarón con los ojos clavados en la boca roja de la mujer.

La joven continuó mirando a sus amigos, quienes ahora intentaban cantar otra melodía, y lentamente giró la tapa de la botella.

Sin apartar la mirada del escenario, y moviendo únicamente su brazo derecho, giro la botella

de agua mineral hasta donde se encontraba el hombre, para que esta cayera sobre el regazo y entrepierna de Jamasen. Aarón dio un respingo ante el frío del líquido.

Clara no se detuvo hasta que la última gota de Evian quedó en la absorbente tela del pantalón.

—Ahora sí, ¿feliz? Como podrás ver, ya hice uso de tu botellita de agua.

Dicho esto, se puso de pie antes que el hombre terminara de asimilar lo vivido y tomando su bolso, se despidió con la mano del grupo con el que había venido. Salió del lugar con prisa y pudo sentir su piel erizarse cuando Aarón la alcanzó. La tomó de un brazo, haciendo que cambiara la dirección en la que ella se dirigía.

—¡Suéltame! —gritaba Clara mientras intentaba zafarse del fuerte agarre del hombre —me haces daño, maldito.

La furia de Aarón lo tenía ciego. Sus pupilas se habían dilatado y ya no podía razonar. La mocosa lo tenía cansado... debía enseñarle quién mandaba. Debía aprender la lección que jamás había que jugar con él, porque se quemaría en el infierno.

Caminó con ella a rastras hasta donde tenía estacionado su automóvil, y sin mucha delicadeza la hizo sentar en el asiento del acompañante. Ni bien cerró la puerta para rodear el auto, trancó el coche con el mando a distancia. Podía sentir el forcejeo de ella intentando escapar en vano.

Tomó su lugar tras el volante y sin emitir comentario puso en marcha el vehículo por las movidas calles.

—¿Dónde estamos yendo? —Se la podía ver enojada y algo temerosa. Aarón disfrutaba despertar esos sentimientos en ella.

—A casa —respondió a secas.

—Tengo mi coche estacionado dentro del parking de la empresa —murmuró Clara con menos ánimo de pelea —no puedo marcharme y dejarlo ahí hasta mañana.

—¿Hasta mañana? —y dejó escapar una mordaz risa —hasta el lunes querrás decir Clarita, a las ocho de la mañana partiremos al campo... y en el correr de la tarde anunciaremos nuestro compromiso.

—¡Eres un demente! —gritó Clara espantada por la seguridad de las palabras del hombre —todavía no entiendo qué es lo que intentas lograr con toda esta locura.

Aarón detuvo su auto en una calle lateral.

La noche había caído, y en esa apartada calle sin luz, apenas se lograba ver su rostro. Colocó la palma de la mano en la delicada mejilla de la mujer y con sutileza acarició la zona.

—Tu piel es muy suave —expuso.

Ella estaba muda y mantenía el aire dentro de sus pulmones. No estaba segura de lo que estaba pasando. Ni si debía empujarlo o agradecer el cumplido. Realmente en ese instante no sabía nada.

—Respira Clara.

—Yo... yo no puedo hacer esto —sus ojos picaban y las lágrimas comenzaron a caer sin permiso.

—Sí puedes.

—No entiendo cómo puedes estar así de tranquilo, afirmando un compromiso falso frente a tu familia, cuando ni siquiera he aceptado tu loca propuesta.

—Ya lo has hecho *princesa* —su falsa calma la ponía más nerviosa que su mal humor.

La sorpresa se pintó en el rostro de Clara.

—¿Cuándo? Porque déjame decirte que nunca, en mi sano juicio...

—Tu padre ya lo sabe también, ahora solo queda afinar algunos detalles y tiempos.

Volvió a poner en marcha el automóvil y lo dirigió hasta uno de los más grandes centros comerciales de la ciudad.

—Es una locura Aarón, —Clara ya no podía pensar con claridad, como si una laguna espesa de gelatina se encontrara en su mente.

—Lo es —respondió con calma —pero ahora hay que seguir jugando... tú quieres mi parte de la empresa ¿correcto?

La joven asintió en silencio.

—Bien... y yo quiero que te cases conmigo ¿verdad? —nuevamente la joven asintió.

—Nunca me acostaré contigo, que conste eso en el contrato.

Aarón sonrió con fuerza. Le pareció muy dulce y cómico que ella nombrara un contrato. No tenía planeado hacer uno, si algo le habían enseñado sus padres desde pequeño, era a mantener una promesa.

No necesitaba un estúpido papel para que cumpliera su parte del trato, le importaba nada esa empresa... había planeado fundirla o regalársela a su hermana Isis antes del excéntrico trato que propuso. Pero le gustó la idea de poner todo por escrito.

El lunes redactaría un contrato junto con Ricardo.

Apenas ingresaron al centro comercial, tomó la mano de Clara y ella la retiró de golpe, como si su contacto quemase.

—¿No crees que, si mañana vamos a fingir un compromiso, al menos debes tolerar mi tacto?

Clara elevó una de sus cejas y respondió un endeble

—Posiblemente...

Aarón frenó y se volteó quedando frente a frente con ella, fijó los ojos en sus labios de fresa, tentado de robar otro beso... pero se contuvo. Sin embargo, levantó una de sus brazos y ordenó.

—Dame la mano Clarita.

Ella cerró los ojos y elevó el rostro al cielo con impaciencia.

—¡No lo haré! Esto me parece una payasada, mañana anunciaremos la “boda” —Clara hizo comillas en el aire cuando lo mencionó —y fin del tema.

—Yo creo que más que “fin” del tema, ese sería el comienzo —afirmó Aarón antes de tomar su mano de mala manera y besar el dorso de ella.

Le molestaba lo testaruda que podía llegar a ser Clara Saavedra.

«Estúpida mujer» pensó, mientras la arrastraba hasta una de la más costosa joyería de la ciudad.

Una vez que estuvieron dentro de la joyería, la guerra continuó.

—Vamos... ¡elige uno de una vez por todas mujer!

—Te lo repito Jamasen... me da lo mismo —respondió Clara encaprichada, mientras sentada en un gran sillón ojeaba una revista de moda, ignorando deliberadamente los elegantes escaparates —plata, oro, hierro o cemento... ¡me da igual!

—El de cemento seguramente sea ideal amor, así luego te puedo llevar al río a nadar —contraatacó Aarón molesto y Clara lo miró con una cínica sonrisa pintada en su angelical rostro.

—Seguro esa será una mejor opción, a permanecer casada con alguien que ronca tanto como tú querido.

—Eres una insolente —refutó Jamasen. Aunque por un instante disfrutó el jueguito de marido y mujer que estaban representando.

La joven y atractiva vendedora aleteaba las pestañas y babeaba explícitamente por Aarón. Clara intentaba ser indiferente a tan desvergonzado coqueteo... después de todo, ¿se suponía que estaban allí por su anillo de compromiso!

«Joder con los hombres» se dijo a sí misma.

¿A quién se parece la vendedora? Pensaba Clara... era morena, con unos enormes ojos azules y tetas redondas y bien posicionadas. No como las de ella, que eran del tamaño de dos limones fuera de temporada.

Escuchaba el cuchicheo de ambos y se mantenía indiferente.

—Si no está seguro de cual llevar caballero, puedo darle una tarjeta con el modelo y pasa por aquí cuando lo resuelvan... —comentó la morena.

—¿Tu teléfono estará al otro lado de la tarjeta? —respondió Jamasen con descaro.

—Ji ji ji —ella dejó escapar una risita y Clara pudo ver cuando disimuladamente la joven vendedora señaló hacia donde ella se encontraba.

—Señor... su prometida puede escucharlo —susurró por lo bajo y a Clara este show comenzaba a divertirla.

Aarón la observó y luego a la vendedora.

—Verás, ella está...

—¡Ohh que terrible! —respondió la morena con una mano sobre sus labios, mientras pasaba la tarjeta de crédito oro de Jamasen por el escáner.

—Gracias por todo tesoro, te llamaré —saludó Aarón a la vendedora, mientras llegaba hasta Clara y con fuerza tomaba su mano.

—¡Se parecía a la actriz de la película Transformers! —vociferó Clara cuando finalmente encontró el parecido de la vendedora.

—Lo sé —Aarón giró el rostro para clavar sus ojos en los de ella, mientras caminaban fuera. Para finalmente silenciarla con un...

—Era linda... pero a mí me gustan las rubias.

Y lo consiguió.

Salieron al estacionamiento en silencio. La noche se encontraba húmeda y a Clara eso le causaba baja en la presión arterial. Sumado al alcohol que había bebido, y la falta de alimentos sólidos, era una combinación de lo peor para ella.

Aarón con educación abrió la puerta del acompañante de su coche, aguardando que la diseñadora subiera.

—¿Le dijiste que estaba muriendo verdad? —preguntó Clara antes que su futuro esposo la cerrase.

—¿Preferías boda obligada por embarazo no deseado? —contestó Aarón sin una pizca de cordialidad.

Clara se lo pensó un minuto

—Mmm... no, creo que morir es lo mejor —subió al coche algo resignada y comenzó a revisar su móvil.

Estaba hambrienta y algo mareada... agendó mentalmente parar por algo de sushi en el local que se encontraba debajo de su edificio, antes de subir por una ducha y un maratón de Netflix.

Ni bien subió en el lado del conductor, el hombre encendió música y algo de aire frío. La humedad y el calor lo ponían de mal humor.

Condujo en silencio por las transitadas calles de Montevideo, hasta el edificio que momentáneamente estaba usando para vivir. Aunque en esta oportunidad solo dejaría a Clara. Él

tenía planes con Yuya, y además debía armar el bolso para partir al campo mañana temprano.

Presionó el mando a distancia, para guiar el coche al estacionamiento, cuando Clara lo detuvo.

—¿Te importaría dejarme aquí fuera? —Aarón no pudiendo controlar su posesiva idiosincrasia se extrañó.

—¿Por qué?

—No cené y se me antoja comer sushi —ella elevó sus hombros restando importancia, mientras abría la puerta del coche y bajaba del mismo —deben ser los nervios por la boda — soltó con humor mientras cerraba la puerta.

—Mañana pasaré por ti a las seis.

Clara asintió en silencio con un dejo de tristeza en su rostro. Saludó con la mano a su futuro prometido y caminando entre la gente se perdió dentro de un local de comida japonesa.

Aarón nuevamente se sentía extraño.

Vacío.

Con esa melancolía que le atacaba cada vez que salía de sus reuniones con Domingo. Solo que esta vez la causa no era una charla con su psicoanalista sobre un etéreo recuerdo, esta vez la causa era de carne y hueso.

Ahora se encontraba sin ganas de marcharse a los brazos de su amiga. No recordaba haber sentido ese rechazo anteriormente. Se encontraba con ganas de permanecer un rato más allí... junto a Clara y de comer sushi.

«Con ella»

«¿Podía hacerlo sin quedar como un acosador?»

Meditaba en su automóvil, cuando la vio salir del restaurante, cargando una bolsa de papel de comida para llevar. Quedó observando cada uno de sus movimientos. Abrió la puerta del edificio, caminó a través de hall hasta los ascensores y también pudo ver cuando un alto y bien vestido hombre se puso de pie al verla entrar.

Se saludaron con un pequeño e impersonal abrazo, en él se podía leer que se conocían, pero que no llegaban a ser amigos.

«*Qué mierda*» pensó Aarón cuando tras hablar un momento con el hombre, ambos ingresaron al ascensor.

Oprimió fuertemente sus sienes agotado de pelear consigo mismo.

¿Debía marcharse o llegar hasta el hogar de la chica para saber quién cojones era ese tipo?

CAPÍTULO 10

Estaban a pocos minutos de llegar a la hacienda Alma Mía, cuando Aarón habló, tras varias horas de incómodo viaje en silencio.

Se lo veía contrariado, serio y taciturno. No era extraño que se hallara desde tan temprano con mal humor, pero sí era extraña la causa del mismo.

—Esto solo te lo preguntaré una vez, y espero que seas sincera en tu respuesta Clara.

Ella lo observó con temor. Si algo podía intuir en los pocos días que llevaba compartiendo oficina con Jamasen, era que de él podía esperar cualquier cosa.

«Cualquiera»

—Tú dirás —respondió con calma mientras daba un trago a su botella de agua mineral.

—El sujeto que te estaba esperando anoche en tu departamento ¿era...? —no pudo terminar.

Fue interrumpido por Clara, quien giró todo su cuerpo de lado para enfrentarlo.

—¿Me estabas espiando?

—No me estás respondiendo.

—Germán es... nadie. Nada que te importe a ti Jamasen.

«El estúpido se llamaba Germán» pensó Aarón. «¡Estúpido Germán!»

Una línea recta se dibujó en su perfecto rostro y la ira que sentía era palpable.

En un arrebato de furia detuvo la marcha del auto a un lado del camino de tierra, por el cual transitaban, tomó con ímpetu el mentón de la joven en su mano y llevando su boca a milímetros de la de ella sentenció...:

—Creo que merezco una respuesta pequeña arpía. No te olvides que por un tiempo llevarás mi apellido, no quiero que este sea manchado por tus descuidos.

La soltó de forma brusca y puso en marcha nuevamente el vehículo. Clara quedó estupefacta.

Pasó sus manos por la magullada piel, donde segundos antes se habían clavado las garras de Aarón.

Debía escapar.

Estaba tomando sin lugar a dudas, la peor opción.

La peor opción de todas.

Aún tenía escapatoria. Debía salir de ese coche y llegar a la casa de sus padres, debía blanquear la situación y poner a su padre al corriente de todo lo que estaba viviendo desde hacía meses.

—Detén el coche —no fue una súplica ni una orden.

Clara se encontraba sin energías y devastada. Por un instante... tan solo por una pequeña fracción de segundo creyó... que después de todo, esta gran locura podría llegar a salir bien.

No recibió respuesta a cambio.

—Detén el maldito auto Jamasen —Clara podía ver que estaban a pocos metros de su campo, y deseaba con todo su corazón poder refugiarse en la calma de su hogar.

—El fin de semana te quedarás en mi casa —obtuvo como respuesta, mientras velozmente veía pasar la portera de su casa y seguir de largo.

—¡No puedes ser así Aarón! No puedes ir por la vida dando órdenes... así no es la cosa. —intentaba no llorar, por más que era lo único que se le antojaba hacer en ese momento.

Recordaba Alma Mía cuando siendo una cría, venía con su madre en alguna visita médica. Hacía años que no llegaba a ese lugar, pero para su sorpresa, este se encontraba tal cual.

Apenas estacionaron el automóvil, en la parte trasera de la casa principal, pudo escuchar el cariñoso tono de María.

—¡Hijito! —María caminó hasta el auto, y ni bien Aarón descendió, lo estrechó en un cálido abrazo maternal mientras besaba una y otra vez la mejilla de su hijo.

A Clara le causó ternura por un momento, aunque volvió en sí rápidamente. «Ni modo» pensó la joven. Realmente el hombre se comportaba como un neandertal y después de lo que acababa de suceder en el auto, era probable que ni siquiera le hablara por el resto del fin de semana.

María rodeó el automóvil hasta llegar a Clara. Sin previo aviso la abrazó con el cariño de una tía a la que hacía tiempo que no veía.

—¡Clarita! Pero si aún no puedo creer que seas tú niña... estás más hermosa que como te recordaba —María mantenía los brazos de Clara extendidos, mientras que con emoción miraba a la ahora mujer de arriba abajo.

A Clara le ganó la empatía y una sonrisa se formó en su rostro. «¿Cómo era posible que un ser tan dulce, hubiera dado a luz un monstruo como Aarón Jamasen?» meditó la joven.

—Vamos, entren chicos. Deben estar cansados y hambrientos por el viaje —comentaba mientras introducía a Clara dentro de la casa.

—María... debo ir por mi bolso al coche —intentó objetar en vano Clara.

—Que tu futuro esposo se encargue de eso —y la morena guiñó un ojo —después de todo, lo eduqué para que fuera un caballero al igual que su padre.

Fueron guiados hasta la segunda planta, lugar donde se encontraban las habitaciones. Alma Mía era una de las fincas más grandes de la zona, solamente la casa principal contaba con más de diez dormitorios. Teniendo ese detalle en mente, Clara quería desaparecer de la faz de la tierra, cuando con horror vio, que había sido instalada en el mismo dormitorio que su futuro esposo.

—María yo... —comenzó diciendo la joven a la dulce mujer, mientras tartamudeaba de nervios —Ejeem, si no les molesta, preferiría dormir en una habitación diferente que Aarón.

María giró su cabeza de lado, intentando descifrar la incomodidad de la joven, de compartir dormitorio con su hijo. Se consideraba una madre moderna, y sabía que era normal entre los jóvenes, que hoy en día convivieran por un tiempo antes de decidir casarse. Y ella no era quién para dar clases de moral y buen comportamiento, cuando siendo una joven había sucumbido al fuego de la pasión en los brazos su amado esposo.

—No tengas vergüenza hija, y no se diga más —pronunciaba María mientras abriendo un placar enseñaba las toallas y enseres de tocador.

Aarón llegó tras las mujeres y depositando la gran valija que la joven de la moda había traído consigo, asintió en conformidad por lo dicho por su madre.

—No te preocupes mamá —sonrió de lado y fijo sus ojos en Clara —nosotros bajaremos en un momento.

Con una cómplice sonrisa María dejó a la joven parejita en la romántica recámara que había elegido para ellos.

A la tarde recibirían a la familia y amigos y la casa se encontraría de fiesta por el festejo del primer siglo del emprendimiento familiar.

Clara tomó asiento en un lado de la cama, apoyó los codos sobre sus rodillas y descansó la cabeza en las manos. Sus sentimientos eran un manojo de inestabilidad. Estaba enojada, estaba triste, molesta y algo expectante por la cercanía del gran hombre que ahora la miraba como una

fiera lista al ataque.

—¿Prefieres el lado derecho o el izquierdo? —consultó Aarón mientras colocaba su pequeño bolso de viaje sobre la gran cama, y comenzaba a disponer de su ropa en el armario.

—No dormiré contigo Jamasen.

—¿No? —Aarón fingió sorpresa —como quieras.

—Nunca —agregó la rubia y fue ignorada deliberadamente por Aarón, quien se encontraba ocupado guardando sus pertenencias.

Golpearon a la puerta y entraron, todo a la vez.

—¡Hijito! —canturreó Diego Jamasen ni bien entró a la habitación.

Ambos se abrazaron y sonrieron mientras eran observados por una cautelosa Clara.

Diego se desprendió con emoción del abrazo con su hijo, para llegar hasta la muchacha y saludarla con un distante beso en la mejilla.

—Hola Clarita, espero te encuentres bien.

—Señor Jamasen, gracias por permitir que me quede aquí en su hogar.

—Lláname Diego querida, y si eres invitada de mi hijo, nuestra casa es tu hogar. Siéntete a gusto por favor. Ahora los dejo para que se pongan sus trajes de baño, todos están llegando y dentro de un momento empezaremos a prender el fuego para la parrilla.

Aarón frotó sus manos con emoción

—¿Cordero? —preguntó a su padre.

—Cordero, cochinitillo, chorizos y todos los jamones que amas tanto.

A Clara se le revolvió el estómago y de algo estaba segura... *«pasaría hambre durante su estancia en Alma Mía»*.

Si de algo debía estar agradecida con Aarón, fue que invitara a sus amigos. Al menos tendría a gente de su lado durante su estadía.

Mela fue instalada en el cuarto de Isis junto a Mónica, la sensual secretaria de Aarón. La blonda e Isis ambas “fashionistas innatas” habían hecho buenas migas desde el primer día, y se sintieron felices de compartir dormitorio. Pedrito y el Topo fueron ubicados en otro de los dormitorios de la primera planta. Clara por un momento pensó si sería mejor pedir asilo en el dormitorio de las chicas... aunque no le apetecía dormir junto a la bella Malévola... no se llevaban bien desde pequeñas. También meditó la opción de pernoctar junto a Pedro y el Topo... pero seguro ese asunto sería la comidilla entre los miembros de la familia.

Decidió no hacer nada, e intentar tolerar convivir dos noches junto a Jamasen. Dormiría en el sillón, o sobre la alfombra, ya lo había decidido. Entró al baño con su pequeño bikini y bolso de mano. Dejó al hombre organizando su ropa, mientras como le habían indicado se colocaba su traje de baño. Observó el lugar... era amplio y masculino. Sobre la gran mesada de la pileta podía ver espuma de afeitar, gel de ducha y un frasco de colonia de Yves Saint Laurent. Clara tomó con sus manos este último, lo destapo y olió... cerró los ojos.

Olía a él.

A sus brazos...

Automáticamente ese aroma la arrastro al ascensor. A ese momento en que el mundo dejó de girar y solo eran ella y él. No había odio, gritos o reproches. Recordó su beso... ese que la dejó endeble, con las defensas bajas, expuesta y con ganas de más. Colocó nuevamente la colonia en su lugar y se cambió velozmente. Debía pensar en otra cosa... debía mantener el lineamiento del acuerdo, para su paz y tranquilidad mental.

Minutos después abandonó el baño. Sintió alivio al ver que Aarón ya no se encontraba en el

dormitorio. Dejó su pequeño bolso de mano sobre la cama y salió fuera en busca de alguna cara conocida. Eso no le costó mucho trabajo, ya que ni bien salió se topó con Gerald. El tío de su enemigo caminaba en su dirección y se encontraba tal como lo recordaba. Alto, de gran porte y mirada que hechizaba... «igual que la de su sobrino»

Vestía un pantalón corto estilo cargo, una camisa blanca con sus primeros botones abiertos y completaba el atuendo un sombrero panamá. Se lo veía fresco, elegante e imponente.

Clara era de esas personas que veían la personalidad reflejada en la vestimenta. No en vano eligió esa opción como forma de vida, pero podía analizar la personalidad de alguien o su estado de ánimo según su atuendo. «Marketing personal» le gustaba llamarlo.

—Hola —saludó el alto y atlético moreno mientras tomaba su mano.

—Hola —respondió Clara sorprendida por la presencia del hombre —¿se acuerda de mí?

—Por supuesto jovencita —a Gerald le causó ternura la pregunta de la joven. ¿Si la recordaba?... cómo no recordar a la hija del bastardo de Saavedra, y cómo no recordar al primer amor de su querido sobrino.

Clara sonrió agradecida de encontrar a otra persona de su agrado, le daba tranquilidad ver que en esa casa no habitaban bárbaros ni demonios como lo insinuaba su padre, sino una familia cálida y amorosa, quienes la aceptaban solo por respeto a Aarón.

La joven fue escoltada por Gerald hasta la cocina, donde encontraron a María y Guadalupe. Ambas mujeres se encontraban muy atareadas preparando diferentes ensaladas para el festejo.

—¿Puedo ayudar? —consultó Clara, pero ambas negaron con simpatía.

Guadalupe llegó hasta ella para saludarla. La morena rodeó a la joven con un fuerte abrazo. *De esos que reconfortan y te indican que todo estará bien.* Su cuerpo olía a hogar y amor. Clara no pudo dejar de pensar que era una pena que la hermosa mujer no se hubiera casado, ni hubiera tenido hijos. En verdad era una pena... para la edad que tenía, la delgada y esbelta mujer, continuaba siendo una belleza. En esa oportunidad lucía su cabello peinado en un apretado rodete, lo cual solo resaltaba su gatuna mirada aguamarina, y un simple vestido largo en tonos azulados la hacían ver alta y refinada. María las observaba con cariño.

—Ve a descansar niña, que hoy será un gran día para ti —¿verdad manita? —preguntó Lupe y María asintió en silencio.

Clara accedió y salió al parque trasero.

La vista era bellísima. Desde afuera de la cocina, se podían ver decenas de hectáreas de verdes campos. A un lado las plantaciones de vides, pintaban el paisaje en degradé de verdes y tonos café. Un poco más lejos, las caballerizas exponían los “pura sangre”, orgullo de Alma Mía, los que lucían con orgullo en las ferias y exposiciones nacionales.

...

—Vamos amiga —gritó Mela —el agua está buenísima —la blonda usaba un pequeñísimo bikini de un intenso color turquesa, el que resaltaba el dorado de su piel. El Topo no dejaba de contemplarla con furia... se podía ver la lucha interna que mantenía el ingeniero cuando cualquier hombre coqueteaba con la bella contadora.

Todo el grupo disfrutaba de una hermosa tarde de verano en la gran piscina que había en la casa de Aarón. Unos se tiraban del tobogán, otros descansaban con sus tragos sobre los inflables, y algunos hombres preparaban el banquete junto a la parrilla.

Clara en cambio, sentada en una silla playera bajo la sombra de un árbol, observaba todo, sintiéndose en un mundo paralelo.

Estaba, pero no estaba... ¿se entiende?

Moría de hambre, y solo podía ver cadáveres de animales rostizarse al calor de las brasas. Nadie le hablaba y se sentía sola y de mal humor. Vestía su bikini de triángulo color negro, y sobre ella una larga solera de un vivo tono naranja, y unas finas sandalias chatas de cuero marrón. Le apetecía quedar de traje de baño, así como el resto de los presentes, pero no lo encontraba apropiado. Después de todo, «era la casa de Aarón Jamasen...» su enemigo. Los enemigos de su familia por naturaleza.

Finalmente, una sombra se antepuso entre el lúgubre panorama y ella.

Aarón, de pie frente a Clara, sostenía una gran copa de cerveza y un pequeño cuenco con lo que parecían verduras asadas. Clara pestañeó reiteradamente intentando procesar el amable gesto.

—¡Gracias! —expresó, aunque no obtuvo respuesta. El gran hombre giró y volvió a su posición junto a los demás.

Apoyó la cazuela a un lado, mientras se incorporaba para el festín. Dio un largo trago a la bebida. Esta se encontraba helada y deliciosa. Apoyó la copa sobre su frente, intentando refrescarse del sofocante calor, cuando unos gritos, sumado a risas la distrajeron de su deleite. Ricardo y Alejandro, junto al Topo, tomaron en andas a Jamasen para más tarde tirarlo a la piscina.

—¡Me las pagarán! —gritaba Aarón entre risas. Y fue en esa fracción de segundos en que Clara se sintió más confundida que nunca.

«¿Le gustaba?»

¡No! *Imposible*.

No puede ser, se dijo. Pero no tuvo mucho tiempo más para cavilar. Los hombres que habían tirado al agua a su futuro prometido, ahora caminaban hasta ella.

—¡Ni se les ocurra! —señaló ella con una mano en alto.

Completamente ignorada, y en medio de gritos, la levantaron a cuestras y mientras intentaba zafarse pataleando, fue lanzada con fuerza al agua. Cayó en la piscina, justo en los fuertes y desnudos brazos de Aarón. Su fina solera quedó pegada a su cuerpo, y al no saber nadar, no tuvo otra opción que aferrarse al cuello de su enemigo.

—¡No me sueltes, por favor! —susurró con temor y sus rostros quedaron próximos. Fue recompensada con una seductora sonrisa lobuna y un “*no te preocupes Clara... jamás te soltaré.*” Y solamente él supo, que esa frase tenía mayor significado que ese simple instante.

Aarón observaba la boca de ella y mantenía una fuerte lucha interna, evitando una inminente y posiblemente dolorosa erección.

Quiso el destino que, en ese instante, los padres de la diseñadora se hicieran presentes. Y así los encontraron... *uno en los brazos del otro*.

En tierra enemiga, el ánimo de don Saavedra se puso por el suelo al instante. Obligado por su esposa a ir, jamás imaginó que ni bien entrara a la hacienda de los Jamasen, encontraría a su única hija de esta forma.

En los brazos de ese zoquete.

Quedó rojo de rabia y automáticamente la mano de Ruth se posó en el brazo de su esposo, intentando calmar la tormenta que se estaba por desatar.

Aarón nadó con Clara hasta el borde y con las manos en su cintura, de un movimiento sacó fuera a la mujer.

La solera de la chica estaba adherida a su cuerpo, y la humedad de la tela hacia que esta se

transparentara al máximo.

—Mami —susurró avergonzada Clarita llegando hasta ella, y fue recompensada con una cálida y tranquilizadora sonrisa.

Ruth era una maestra en el arte de la mediación entre su temperamental esposo y el medio ambiente. La mujer acarició con dulzura el rostro de su adorada hija y con una sonrisa estampada en el rostro la abrazó.

—Gracias —susurró por lo bajo Clara y ambas mujeres no necesitaron más palabras, para comprender el significado de ese agradecimiento.

Aarón llegó hasta ellos con una sonrisa triunfal. *Lo había conseguido.* Allí estaba don Saavedra «en su casa» a merced de los planes que el joven hombre tenía pensados para su única hija.

—Buenas tardes Ruth —saludó con un beso en la mejilla a la bella dama —don Saavedra, bienvenido —ahora se dirigía a su futuro suegro. El hombre tendió la mano y de mala manera fue correspondido.

María llegó con los brazos estirados hasta donde Ruth se encontraba. Ambas mujeres tenían muy buena relación desde siempre, no así con don Saavedra. Quien solamente recibió un educado “buenas tardes” como saludo.

—Pasen, por favor —indicó María mirando solamente a la madre de su futura nuera —en un momento comeremos, y tú querida, quedate de traje de baño... si yo tuviera tu cuerpo, no lo dudaría ni por un minuto. —Guiñó su ojo en complicidad.

Clara sonrió nerviosa y agradeció. Pero rápidamente subió hasta el dormitorio que le habían asignado para cambiarse. Entró y cerró la puerta tras de sí. En esta ocasión tomó un short de tela blanco y una camiseta de hombro caído de los Rolling Stones, fue hasta el baño y dejó la ropa en un perchero a un lado, mientras retiraba su empapado solero. De bikini, observó su figura frente al espejo... tenía los pezones erectos a causa del agua fría y el rostro rojizo por los nervios. Se inclinó y lavo su cara. Cerró los ojos y respiró hondo. Mientras tanto una figura la observaba desde fuera del baño. Clara tomó el conjunto de ropa seca y optó por ponérselo sobre el bikini húmedo, pensó que sería una buena forma de luchar mejor contra el sofocante calor de esa tarde. Antes de salir tomó la colonia de Aarón y la destapó y aspiró su masculino aroma.

—Pequeña adicta —escuchó a su espalda y del susto dejó caer el frasco al suelo.

Aterrada, abrió sus ojos al ser pescada infraganti, levantó su mirada y esta encontró en el espejo la de Aarón. El frasco de perfume se deslizó de sus manos, y cayó al suelo haciéndose añicos en mil pedazos. Clara giró rápidamente sintiendo vergüenza y culpa.

—Yo... yo —intentó excusarse, pero fue interrumpida.

—Te has cortado —pronunció Aarón.

Clara se encontraba descalza en medio de los cristales puntiagudos del frasco roto. Y la adrenalina no le había permitido darse cuenta que un pequeño cristal se había incrustado en uno de sus delicados tobillos.

Una gota de sangre se deslizaba por su piel, hasta llegar al suelo y el blanco de la inmaculada cerámica quedó manchado de carmín... «del mismo color que sus labios» pensó el hombre.

Aarón algo molesto por la torpeza de la chica, llegó hasta ella y tomándola por la cintura la levanta para sentarla sobre el mesón. Aproximó su rostro al de ella e impuso...

—¡No te muevas!

Se inclinó ante ella y examinó con cuidado la herida. Clara contuvo el aire. Estaba aterrada.

Aarón tomó el picudo cristal y con cuidado lo retiró de la piel de ella.

—¡Ouch! —soltó Clara mientras daba un respingo ante el ácido dolor que sintió en ese momento. Aarón sostuvo firmemente el talón de su pie y con su mano libre, deslizó un dedo por la gota de sangre.

Nuevamente Clara contuvo el aliento y casi se desmaya cuando el hombre plantó sus labios sobre la herida, dejando un casto beso sobre ella. «Mierda» su cabeza era un lío.

Tras rebuscar en un cajón, su socio dio con una bandita. La abrió y colocó sobre la herida. Solo en ese momento pareció conforme. El suelo aún continuaba lleno de cristales rotos, fue por esa razón que sin previo aviso... y sin mediar palabras, deslizó una de sus manos debajo de sus piernas y la otra por su espalda y la cargó fuera del baño.

La dejó sobre la cama, mientras su corazón latía fuerte. Tenerla cerca lo ponía a mil, y el contacto lo calentaba a niveles nunca antes alcanzados. De adolescente se había masturbado infinidad de veces pensando en ella... en sus pecas, su cabello largo y su naciente pecho, pero eso era cosa del pasado... de la calenturienta cabeza adolescente. Ya había crecido y había probado decenas de cuerpos femeninos, pero algo se mantenía vivo. Debía evitar el contacto físico con ella o no sobreviviría al fin de semana.

—Gracias —pronunció Clara, mientras un tímido rubor rojizo teñía su rostro. No podía apartar la mirada de los marcados abdominales de su apuesto enemigo... razón por lo cual, le parecía improbable dejar de sentir ese calor en su rostro.

Aarón sonrió de lado y elevó una de sus cejas.

Era obvio que no pasaba indiferente ante los ojos de la chica. Y fue en ese instante en que lo pensó... «¿y si se acostaba con ella?» después de todo, ¡fingirían estar casados! Nadie le impedía que la hiciera suya de una vez por todas, aunque nada le aseguraba que el encuentro fuera bueno... más bien, Clara le parecía algo sosa y posiblemente frígida. «Intentó autoconvencerse»

El almuerzo fue relativamente tranquilo, dada la tensa presencia de los dos clanes rivales; comieron el succulento banquete de fiambres, carnes y ensaladas preparado para la ocasión y al momento de cortar el pastel de aniversario, Aarón tomó la palabra.

Clara comenzó a temblar.

El momento que tanto temía se aproximaba.

—Clara —captó su atención —podrías venir junto a mí cielo.

Su voz tenía una fingida dulzura de lo más empalagosa. Automáticamente ella caminó hasta su lado, y manteniendo una rigurosa distancia de seguridad, fingió una sonrisa.

Aarón agradeció a los presentes el encontrarse como cada año junto a él y su familia en el aniversario de Alma Mía. Y prosiguió haciendo alguna broma a sus amigos sobre el ritual de tirarlo a la piscina año tras año... todos rieron y para el horror de Clara, repentinamente sintió cómo Aarón tomó su mano con la suya. Frente a ellos, justo frente a ella se encontraba la pequeña caja de terciopelo de la joyería, donde habían comprado la falsa sortija.

Puso su mente en blanco e intentó por todos los medios no pensar en lo que estaba a punto de ocurrir. Posó la mirada sobre los ojos de su madre quien, con una pequeña sonrisa, prestaba atención a cada detalle

—Bueno, creo que todos sabemos las vueltas que puede tener el destino a lo largo de nuestras vidas —comenzó Aarón su discurso —y también todos oímos la frase “*cuando llegue la indicada lo sabrás...*” —las mujeres de su familia asintieron con ternura. No así su padre ni el de Clara —Y es por esa misma razón «por las vueltas que da la vida» y eso que algunos

llaman destino, que nos reencontramos con Clara... la niña más odiosa que conocí de pequeño... y de adulta también «*debo admitir*» —comentó como chascarrillo y todos los presentes rieron.

Clara fingió una sonrisa, la cual no llegó a sus ojos.

Aarón continuó:

—Y es esta misma mujer, la que se encuentra a mi lado en este momento, quien aceptó hacerme un hombre de bien, accediendo a casarse conmigo.

«Ahhhh...» se escuchó a coro.

Aarón Jamasen tomó la caja entre sus manos, y sin más preámbulo se puso de rodilla.

—Clara... ¿aceptarías casarte conmigo?

Clarita fingió una emoción, digna para un premio Oscar. «Si hasta se le llenaron los ojos de lágrimas, antes de finalizar con un “*acepto*”»

Aarón tomó su mano y colocó el anillo en ella, afortunadamente dio en el blanco con la talla y este cuadró perfecto. Luego con elegancia y caballerosidad besó el lugar donde ahora se encontraba el anillo.

Clara ni miró la sortija. Detalle que no fue pasado por alto por el hombre, y tras ponerse de pie, remató la mentira con un fogoso beso de telenovela.

«*Chupate esta, don Saavedra*» pensó mientras tomando entre sus brazos a una sorprendida Clara, la dejaba caer hacia atrás y posaba sus labios en los suyos.

Aplausos, abrazos y muchos saludos de los presentes coronaron la mentira.

Eran más de las dos de la mañana cuando Clara llegó a su habitación. Agotada y emocionalmente inestable, fue hasta el baño a cepillarse los dientes y colocarse su pijama. Sin dudas, esto era de las cosas más incómodas que le habían tocado vivir... más que ir al atractivo ginecólogo que por desgracia le había tocado, y más que haberse dormido en lo de su masajista y dejar con baba la pequeña almohada.

Salió y fue hasta el placar, donde María había indicado que se encontraban las mantas extras. Tomó una, y caminó hasta el sillón de dos cuerpos que había a un lado de la cama. Era chico para su longitud, pero lo prefirió... era preferible dormir incómoda que hacerlo junto a Jamasen. Se acostó y rápidamente se durmió

Aarón llegó una hora más tarde a su dormitorio.

Tras una acalorada discusión con su padre, se encontraba con un humor de los mil demonios. Diego Jamasen, a pesar de ser un hombre de mente abierta y que otorgaba plena libertad a las decisiones de sus hijos, no podía entender ese repentino cambio en Aarón al querer comprometerse con Clara Saavedra.

“*Hijo... espero que esto no sea algo más rebuscado de lo que parece, y que esa jovencita esté por pagar los platos rotos de su padre*” fueron las palabras de Diego. Estas dieron en el blanco y eso enfureció a Aarón. No quería que nada ni nadie interfiriera en su plan. Y mucho menos que lo hicieran dudar. A esta altura ya no había vuelta atrás, todo se estaba cocinando y dentro de poco la venganza cobraría vida y llegaría a su objetivo.

Entró al que fuese su cuarto en la adolescencia y olvidando por completo, que esas noches compartiría hábitat con el enemigo, caminó hasta el baño, sin cerrar la puerta tomó una rápida ducha y minutos después salió con una pequeña toalla anudada en su cintura. Cuando llegó a su cama, fue que reparó en la pequeña figura quien, hecha un ovillo, dormía tiernamente en el incómodo sillón de antaño.

Tomó asiento en el borde de la cama, y observó a la bella criatura. Con cuidado retiró los mechones rubios que tenía sobre el rostro. Clara movió su nariz por la cosquilla que le produjo

el movimiento, pero siguió durmiendo.

Aarón dudó... no sabía qué hacer. Mantenía una fuerte lucha interna, si debía dejar a la chica durmiendo de esa forma o darle comodidad como el caballero que era y que jamás permitiría que una dama estuviese incomoda.

—Clara —la llamó, aunque no obtuvo respuesta —¡Clara! —intentó un poco más fuerte, pero nada.

Se notaba que la joven estaba exhausta. Aarón se puso de pie y colando sus fuertes brazos por debajo de la espalda de ella la levantó.

—Que... ¿qué está pasando? —balbuceo Clara intentado despabilarse.

—Shh —tú sigue durmiendo princesita —respondió Aarón con fastidio y fue en ese instante que ocurrió.

Su toalla cayó al suelo, dejándolo completamente desnudo. Rogaba al cielo que ella no reparara en ese detalle, o podía intuir que esa noche se armaría una importante gresca en su dormitorio y nadie dormiría en paz.

Dejó a la mujer en su cama y rezó. Pidió a todos los santos que continuara durmiendo, dándole tiempo de esa forma, a cubrir su desnudez.

Realmente no estaba acostumbrado a dormir vestido, pero había hecho una promesa con él mismo, que esa noche y la siguiente haría el esfuerzo de colocar al menos un bóxer sobre sus partes nobles.

Ni bien su cara tocó la almohada, se incorporó de golpe y encendió la lámpara de noche. Su cara quedó a la altura del desnudo miembro de Aarón. Y el terror que Jamasen pudo ver en su rostro fue realmente épico.

—Oh... ¡por Dios! —gritó Clara —pero, ¿qué intentabas? ¡Violarme! —soltó mientras arrastrándose por la cama, llegaba hasta el suelo, y trastabillando caminaba rumbo a la puerta en busca de libertad.

Aarón no tuvo tiempo de meditar su siguiente jugada. Solo se guio por el instinto, y sabía con exactitud que ese escándalo debía quedar puertas adentro. Corrió hasta ella, y la sujetó por un brazo, un instante antes que ella tomara al picaporte.

—¡Suéltame Jamasen! Siempre supe que no podía confiar en ti... ¡degenerado! —chillaba mientras pretendía zafarse de su agarre.

—Shh —intentaba silenciarla Aarón, pero parecía no entender —¿piensas que te estaba por hacer el amor?

—Nooo, que va querido... hacer el amor es un acto consensuado, y por lo que yo recuerdo, nunca interactué para llegar a esto —gritó con furia mientras señalaba su paquete.

—¿Esto? —señaló Aarón algo molesto, por la despectiva forma que tenía Clara de referirse a tan querida parte de su anatomía.

—Me voy —declaró, saliendo fuera de la habitación.

«Mierda» articuló Jamasen, mientras en medio de saltos se colocaba un jean y sus zapatos náuticos.

Bajó la escalinata tras ella como un rayo, para toparse con la desagradable cara de Mela. La rubia lo miraba furiosa y mientras cruzaba los brazos rezongaba...

—¿Qué cuerno le has hecho a mi amiga degenerado?

—¿Dónde está? —preguntó Aarón sin intención alguna de responder la pregunta de la blonda.

—Lejos de ti, maldito tarambana.

Ignoró esto último. Optó por salir fuera de la cocina... y allí la vio. Caminando rumbo a su camioneta, descalza, de pijama en medio de la oscuridad y guiándose solamente por el tenue reflejo de la luna llena.

Aarón no podía creer el descuido de esa mujer al caminar descalza y sin pantalones por el campo...

«¡Parecía que nunca hubiera vivido allí!» pensó. Acaso pretendía que una serpiente la mordiera.

Hizo una nota mental... si eso sucedía, si una puta serpiente llegaba a morderla, luego de inyectarle el suero antiofídico... le azotaría el hermoso culo que tenía hasta dejárselo morado.

Clara llegó hasta la camioneta decidida a marcharse. Aarón sabía que, si permitía que ella se marchara el acuerdo se vería en peligro. Debía impedir que se fuera, y debía convencerla de que no pensaba hacerle nada.

La joven mujer presionó el mando a distancia y subió a la gran Land Rover de Aarón. Solo que no pudo cerrarla.

Jamasen la atrapó y como una estampida se mandó dentro sobre ella.

Forcejearon.

Clara intentaba desembarazarse del hombre y este intentaba dejarla quieta para poder hablar un momento.

—Basta —gritó Aarón con fuerza y al parecer su furia produjo efecto... Clara respiraba agitada, pero ya no intentaba escapar —jamás te forzaría a hacer algo que no te apetece —comenzó diciendo Aarón.

Aún se encontraba con medio cuerpo fuera de la camioneta, y el torso presionando el cuerpo de ella sobre el asiento del acompañante.

Ver el pecho de Clara subir y bajar intentando calmarse era terrible. El escote de su pijama, permitía ver la perfecta curvatura de sus senos y el brillo de la humedad de su piel. Pudo sentir la erección que luchaba por salir de sus pantalones y temió...

Temió por ella... por Clara y su seguridad.

Y también por su reputación y su honorabilidad luego que mandara su moral a la mierda.

—Aarón —susurró ella, pero no obtuvo respuesta.

Ella con su pequeño short y camiseta de tirantes, y él con su pantalón semi prendido y sin camiseta, hacía que se encontraran prácticamente piel con piel.

El silencio de la noche los envolvió y Aarón dudó...

Podía salir del coche y dirigir a la mujer dentro de la casa, o...

Optó por la opción dos. Terminó de ingresar dentro del vehículo, cerró la puerta y con el mando la trancó.

—Yo... yo —intentó decir Clara, pero fue silenciada con un beso.

Aarón tomó a la mujer por la cintura y la sentó sobre él. Las piernas de Clara quedaron rodeando su cintura y su pecho presionado por el de ella. El momento había llegado, ya no podía controlarse más. Tomó la camiseta de ella y la subió lentamente hasta retirarla por sobre su cabeza. No había pensado llegar a esa instancia... porque dentro de su cabeza, de la venganza que planeó... jamás había pensado sentir fuertes sentimientos como los que estaban atravesando su cuerpo en ese momento.

Los pechos de Clara florecieron ante sus ojos y la joven instintivamente intentó cubrirlos con sus manos.

—¡No! —Aarón sujeto los delicados brazos de ella y los separó, descubriendo sus tetas

para él.

Su boca llegó hasta ellos y con la lengua saboreó uno de sus pezones. Clara dejó escapar un gemido y su pene se contrajo debajo de ella. Introdujo todo el pezón dentro de su boca, y comenzó a succionarlo, provocando que se retorciera por la electricidad que ese acto provocaba en su bajo vientre. Podía sentir la erección de Aarón en su entrepierna y eso le preocupaba. Clara sabía que llegar a esa instancia no era lo más aconsejable para ella y para su corazón. Sin saber cómo o de qué forma, se encontró sobre el cuerpo de su enemigo. Este, en un ágil movimiento, reclinó el asiento dejándolo de forma horizontal. Ahora, la joven se encontraba acostada sobre él. Aarón seguía chupando sus pechos y mordisqueando su cuello, cuando liberó sus manos, Clara se aferró al pelo de Aarón, mientras un manojito de sensaciones la inundaba. Se movía inquieta en busca de contacto en su vagina y sentía como la humedad brotaba de ella. Sin dudas se estaba por venir de esa forma y el maldito de Aarón lo supo al instante.

Jamasen deslizó sus manos por debajo del short de ella y aferró sus nalgas con fuerza. Ahora la movía arriba y abajo, refregando su sexo con el de ella. Prácticamente estaba por acabar en sus pantalones cuando sintió el orgasmo de la chica precipitar. Envolvió su espalda con sus grandes brazos y presiono sus caderas al frente, dejando su marcado paquete para el deleite de ella.

Clara se vino en sus brazos.

Y él se sintió hinchado de orgullo... la había hecho acabar sin penetración. Su yo interior palmeó su espalda y le gritó un glorioso “¡Bien macho!”

Mantén el rostro oculto en su cuello y respiraba agitada. Aarón pudo aspirar en ese instante el aroma que desprendía su cabello, y eso forzosamente lo arrastró al pasado. Cuando la pequeña de rizos rubios, correteaba en la hora del recreo, despreocupada del mundo. Y eso lo perturbó demasiado. En contra de lo que necesitaba creer, aún esa chiquilla lo alteraba a niveles nunca antes pensado.

Automáticamente Clara se sintió mortificada del espectáculo que acababa de dar con su enemigo. Clara se incorporó de golpe angustiada, pero Aarón no le permitió salirse de encima de él.

—Yo... me quiero ir —susurró Clara con angustia.

—¿Ya? —preguntó desconcertado —creo que antes me debes un orgasmo Clari —musitó cachondo en su oído.

—¡¿Qué?! —la sorpresa de ella no se hizo esperar y Aarón lo pudo notar... pudo ver la falta de experiencia de la joven en ese instante. No solo disfrutó de su incomodidad, si no que aprovechó para hostigarla un poco.

—Ahora me la tienes que chupar cariño —y lentamente tomó a la joven por su nuca, guiándola a la zona baja de su anatomía —ya sabes cómo es... *dulce o travesura cielo.*

Clara luchó por su libertad, furiosa e indignada por lo que estaba solicitando Aarón. Debía admitir que un poco caliente también... el tono de voz usado por él se derretía en su mente y los peores pensamientos, «esos que solo ponía en práctica con ella misma» se hicieron presentes en ese momento.

Fue liberándola lentamente, hasta que la dejó libre.

—Solo estaba bromeando Clarita... —intentó tranquilizarla Aarón —aunque si me la quieres chupar no tengo ningún problema.

—No quiero dormir junto a ti Jamasen... —sentenció ella —*ni hoy ni nunca* —remató.

—Lo entiendo, pero solo te pido dos noches... tampoco me apetece dormir junto a ti —

mintió —pero será un escándalo si nos pescan con una crisis el día de nuestro compromiso —su sarcasmo la enfureció y el desprecio la llenó de dudas —*¿no lo crees?*

—Dos noches —reafirmó —luego de la boda cada uno para su casa. Y espero que pronto abandones mi edificio... no me agrada tenerte de vecino Jamasen.

Aarón abrió su boca con sorpresa.

—Te acabo de regalar un fabuloso orgasmo y me pagas de esta manera.

—¡Eres un sabandija! —gruñó furiosa —y solo estaremos un mes casados —despotricaba furiosa mientras intentaba reacomodar su camiseta velozmente.

—Seis meses —dispuso Aarón con calma.

—Un mes.

—Cinco —ofertó el hombre con diversión.

—Dos... y es mi última oferta.

—Tres meses y cada uno vivirá en su casa.

—Trato —y se sorprendió cuando Jamasen en vez de tomar la mano que ella ofreció para cerrar el trato, la sujetó por la nuca y la atrajo hasta él, rompiéndole la boca de un beso.

CAPÍTULO 11

Un pequeño y ajustado vestido blanco de la colección anterior, era el sencillo atuendo que había elegido Clara para el día de su boda.

Mantuvo su largo y rubio cabello suelto, maquilló sus ojos en delicados tonos nude y su boca la pintó de un furioso tono rojizo. No habría fiesta, ni baile nupcial ni luna de miel.

Nada.

Tras la pequeña ceremonia, almorzarían en un restaurante y luego partiría a su pequeño departamento y Aarón al suyo.

Pese a que consideraba aquel viernes dos de diciembre como cualquier otro, mentiría si afirmaba que no se encontraba nerviosa. Había recibido un llamado a las seis de la mañana de su futuro esposo, indicando que tenía el acuerdo pre nupcial en su poder y que en media hora subiría para que lo leyeran juntos y firmaran tras la conformidad de ella.

Clara no había dormido en toda la noche, insegura, nerviosa y expectante de la decisión que había tomado. La bola estaba girando en la ruleta y esta solo tenía dos opciones nada más... podía salir victoriosa, recuperar su empresa y olvidarse de Aarón Jamasen por el resto de su vida. O... *podía enamorarse del bastardo, perder su parte de la empresa, no tener dinero para subsistir y terminar lamiendo sus heridas en el cuarto de soltera de la casa de sus padres.*

Golpearon la puerta de su departamento exactamente a las seis treinta, tal como lo había indicado su futuro esposo.

—Adelante —gritó Clara mientras sacaba un par de panes del tostador y los colocaba en una linda bandejita.

Hoy... *solo por hoy*, plantaría la bandera de la paz y lo invitaría a desayunar mientras leían el absurdo contrato. Le avergonzaba saber la cantidad de personas que sabían de esta sociedad y le dolía el alma pensar en su pobre padre, cuando la viera dar el sí, al hijo de la familia enemiga.

Aarón ingresó con paso decidido leyendo unos documentos que traía en mano. Su cabello húmedo por la reciente ducha que acababa de tomar, su jean gastado y esa fina camisa de lino blanco algo arremangada a la altura de los codos le quitaron el aliento

«No es normal que alguien se vea tan bien a esta hora de la mañana» pensó Clara, quien mantenía su pijama de unicornio y un rodete en lo alto de su cabeza. Sintió vergüenza de su aspecto y dudó por un segundo si tendría que al menos colocarse cubre ojeras... a esa hora su rostro sería más parecido al de un mapache que a una linda mujer.

El hombre ni reparó en ella y tomó asiento en un taburete frente a la mesada central.

—Hola —saludó brevemente y continuó prestando atención a los dos montones de hojas que dispuso sobre la mesa de granito —¿comenzamos?

—¿Te gustaría un café?... —preguntó como una niña pequeña que espera aceptación de algo que hizo ella misma —preparé tostadas para que desayunemos juntos.

—No gracias —respondió Aarón con la cortesía justa y necesaria, para no parecer grosero al cien por ciento.

Y solo en ese instante elevó su rostro para mirar a Clara. Pudo notar el esmero de ella al preparar y disponer de tostadas, queso cremoso y mermelada sobre una bandeja. También había un pequeño florero con lavandas frescas y música de fondo. Sintió ternura... pero de todas formas culminó su agradecimiento con un...

—Tengo una cita, así que démonos prisa por favor.

Algo le presionó el pecho a Clara mientras asentía en silencio. De todas formas, llevó la bandeja hasta el mesón donde estaba sentado Aarón y dispuso su café a un lado del montón de hojas. Tomó un pan y lo untó con queso, dio un gran mordisco y no pudiendo controlar su lengua por más tiempo preguntó...

—¿Una cita?

Aarón elevó una de sus cejas y una mueca de lado se formó en su perfecto rostro.

—Sí Clarita... una cita.

—¿Con una mujer?

La sonrisa de él se fue haciendo cada vez más grande, aproximando unos centímetros su rostro a la encantadora cara de ella y clavando sus ojos en sus labios asintió.

—Sí... con una mujer. ¿Y sabes para qué?

Clara tragó el nudo que se le había formado en la garganta y con el poco coraje que le quedaba asintió.

—Tengo una cita con mi amiga Yuya, para tener sexo —respondió, mientras le quitaba de sus temblorosos dedos el resto de tostada que sostenía inerte. De un mordisco lo engulló todo a la vez.

Los ojos de Clara se abrieron y su espalda se irguió repentinamente.

«Sexo»

No podía creer lo que había escuchado... aún no se habían casado y el maldito canalla ya le estaba siendo infiel. Podía intuir que la tal Yuya era la modelito que había visto días atrás en el departamento de Aarón debajo del suyo. Se prometió no llorar... al menos no delante de él.

Lo odiaba tanto.

Esos tres meses serían un suplicio de llevar.

—¿Alguna objeción? —consultó su prometido con una sonrisa pintada en su rostro al mejor estilo Joker.

—Ninguna... solo que, pensé que mientras durara nuestro estúpido matrimonio, seríamos fieles —y representó esta última palabra con comillas en el aire.

Aarón se encontraba de lo más divertido al ver su incomodidad y encontraba los aparentes celos que estaba sintiendo Clara de lo más estimulantes.

Amaba hacerla rabiar, y justo ahora disfrutaba causar ese estado en ella a pocas horas de dar el tan temido sí. Tampoco debía pasarse, porque si la perturbaba mucho, era probable que la mocosa echara todo el trato para atrás.

«Un mimo y una palmada» pensó Aarón y continuó con el juego.

—Lo sé cariño... luego de casados, prometo honrarte y respetarte, —hizo referencia con descaro —pero como podrás ver... por el momento no lo estamos, y considera esto —clavó sus ojos en sus labios nuevamente —una especie de despedida de solteros. Ahora ¡empecemos! —su tono había cambiado y Clara pudo notar cómo cuadraba sus hombros para leer el contrato. No había opción a réplica.

Ese ya no era Jamasen el simple mortal... era Jamasen el empresario, todo poderoso, omnipotente, acostumbrado a hacer su voluntad en la tierra o el infierno... costase lo que costase.

Con la angustia que tenía acumulada Clara respondió...

—Adelante... comencemos.

Cada uno tomó una de las copias del contrato pre-matrimonial y Aarón comenzó a leer en

alto punto por punto para no dejar hilo suelto.

Contrato prenupcial.

De este vínculo jurídico que nace de la voluntad de los contrayentes y a pedido de las partes se deja por escrito los siguientes puntos.

Anexo 1

A- Los contrayentes asumen su rol dentro de la sociedad y su responsabilidad dentro de la misma.

B- Ambas partes se comprometen a ser fieles durante el período que dure la sociedad.

C- Pasado un plazo de tres meses tras la fecha de inicio del contrato, y en caso que una de las partes opte por la disolución del acuerdo, el Sr. Aarón Jamasen asumirá como compensación a la Sra. Clara Saavedra, la entrega total del sesenta y cinco por ciento de la firma Clarita Saavedra Inc., de la cual ambos contrayentes tienen acciones.

D- Si la disolución del contrato anteciedera el plazo estipulado en dicho contrato (90 días) dependerá de cuál de los dos cónyuges solicite la anulación, para comprobar si corresponde dicha indemnización o no.

E- Desde este momento, los bienes previos a contraer unión (maritales y dotales) permanecerán ajenos a la sociedad, excepto por la empresa mencionada en el inciso C.

F- El contrato también será anulado si una de las partes incumple con el inciso B de este contrato. Muere. O incumple con las obligaciones que conlleva la sociedad conyugal (ver derechos y obligaciones anexo 2)

—Esto es muy absurdo Jamasen —interrumpió Clara con hastío. Se reclinó en su taburete y bebió un sorbo de café, mientras daba golpecitos con su boli sobre el contrato —creo que lo que en verdad nos compete, es el ítem sobre que, pasado los tres meses, y tras pedir el divorcio, la empresa me será devuelta en su totalidad... ¿correcto?

—Correcto —confirmó Aarón —eso lo puedes leer en el inciso C.

Clara reparó en ese detalle y dio por finalizada la lectura al firmando el extenso documento sin leer el noventa y cinco por ciento del contrato.

Aarón lo había logrado.

Tal como lo calculó, Clara confió en él y en la patraña de contrato que había escrito junto a sus abogados la noche previa mientras bebían etiqueta azul en el balcón de su departamento. Pudo imaginar que esto podía pasar... después de todo, había sido burdamente estafada por su contador durante años. Eso indicaba la inmadurez de la mujer. Clara no se había dado cuenta que, al casarse, su ínfimo porcentaje había pasado a ser un bien ganancial... de su treinta y cinco por ciento, Aarón ahora poseía la mitad. Amasando aún, mayor poder sobre ella del que ya tenía.

«Niña tonta» pensó.

Él también firmó el contrato que Clara tenía en mano y repitieron lo mismo con la copia suya.

Ahora solo restaba dar el “Sí” ... cosa que pasaría en tan solo cuatro horas.

Listo el trámite, Aarón se puso de pie y abandonó el departamento.

Bajó la escalera que unía su piso del de su futura mujer. Algo le molestaba... se sentía mal,

enojado consigo mismo por la actitud tan fría que había tenido con la chica. Por momentos sentía pena por ella... sabía que, era lo correcto y que era lo que tanto había deseado, pero algo en su interior le indicaba lo contrario. Por más absurdo que sonase, Domingo “su psicoanalista” sería uno de los padrinos de la boda y su amiga Yuya la otra. Ni bien llegó a su casa el portero eléctrico sonó.

Presionó el mando permitiendo la entrada al seductor rostro que la cámara de video mostraba.

Yuya entró minutos después con una bandeja de donuts para desayunar juntos.

—¿Ya lo hiciste? —preguntó su amiga mientras se sacaba los zapatos a un lado de la puerta.

—Sí —respondió a secas —pero no estoy feliz.

La chica rio.

—Yo tampoco lo estaría cariño... después de todo, te estás casando con alguien a quien no amas, solo por venganza... y eso querido amigo, es muy estúpido.

—No para mí Yu... es algo que tengo que hacer.

Caminó con paso firme hasta donde la atractiva mujer se encontraba y tomándola por la cintura por la espalda la atrajo hasta él. Posó sus labios en su cuello y presionó su erección en medio de sus nalgas.

—¿Lista?

—¿Para desayunar? —preguntó con fingido desconcierto ella.

—Sí... y tú serás mi comida —gruñó mientras la tomaba en sus brazos y la montaba sobre la mesa de la cocina. Sus largas piernas quedaron rodeando su cintura. Y de un limpio movimiento bajó el escote del vestido, descubriendo por completo sus enormes y redondos senos. Sabía que no estaba haciendo lo correcto, sabía que, teniendo otra mujer en brazos, no borraría la cagada tan grande que estaba por cometer con Clara. Pero de todas formas lo hizo.

Eran las once de la mañana cuando el juez dio por finalizada la unión.

Aarón Jamasen finalmente lo había conseguido.

Se mantuvieron fríos durante el breve tiempo que llevó la ceremonia y con el único detalle de permanecer con las manos entrelazadas. Los padres de Aarón, sus tíos, su hermana Isis y un par de amigos fueron los invitados de su lado, por su parte Clara solo participó a su familia y sus hermanos de la vida. Siendo Carmela y el Topo los padrinos de la novia.

Como era de esperar, ambas familias se encontraron distantes durante el tiempo que duró la ceremonia y el almuerzo. La madre de Clara junto con María, habían dispuesto que se decorara el salón en tonos crema y un bello pastel de boda a tono, coronaba la mesa principal. Ambas mujeres encontraban muy frío que no se hiciera una fiesta en honor a la reciente unión de sus hijos, pero ellos fueron categóricos cuando indicaron que solo sería un almuerzo.

Clara permaneció ajena al gozo que mantenía todo el mundo mientras almorzaban felices. «Todos menos su padre» quien argumentando una fuerte jaqueca se había marchado del almuerzo ni bien finalizó la ceremonia.

A Clara el frío y egoísta gesto de su padre le dolió hasta lo más profundo de su ser... sabía mejor que nadie que todo eso era una farsa... una puesta en escena de una patraña que Aarón se había propuesto. Pero... ¿y si no lo era? Y si en verdad, la boda hubiera sido su deseo. ¿Eso era lo que significaba ella para su padre? Una migraña para no estar en el lugar que no le apetecía.

Tenía la nariz hinchada de llorar dentro del baño, arrepentida e insegura del paso que acababa de dar. Su madre la encontró en una de esas oportunidades.

—Me tienes que decir ¿qué es lo que está pasando hija?

—Nada mami —Clara intentó fingir una sonrisa, pero nuevamente rompió en llanto.

—¿Estás embarazada? —preguntó sin rodeo Ruth, mientras buscaba una razón del motivo por el cual su hija se casó sin desearlo plenamente.

Podía darse cuenta que se atraían y que Aarón la amaba. Lo veía por la forma de como la observaba... embelesado y con adoración, mientras ella era ajena a eso. Pero no encontraba la coherencia en su hija. Clara siempre se mantuvo muy lineal en cuanto a su forma de pensar y de proceder. Por esa razón no lograba entender el repentino deseo de casarse con Aarón Jamasen.

—Es un poco complicado de entender ma —pronunció entre gimoteos Clara —pero estoy feliz... de veras —mintió —solo un poco asustada por empezar una vida nueva.

Ruth la abrazó intentando suplir la falta que causaba el gesto de su esposo. Estaba furiosa... hacía memoria, y no lograba recordar que algo la hubiera hecho enfurecer tanto en la vida, como el mezquino gesto de su marido.

Ambas permanecían abrazadas, cuando su flamante suegra golpeó y asomó su cabeza por la puerta del baño.

—¡Oh, querida!... ¿te encuentras bien? —preguntó con real preocupación la elegante mujer.

María irradiaba amor. Era imposible no caer bajo su hechizo... y todos a su alrededor lo sabían.

—Ah María... aquí mi niña con miedo al matrimonio —respondió Ruth contemplando con adoración a su única hija.

La morena se unió a ellas en el abrazo y susurró en la frente de la chica, mientras dejaba un beso en el lugar...

—No tengas miedo Clarita... Aarón podrá tener su coraza de hombre malo de negocios, pero en el fondo es el mismo chico cariñoso y amigable, que estuvo enamorado de ti desde los

cinco años.

Las palabras de la madre de Aarón alteraron aún más a Clara *¿enamorado de ella?... ¿Aarón alguna vez sintió algo más que odio por su persona?*

—No sabía que siempre había estado enamorado de mí —manifestó Clara, más para ella que para las damas allí presentes.

—¡Siempre niña! —aseveró María, y remató —si hasta tiene guardado el mechón de tu largo y rubio cabello que te cortó de pequeño. Como digo... detrás de su coraza hay un hombre noble, que te cuidará y defenderá a capa y espada... solo se tienen que dar tiempo. Los matrimonios son como las flores... hay que cuidarlas y nutrirlas para ver lo hermoso que hay en ello.

Clara era un manojito de miedo, nervios y ahora inseguridades.

«*¿La amaba?*»

Golpearon a la puerta y la voz de un impaciente Aarón interrumpió el mágico momento.

—¡Clara! —gritó —¿podemos cortar el pastel así nos marchamos?

María abrió la puerta y el alto hombre pudo observar con preocupación la escena que allí se desarrollaba. Su madre, suegra y reciente esposa *¡juntas!*

Eso no era bueno... nunca calculó ese detalle. ¡Mujeres juntas, problema en puerta!

Gerald se aproximó hasta donde estaba su sobrino y observó con curiosidad al grupo de damas que se encontraban allí dentro.

—Hola Gero —saludó Clara con cariño al mulato, mientras se disponía a cruzar el umbral.

—Hola niña —respondió él —te ves muy hermosa... casi como una flor —quedó en silencio por un momento y ahora le habló a su querido sobrino, quien con impaciencia observaba a todos los presentes —deberás cuidar mucho a esta bella flor silvestre Aarón, para que siempre brille y que su resplandor deje ciego a todo aquel que quiera lastimarla. —Y sin que nadie se diera cuenta clavó sus ojos en Ruth... la médica volteó rápidamente para que nadie pudiera ver el rubor que se plantó en sus mejillas —uno puede ver cuando una flor no brilla como se merece.

—Nadie podrá lastimarla mientras yo esté a su lado tío —arbitró Aarón con la mirada clavada en su joven esposa —A Clara se le llenaron los ojos de lágrimas nuevamente.

Hoy se encontraba exaltada y sus sentimientos...

«*Esos que se negaba aceptar*» la tenían hecha un puñado de nervios. Aarón pudo notarlo y pensó la mejor opción para todos. Tomó de la mano a su flamante mujer y besó los nudillos de ella... por primera vez se permitió ser sincero.

«*Una vez... tan solo una vez*» pensó.

—*Te encuentras muy hermosa* —susurró contra su oído.

Pero a Clara no se le olvidaba que había pasado la mañana en brazos de otra mujer... de esa que a lo lejos clavaba su verde mirada en ella.

—Gracias —respondió algo cortante, y con un escueto “*hasta luego*” saludó a los presentes mientras abandonaba el lavabo.

Aarón quedó molesto por la respuesta de Clara y fue tras ella, pero fue interrumpido por su amiga Yuya, quien junto a Ricardo bebían champagne a un lado de la barra.

—Ven amigo —llamó el contador —brindemos por ti y tu bella esposa.

Yuya clavó sus seductores y gatunos ojos en Aarón, quien horas atrás había disfrutado de su cuerpo como nadie.

Lo de ellos no era nuevo. Su relación venía de años atrás, exactamente desde hacía diez años atrás... desde aquella noche en que la joven cayó inconsciente en aquel club nudista donde trabajaba. Fue Aarón quién la rescató y llevó a urgencia mientras el dueño del lugar «un hombre

mayor, asiático y con sobrepeso» insultaba entre dientes por temor a que su club de caballeros clandestino, quedara descubierto ante los federales.

Al parecer la joven mujer de veinte años de edad, mezclaba medicamentos contra la depresión y alcohol. Llevaba trabajando como acompañante por más de tres años. Exactamente desde que su madre murió a causa de una infección generalizada y su tía... “una estirada mujer de alta sociedad”, le dio la espalda a la sobrina bastarda que había dejado como carga su errante hermana.

Yuya no tuvo muchas opciones... se encontró de la noche a la mañana sin hogar, dinero o familia. Cuando las cuentas comenzaron a acumularse en el buzón, la comida escaseaba y cada tarde regresaba a casa sin haber conseguido un empleo... fue que lo pensó por primera vez. *Después de todo... el periódico mostraba gran oferta y demanda para ese rubro.*

¿Y si lo hacía?

Fue necesidad, mezclada con cansancio y decepción, la que la llevó una fría tarde de invierno al departamento de Chin Lao... quién se convertiría en su nuevo “jefe” desde ese momento.

—¡Quítate la ropa! —gritó de forma déspota el hombre, quien tras el escritorio observaba con codicia a la joven y bella mujer.

Yuya dudó... pero lo hizo.

Se desnudó y caminó de un lado al otro tal como el hombre le demandó.

—Ahora ven —exigió de forma un poco más dulce Chin Lao mientras bajaba la bragueta de su pantalón gris —arrodíllate puta —y sonrió de tal forma, que el diente de oro que tenía resplandeció en todo su esplendor. Y ella lo hizo...

—¡Salud amigo! —brindó Yuya intentando dejar de lado sus negros pensamientos.

Hoy era un día de celebraciones... «o al menos así debía ser». Conocía el motivo que había llevado a su amigo y salvador a contraer matrimonio con aquella joven y hermosa mujer. No compartía sus pensamientos, pero lo entendía. Cuando los fantasmas no permiten que uno duerma, traman en la mente los peores y más desquiciados planes. *Y ese era el caso de Aarón.*

Domingo se unió a ellos en el brindis, contemplando con interés a la bella mujer de ojos de gato.

Ambos habían sido testigos de la unión de la pareja ante el juez, mientras que el psicólogo no podía dejar de observar con intriga a la bella mujer, quien, usando un ajustado vestido gris, se movía con la soltura y elegancia de quien lo tiene todo en esta vida.

Brindaron y dialogaron un poco sobre asuntos sin relevancia, deporte, actualidad y algo sobre las revistas de farándula, donde Aarón Jamasen salía regularmente, con el encabezado de ser el soltero más codiciado del país. En un momento dado Aarón y Ricardo se marcharon dejándolos solos.

—Hola —saludó Domingo a Yuya quien bebía de su copa, casi como si el profesional fuera invisible.

Domingo desconocía quién era o qué papel tenía esa bella mujer en la vida de su amigo y paciente. Pero se encontraba cautivado... era como si esos ojos rasgados lo hipnotizaran por completo.

—Hola —respondió la chica.

Domingo tendió la mano y se presentó...

—Soy el doctor Domingo Arzuaga... psicoanalista y amigo de Aarón.

—Hola Domingo, mi nombre es Yolanda Revetria y soy puta —saludó como si nada, feliz de

la cara de desconcierto que el “doctor” tenía en ese instante «Odiaba tanto las etiquetas» — ¡Ahh!, también soy amiga de Aarón... una un tanto especial —guiñó un ojo y se marchó.

Domingo permaneció estático por unos segundos, con la mirada perdida, intentando procesar lo que la mujer le había dicho. *Maravillado* podía servir para describir cómo se encontraba... estúpidamente maravillado.

Aarón y Clara salieron juntos y de la mano del restaurante para obviar dar explicaciones a los presentes.

Subieron a la camioneta de él y emprendieron la marcha. Aarón enfiló al edificio que compartían, mientras el reflejo de los rayos que precedían a los truenos iluminaba el interior del vehículo. Llegaron minutos antes de que una fuerte tormenta se desatara, el cielo se veía encapotado y unas amenazantes nubes negras cubrían la ciudad desde hacía varias horas. Clara en más de una ocasión sintió que el clima se encontraba como su alma.

Gris y de luto.

Abrió con el mando a distancia la cochera y dirigió su Range Rover al lugar que tenía asignado.

Clara se mantuvo en silencio durante el trayecto, y solo respondió algún “si” o “no” ante alguna pregunta concisa formulada por Aarón.

—¿Te ocurre algo? —consultó finalmente Aarón, un tanto confundido con el extraño comportamiento de ella. Pero solo obtuvo un “*nada*” como respuesta, segundos antes de que un mohín se formara en el rostro de ella y al instante se pusiera a llorar.

—Él... se... ¡marchó! —gimoteó Clara con genuina tristeza.

Lo que solo aumentó el odio que Aarón sentía por don Saavedra. Sabía que los asuntos de familia no deberían importarle... pero por alguna extraña razón «que se negaba a reconocer» le tocaba soberanamente los cojones que el imbécil lastimara a su propia hija.

Apagó el motor de la camioneta y volteó su cuerpo para enfrentar a su esposa.

—Lo sé —y en un acto reflejo, deslizó su pulgar por debajo del ojo de Clara, limpiando con el gesto una lágrima que comenzaba a deslizarse.

«¿Debía consolarla?» Porque después de todo... *este era el plan*. Lastimarla, hacerla sufrir, arruinar su presente y posiblemente su futuro. Solo que no esperó la miserable actitud de su progenitor... nunca imaginó que la maldita hiena de Saavedra huyera del lugar lastimando él mismo a su única hija.

El silencio los inundó.

Clara era consciente del sonido que producía su corazón en ese instante y eso la avergonzaba a más no poder.

—Gracias —susurró la joven antes de abrir la puerta para salir del coche.

—Gracias, ¿por qué? —preguntó Aarón con desconcierto.

—Por no usar el dolor que siento en este momento en mi contra.

A Jamasen se le escarchó la sangre... porque sabía con exactitud que era capaz de eso y mucho más.

Clara cerró la puerta del acompañante y se encaminó hacia el ascensor. Subió y dudó si debía esperar al hombre con el que acababa de desposarse o no.

Finalmente se decidió por seguir con su vida, como si no hubiese acabado de cometer uno de los peores errores de su vida. Presionó el número de su piso y subió hasta su pequeño pero acogedor PH.

CAPÍTULO 12

Despertó y por una fracción de segundos olvidó todo lo sucedido el día de ayer.

Pestañeó ante el insistente sonido de su celular. Tomó el molesto móvil y observó la hora.

«Seis treinta» algo enojada respondió al llamado de su amigo Pedrito.

—Amigaaaaaa —gritó el modisto repleto de energía.

—Sí —respondió cortante ella al tiempo que masajeaba sus párpados intentando despabilarse.

—Estamos en la puerta de tu departamento.

—¿Y?

—¡Qué humor madre de Deus! —gritó Pedro y pudo oír risas de fondo.

—¡Baja niña, que nos vamos a la playa de luna de miel! —canturreó el modisto.

—No me puedo marchar... Ramón me necesita —respondió bromista Clara. Solo a sus amigos podía ocurrírseles irse de luna de miel sin el novio, cuando la boda era toda una gran mentira.

—¿Tu cactus? —gritó —ese pobre estará mejor solo que en tu compañía amiga —salvo que...

—Salvo que ¿qué?

—Que quieras quedarte con tu maridito y tener una luna de miel de verdad... —escupió con sorna su amigo.

—Bajo en cinco minutos granuja —manifestó antes de interrumpir la llamada.

Sus amigos eran todo para ella, y en este momento los necesitaba más que al aire que respiraba. Se puso de pie y caminó rápidamente hasta el baño. Observó el reflejo que le devolvió el espejo y no le gustó lo que vio. La noche anterior, y tras beber una botella de vino «una de esa marca que le recordaba a su marido» se acostó tal cual estaba. Con su vestido de “novia” y maquillada.

Ahora era un simpático mapache con las greñas rubias enredadas y el rouge rojo de sus labios corrido a un lado.

Rápidamente colocó música en su Iphone y lo envolvió en una toalla para que la humedad no lo hiciera daño al aparato. Se quitó el vestido y entró a la ducha; cerró los ojos mientras el agua la empapaba por completo. Masajeó su rostro con jabón, luego su cuello y pechos. No pudo evitar pensar en Aarón besando y acariciando ese lugar. Sus expertas manos despertaron los peores pensamientos en Clara. *Lo odiaba... pero lo deseaba*. Sus pezones se pusieron erectos ante el recuerdo y Clara maldijo entre dientes.

«Traidores»

Salió con mejor ánimo del que había ingresado. Se vistió con unas mallas de gimnasia negras, sus All Stars blancos y una blusa clara de hombro caído con el dibujo de un gran unicornio rosa. Recogió su rubia y húmeda cabellera en una coleta alta y metiendo algunas mudas y su cepillo de dientes en un bolso, bajó hasta donde se encontraban sus amigos.

El Topo bajó del lado del acompañante, dándole paso a que su amiga subiera en la parte trasera del convertible de Pedro. Detrás se encontraban cómodamente ubicadas Mela y Majo, cada una con un café de Starbucks en mano y anteojos de sol.

—Amiga, ven aquí —saludó Mela estirando un brazo en dirección de su amiga.

—Ten Clari...bebe —indicó Majo.

—Bebe para olvidar —bromeó Pedrito, mientras ponía en marcha al viejo convertible.

Clara tomó gustosa el late que le entregó Majo y dio un largo trago

—Más tarde serán margaritas, ¡perras! —rio el Topo mientras encendía el estero, inundando el vehículo con la fantástica voz de Elvis.

Llegaron a destino poco antes de las once de la mañana al departamento de Rocha, donde el Topo heredó años atrás la propiedad cuando sus padres murieron en un extraño accidente automovilístico. Se encontraba en el balneario de La Paloma, era una gran casa de tres plantas a orillas del mar, el amplio balcón con jacuzzi y vista al océano, era lo mejor y en él pasaban sus vacaciones desde que eran adolescentes meditando y proyectando sus vidas. Clara, Pedro y el Topo habían sido amigos desde el kínder y años más tarde Clara conoció a Mela en el secundario, cuando sus padres decidieron cambiarla de instituto tras su repentina mudanza. Majo fue la última adquisición... ingresó a la empresa como asistente de la diseñadora, y se volvieron inseparables como equipo, tanto dentro como fuera de la oficina. Cada uno llegó hasta el dormitorio que usaba habitualmente y tras desempacar, se pusieron los trajes de baño, para reunirse más tarde en la terraza.

Aarón amaneció más cansado que cuando se había acostado. Tenía un fuerte dolor de cabeza y gusto amargo en la boca.

Había bebido hasta altas horas de la madrugada, pensando en la hermosa figura que dormía solitaria en el último piso de la torre. La maldita Rapunzel de largos cabellos rubios lo tenía empalmado y con el corazón acelerado. Pese a que se lo había prohibido una y mil veces, no podía evitar sentir ternura y ansiedad cuando Clara se encontraba a su lado.

A las nueve salió de la ducha y se vistió informal para ir a desayunar con su esposa. Sus pensamientos eran discordantes. La odiaba, pero la quería. Sentía repulsión y atracción. No la quería ver más... pero no veía la hora de tener ese hermoso rostro frente a él.

Le pareció raro no encontrarla en casa a esa hora. La llamó reiteradas veces a su teléfono móvil sin tener respuesta.

Algo preocupado pensó en llamar a su madre... aunque pensándolo bien, no hablaba bien de él como esposo, perder a la novia en la noche de bodas. Fue por eso, que prefirió descartar primero otras opciones. La mejor opción sin duda alguna, sería llamar a sus amigos. Marcó el número del ingeniero de sistemas. El famoso Topo le había caído bien desde el vamos... el galancito de humor agrio, divertido y de pocas pulgas, era el tema de toda la compañía hasta su llegada. Alto como él y con rostro de modelo, traía locas a todas las mujeres del edificio, aunque intuía que él solo tenía ojos para una... para la maléfica y cruel Mela. La rubia era realmente inmundada a los ojos de Aarón, bella pero demasiado cascarrabias para lo que su escasa paciencia estaba acostumbrada.

El móvil sonó un par de veces hasta que la risueña voz del Gerónimo alias el Topo respondió

—¿Que hay hermano? —soltó como saludo.

—Bien —respondió escuetamente, intentando mantener fuera de la conversación su agrio estado de ánimo —¿sabes algo de Clara?

Silencio.

—Sí... y no —respondió el hombre al otro lado de la línea.

Aarón masajó fuertemente sus ojos y respiró profundo intentando invocar alguna clase de ayuda divina, que le otorgara la paciencia que no tenía por naturaleza.

—Topo... no sé nada de ella, y estoy comenzando a preocuparme... sentimiento que no me

gusta para nada, y mucho menos si se trata de alguien a quien no le tengo contemplaciones. Ayer se casó conmigo y hoy se fuga sin decir nada.

—Mira viejo... créeme que te entiendo —respondió el hombre al otro lado mientras colocaba fresas en la procesadora para armar unos tragos para las chicas —pero, antes que nada, Clara es mi amiga «una de mis mejores amigas desde siempre» y aunque tú me caes muy bien, mi fidelidad es con ella. Pero solo te diré esto Aarón... quedate tranquilo que ella se encuentra bien, estamos celebrando la luna de miel en tu honor —Gerónimo dejó escapar una gran risa mitad humor y mitad efecto margarita en sangre y luego prosiguió... —si quieres saber de ella o su paradero, solo lo obtendrás de la boca de tu esposa viejo, en nuestro grupo no somos chivatos.

Aarón sintió empatía por la fidelidad que tenía ese grupo de amigos y añoró algo igual que el grupo de su mujer. Su grupo era reducido y le costaba confiar mucho en las personas.

—Entiendo —respondió antes de cortar su móvil.

Clara comenzó a desnudarse bajo el insistente sonido de su móvil. Dejó por un momento lo que estaba haciendo y lo observó con fastidio... el maldito no había parado de chillar por horas... y todas las llamadas eran de su flamante esposo *Aarón “maldito” Jamasen*. Luego de contar cincuenta y tres llamadas perdidas para ser exacta y por su salud mental optó por responder.

—¿Se te perdió algo Jamasen? —contestó molesta.

—Clara, quiero ya mismo que... ¡no! No quiero, te ordeno me digas ya mismo que me digas... ¡¿dónde Diablos te encuentras?! —la voz de Aarón sonaba temblorosa por el enojo que le causaba la rebeldía de Clara.

—¡Ja! —Dejó escapar ella —creo yo *querido Aarón*, que el acoso no estaba pactado en el estúpido acuerdo pre nupcial que firmamos.

—Sucede Clarita... que en el “estúpido acuerdo pre nupcial” que tú tan “estúpidamente firmaste sin leer” sí estipulaba ese pequeñísimo detalle. También un punto en el que mientras dure nuestro matrimonio, deberás vivir conmigo en mi departamento... pero claro que ese “estúpido punto” también fue omitido por tu descuido. Y ayer me encontraba muy cansado como para recordártelo, pero esa contemplación finaliza hoy.

La boca de Clara permanecía abierta por el asombro. Intentó vocalizar alguna frase coherente, pero no lo logró. Eran demasiadas las palabras que se arremolinaban en su mente por decir en ese momento, pero por alguna razón ninguna salía. *Anonadada* fue lo primero que le vino a la mente, lo cual podía reflejar parte de lo que sentía en ese momento... *incrédula* era lo segundo.

Juntó coraje. Cuadró sus hombros y se armó de valor «el cual no tenía»

—No iré —soltó finalmente.

—Ohh vida... sí lo harás —sentenció con gozo Aarón.

Clara se prohibió sentir miedo. Después de todo... él no podía arrastrarla a la fuerza cual cavernícola. «¿O sí...?»

—No Aarón... ¡no lo haré y tú no podrás obligarme! —respondió con ímpetu, y prosiguió —ahora voy a colgar. En este momento me encuentro con mis amigos. Te veré el lunes en la oficina —pero antes de interrumpir la llamada Aarón habló.

—¡Clara! —murmuró entre dientes —dime ya mismo ¿dónde Diablos te encuentras? O me veré obligado a llamar con preocupación a tus padres querida.

—E-e-eres un ¡maldito! —chilló la joven aventando su teléfono móvil por el balcón, el cual

fue a dar justo en medio de la piscina.

Caminó hasta el baño y se enjuagó la cara con furia. Él no ganaría... ¡ya no más! La tenía, había logrado casarse con ella, pero no estaba dispuesta a negociar su vida. Eso no era lo acordado.

Bajó hasta la cocina donde sus amigos preparaban algo de comer y unos enormes tragos. Clara tomó uno de ellos y de una sola vez bebió la mitad.

—Ahh Clari... ¡Qué sed tenemos niña! —gritó con humor Pedro.

El móvil de Gerónimo interrumpió el brindis del grupo de amigos.

El Topo observó la pantalla y le pasó el móvil a la diseñadora. Esta contempló aterrada el aparato y luego al grupo de personas que la observaban con desconcierto.

—Hola —respondió tras varios timbres.

—Hija, me tenías preocupada, tu esposo dice que hace rato intenta llamarte, pero no lo logra.

Clara cerró sus ojos y masajeó estos con sus manos, esperaba lo peor, y eso fue lo que escuchó a continuación.

—Le pasé nuevamente la dirección, ya que dijo haberla perdido.

La joven soltó el aire de sus pulmones y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Gracias ma.

—No hay por qué hijita... te amo —saludó Ruth a su amada niña, antes de interrumpir la llamada.

Todos observaban en silencio a la diseñadora, pero ninguno se animaba a preguntar nada... y no fue necesario. Clarita finalmente habló.

—Él está viniendo para acá —su voz carecía de emociones.

De una sola vez finalizó su trago y depositó la copa con fuerza sobre la mesa. Estaba agotada de luchar contra su vida. Todo era un cúmulo de momentos, unos más odioso que otro, y por las noches no dejaba de pensar «¿cómo me metí en esto?»

Tras el interrogatorio de sus amigos, Clara pudo poner al corriente al grupo sobre el acuerdo que firmaron, las cláusulas que no leyó y sus obligaciones y deberes como “esposa”

—Estás jodida amiga —sentenció la blonda sin ningún tipo de contemplación —¡bien jodida! —remató con una perfecta ceja en alto.

—Gracias —respondió enojada Clara —siempre eres tan comprensiva Mela.

—Soy honesta... ¡y lo que hiciste fue una estupidez amiga! Hasta el más tonto —comentó mientras señalaba al Topo —leería un contrato antes de firmar.

Gerónimo se paró frente a la blonda y con sus fuertes brazos, enjauló a la fría rubia contra el mesón central de la cocina.

—Hasta el más tonto cae a veces... o, mejor dicho, hasta la más tonta hace cosas estúpidas en ocasiones —todos observaban la contienda sin entender de qué hablaban.

Pedro se puso de pie y fue el único que tras dar un buen trago a su margarita opinó con coherencia.

—Tenemos que hallar la forma de anular ese contrato... es decir, anular ese matrimonio ¿me siguen?

Todos centraron su atención en el modisto.

—Habla Pedrito... ¡dime que tienes una mágica solución por favor! Suplicó su amiga al borde de las lágrimas.

Pedrito llegó hasta Clara y recargó su copa a tope, aclaró su garganta y feliz de contar con la

atención de los presentes, continuó

—La solución la tienes tú, en tus manos querida amiga.

Pero Clara seguía sin comprender ¿ella tenía la solución? «Su amigo se había vuelto loco» si hubiera tenido esa mágica solución, no se habría casado ni loca.

—¡Explícate! —ordenó.

—Amiga, ¡esto es sencillito!... ese bello semental, prometió fidelidad ante el juez mientras te colocaba esa bella sortija que te niegas a usar. ¡Esa es la respuesta a todos tus males niña! *Solo tienes que demostrar ante el magistrado, que el hermoso macho alfa de Aarón Jamasen te es infiel y ¡listo!* De la noche a la mañana te verás divorciada y con la totalidad de la empresa.

Majo se puso de pie y sonrió a los presentes.

—Pedro tiene razón amigos... *cuando papá se quedaba “trabajando” hasta la madrugada en la compañía, mi madre colocó una cámara en su oficina para confirmar la infidelidad.* En el juicio de divorcio, mamá se quedó hasta con los calzones del viejo. *¡Pedro eres un genio!*

—Je... se agradece, pero pensé que ya lo sabrían, perras —se jactó el diseñador.

A Clara le brillaron los ojitos de emoción. Finalmente lo conseguiría... podría anular su matrimonio si conseguía pruebas de la relación que Jamasen mantenía con Yuya.

«Pan comido» pensó esperanzada por primera vez.

—Eso es... —Clara se puso de pie y cargó nuevamente su copa para el brindis que estaba a punto de hacer. Subió en medio de la mesa y elevó su copa en alto. Todos imitaron su gesto —*Brindo porque mi esposo me sea infiel cuanto antes, y que mi matrimonio se vaya a la mierda de una vez* —gritó repleta de entusiasmo y alegría —*¡salud!*

—¡Salud! —gritaron todos entre risas por el emotivo discurso de la joven. El Topo colocó música y cargó a Mela sobre su hombro —¡toca baño Barbie! —gritó mientras la llevaba fuera y la tiraba con fuerza a la gran piscina. Clara bebió con calma su trago mientras salía tras sus amigos.

Todo estaría bien.

Todo volvería a ser como antes... como cuando Aarón Jamasen era nada en su vida.

Aarón Jamasen llegó a la gran casa de playa tres horas después de haber conseguido la dirección. Estacionó su camioneta y subió la escalinata del porche que daba paso a la vivienda. Era una bonita casa con la construcción típica de la época según podía ver, ya que todas las viviendas del lugar presentaban similitudes. El frente era de piedra gris y los ventanales tenían unos gruesos marcos en madera de un oscuro tono amarronado. Una escalinata en medio del gran jardín guiaba al visitante hasta la entrada y el pulcro césped indicaba que los caseros de aquel terreno ponían gran esmero en cuidar de él.

Le llamó poderosamente la atención el silencio que había en aquel lugar... después de todo, allí se encontraban cinco personas disfrutando de un fin de semana entre amigos.

Rodeó la casa y llegó hasta la parte trasera del lugar.

Seguía sin ver seres vivos... solo restos de copas, botellas y latas vacías de cervezas por doquier. En la piscina flotaban algunos objetos inflables y en medio pudo distinguir un celular descansando en el fondo de esta. Pudo suponer a qué se debía el inusual lugar del teléfono y también dedujo a quién pertenecía. Observó la trayectoria que debía haber hecho el artefacto antes de caer y dedujo que quien lo lanzó, lo hizo desde la planta alta.

«Pica Clarita»

La puerta trasera se encontraba abierta de par en par y sin pensarlo mucho ingresó. La cocina se encontraba igual que el patio posterior... repleta de rastros de la juerga que allí se vivió

horas atrás.

Dejó su bolso de mano sobre la mesa central del comedor, y recién en ese momento pudo ver a un inconsciente Pedro desmayado sobre uno de los blancos sofás de cuero. Aarón observó que respiraba con normalidad, por lo que siguió examinando la vivienda en busca de su errante esposa.

No le costó mucho darle captura, ya que una de las habitaciones de la segunda planta se encontraba abierta y sobre la cama, Clara dormía envuelta con una toalla anudada sobre su bikini, y el cabello húmedo.

Observó con sentimientos encontrados, a la bella criatura que ajena a su presencia, dormía plácidamente acurrucada en medio de la gran cama.

Sin pensarlo dos veces se quitó los zapatos, la chomba de rugby que usaba y los pantalones y se unió a ella en la cama. Sabía que eso estaba mal, y también sabía que esto traería cola... *y no pudo evitar contemplar el redondo trasero de Clara que se marcaba por debajo de la toalla.*

Ella se encontraba sobre el mullido edredón color blanco y parecía una pequeña y dulce hada durmiendo en una nube. Tapó a ambos con una delgada manta que se encontraba a un lado y envolvió el frío cuerpo de su Clara con el de él. Aspiró el aroma de su cabello y no pudo evitar dar un pequeño beso sobre su hombro. Clara se acomodó descansando el rostro sobre su pecho y produjo un pequeño gemido entre sueños. Aarón se empalmó de golpe y tuvo que obligarse a pensar en su maestra de primer grado desnuda, para que la infame erección que se había formado debajo de su bóxer desapareciera.

—Duerme dulce Clara... ya estoy aquí para cuidarte —susurró contra su frente. Cerró los ojos y casi al instante se quedó dormido. Al fin la había encontrado y la calma que eso le produjo, le permitió dormir.

Cuando abrió los ojos la recámara se encontraba completamente oscura. La noche había llegado y él ni se dio por enterado. Observó con asombro que Clara se había marchado, pero por alguna extraña razón, “muy extraña”, no lo había despertado a los gritos o le había lanzado una cubeta de agua helada.

Se puso de pie y fue hasta el baño, tomó una breve ducha, salió y se vistió con la ropa que había dejado a un lado de la cama. Fue hasta donde se podía escuchar risas y algo de música reggae, Bob Marley cargaba la sala con un distendido y veraniego ambiente. En la cocina encontró a los hombres armando lo que parecían unas brochetas de pollo y verduras. Pudo observar con alivio que algunas de ellas solo tenían vegetales y se molestó con él mismo, por tener presente el vegetarianismo de su esposa.

Pedro llegó hasta él con unos holgados pantalones blancos y una camisola sin botones a tono. Parecía a punto de iniciar una danza de capoeira con su atuendo.

—Hola dormilón —saludó amigablemente —¿pudiste descansar con nuestros gritos?

Aarón se ubicó sobre uno de los altos bancos que había frente al mesón central y agradeció la jarra de cerveza helada que le entregó el Topo.

—Mmm... —saboreó la refrescante bebida —la verdad que dormí como un bebé, sinceramente no escuché ruido alguno.

—Tuvimos una pequeña guerrilla de agua con las chicas, nos quisieron emboscar, pero no pudieron con nosotros —ambos hombres rieron por los recuerdos y continuaron con la tarea del armado de la comida.

Aarón intentaba no pensar en Clara. La podía imaginar despreocupada, jugando con agua como cuando eran pequeños y posiblemente con los pezones marcados debajo de su camiseta

húmeda.

—¿Dónde está?... —carraspeó intentando aclarar su voz —quiero decir, las chicas ¿dónde se encuentran?

—Fueron al centro. A la feria artesanal que se arma a la noche, quedaron de regresar en un par de horas para cenar.

Aarón asintió en silencio y dio otro trago a su refrescante bebida. Intentaría disfrutar con los muchachos mientras su rebelde mujer regresaba. Tomó su teléfono móvil y le llamó poderosamente la atención encontrar tantas notificaciones provenientes de Facebook «¡Qué raro!» pensó, ya que no era asiduo a las redes sociales. Primero con asombro y luego con una creciente furia pudo descubrir el motivo.

****Aarón Jamasen cambió su foto de perfil*** pudo leer antes de que se nublara todo a su alrededor y un fuerte «¡Maldita arpía!» escapara de su boca.*

En la fotografía se lo podía ver a Aarón Jamasen durmiendo. Hasta ahí no había problema. En la imagen se lo veía boca arriba en la cama que esta tarde ocupó con Clara. Pero lo peor no era eso... si no, que en la foto se encontraba usando sus ajustados bóxers negros Hugo Boss, sus piernas se encontraban estiradas algo abiertas y una de sus manos se hallaba metida por debajo de la tela sujetando su paquete.

—¡Mierda, mierda... mierda! —Gritó una y otra vez, bajo la atenta mirada de los otros hombres, mientras intentaba cambiar esa fotografía a la velocidad de la luz.

«La mataré»

No era una novedad para él, saber que dormía de esa forma. Pero sí lo era, descubrir que la pequeña arpía de Clara, había tomado la imagen desde su celular y la había subido a la red social mientras él dormía. Con seguridad la venganza de la zorra sería la comidilla en los programas y revistas de chimentos.

¡Se las pagaría!

De eso no había dudas... Clara Saavedra pagaría su desacato y rogaría de rodillas por su perdón.

Pudo ver más de doscientos “me gusta” en la media hora que la foto estuvo visible y varios comentarios de toda índole. Desde los más chistosos, hasta las propuestas más indecorosas, involucrando a sus abdominales y helado de menta.

«Joder» gruñó entre dientes y optó por no comentar lo sucedido con los amigos de Clara... después de todo *¡ellos eran sus amigos!* Y seguramente fueran cómplices «o no» en la zorrería que acababa de hacerle su mujer.

Se puso de pie y salió sin decir nada. Tomó las llaves de su camioneta y en un furioso silencio condujo hasta el centro del balneario. El lugar se encontraba repleto de gente que transitaba sin prisa ni sentido, en todas las direcciones. Grupos de jóvenes, parejas de enamorados, familias cenando con niños y a lo lejos pudo ver la supuesta feria a la que habían ido las chicas.

Estacionó el coche y aguardó en silencio. Era un león esperando al frágil cervatillo. Aunque Clara poco tenía de frágil... más bien era una hiena que esperaba el momento exacto para atacar. No dejaba de pensar una y otra vez, qué estúpido había sido al preocuparse y correr como perrito faldero tras ella.

A lo lejos la vio.

Finalmente pudo ver a la mujer que haría su venganza posible. Como siempre se encontraba hermosa. Usaba una pequeña solera blanca, unas sandalias chatas y cubría la desnudez de sus

brazos con una holgada camisa de jean. *Distendida, alegre y hermosa como ninguna*. Caminaba en medio de las otras mujeres con una pequeña botella de agua en la mano, cuchicheando y riendo sobre algo que le causaba gracia. «Probablemente sobre la foto de Facebook» pensó con ira. Salió de la camioneta y llegó hasta donde su esposa se encontraba. No necesitó decir nada para que el rostro de Clara se transfigurara al verlo.

—Nos vamos —comentó por lo bajo tomándola del brazo y atrayéndola a él.

Fundiría su puta empresa. Ni bien llegara el lunes a Clarita Saavedra Inc., ese estúpido sueño de trapitos y unicornios vería su fin.

Clara lo miró a los ojos y no le gustó lo que vio. Esos bellos ojos turquesa no mentían... la furia se transparentaba. Optó por hacer las cosas fáciles para todos y aceptó volverse con Aarón. Saludó con un simple “adiós chicas” a sus amigas, y bajo la estupefacta mirada de ellas, caminó junto a él, hasta ubicarse en el lado del acompañante. Decir que se encontraban callados era poco... un ensordecedor silencio los envolvió mientras conducía hasta la ruta. Clara pudo observar con horror que la intención de Jamasen no era ir hasta la casa del Topo, si no conducir de una vez hasta su departamento en Montevideo.

—Aarón... si tu intención es llevarme a casa —intentó razonar Clara con calma —déjame decirte que mis llaves se encuentran en la maleta que quedó en lo de Gerónimo.

Aarón no respondió. Solo se limitó a conducir en silencio, tramando... tejiendo en su mente una y otra vez, los pasos a seguir.

El rictus tieso de su mentón la ponía nerviosa y rápidamente se angustió.

—¿Te has vuelto sordo? —lo provocó —te he dicho que...

—¡Ya se lo que has dicho Clara! —gruñó de pronto, asustando a la joven que sin poderlo evitar se puso a llorar —pero resulta... que tú y tu estúpida gracia me provocaron ir a casa. Y como tú ahora eres MI mujer «recalcó el “mi”» te vienes conmigo. A mi casa.

—Perdón —susurró entre lágrimas Clara, pero ya era tarde. Podía ver que el enojo de su picardía duraría y traería una batalla de fondo —tan solo fue una broma.

—Lo sé... una infantil y cruel broma, de la que deberás hacerte cargo.

Clara permaneció en silencio el tiempo que duró el viaje. Le dolía la cabeza, pero se negaba a decirlo en voz alta. Encontrarse en un lugar tan pequeño junto a Jamasen le provocaba una sensación en su bajo vientre difícil de explicar. Veía el paisaje deslizarse ante sus ojos sin reparar en él. Aarón puso música, Mirrors de Justin Timberlake desterró el silencio que había en aquel lugar. La sensual melodía cargaba el ambiente de romance y erotismo. Tras un par de horas de viaje, llegaron a casa... mejor dicho, a la casa de Aarón Jamasen.

Este era otro edificio, no el mismo que compartía debajo de su PH, y al parecer era la base del despiadado empresario. Una imponente torre, probablemente más de treinta pisos, rodeada de jardines y una estrecha seguridad se presentó ante los sorprendidos ojos de Clara.

—Pensé que iríamos a...

—Esta es mi casa Clara... —informó Aarón volteando su rostro y clavando su mirada en los asustados ojos de la joven —y de ahora en adelante y por los siguientes meses, la tuya también.

—No me mudaré aquí Aarón... ya lo habíamos dejado en claro.

—Esto fue lo que aceptaste al casarte conmigo —respondió algo brusco mientras bajaba del coche y lo rodeaba para abrir educadamente la puerta de ella.

Clara descendió, y no aceptó la mano que Aarón tendió. Se abrazó a sí misma fingiendo frío y siguió a Jamasen a través de la cochera.

—Al menos hubieras tenido la decencia de comentarme ese pequeño detalle.

—El contrato estaba ante ti... pero nuevamente tu falta de madurez y el exceso de confianza te juegan una mala pasada cielo —Aarón guiñó un ojo con soberbia.

Clara no respondió y se resignó... no tenía otra opción. *Al menos hoy no*. Debía ser paciente... en este juego ganaría el mejor estratega, y como podía darse cuenta, Aarón Jamasen lo era. Era un brillante estratega, frío y calculador como pocos. Pero también podía ver otra cosa... «*a un hombre*» y ella no pasaba indiferente ante sus ojos... su actitud para con ella era ambigua, y así había sido siempre... te peleo, pero te cuido, no me importas, pero estoy pendiente de ti.

Tenía que ser inteligente y esperar entre los arbustos a que una presa pasase, para hacerse de ella y entregarla en ofrenda al dios Jamasen. En pocas palabras... necesitaba pruebas de infidelidad de su reciente esposo. «*Pan comido*» pensó mientras subían al amplio ascensor y su esposo digitaba un código en el panel. Este no era su lindo edificio, simple y sin guardia. Esta era una torre, en la que los ocupantes pagaban fortunas por privacidad.

El ascensor se abrió en la sala de Aarón, entonces ella pudo entender el porqué del código. Llegaron al piso donde habitaba el empresario y Clara quedó paralizada en el umbral.

«Era hermoso»

No parecía que aquel agradable lugar, fuera el hábitat del maldito, despiadado y frío hombre de negocios. Pero lo era.

Aarón ingresó amo y dueño del territorio. Dejó sus llaves en un pequeño cuenco de plata que había a un lado de la entrada y encendió unas tenues luces.

Clara permanecía inmóvil en la entrada. Su cuerpo se negaba a moverse. Era una pequeña gacela asustada dentro de la jaula del león. Sentía curiosidad y miedo en partes iguales. Quería, anhelaba... requería saber cómo vivía el macho cabrío Aarón Jamasen, para descifrar de una buena vez, las razones de su proceder y de sus acciones para con ella.

—¿No entras? —comentó con una ceja en alto, parándose frente a ella, sacándola de sus pensamientos.

—Eh... sí. —Respondió nerviosa dando un paso en su dirección y fingiendo una sonrisa — ¿Dónde dormiré yo? El viaje fue largo y me duele mucho la cabeza.

—Connmigo.

Clara dejó escapar una risita nerviosa y por un instante creyó que todo era una broma.

Una mala broma... pero broma al fin.

No lo era.

Siguió a Jamasen a lo largo de un pasillo que contaba con varias puertas cerradas. Llegaron a una y Aarón la abrió, permitiendo que ella entrase primero, era una habitación grande y blanca. Una bella cama matrimonial vestida en tonos grises se presentó ante ellos.

—Ponte cómoda —solicitó Aarón y de esa forma la dejó —te espero en la cocina para que cenemos algo. Es tarde y mañana tengo que trabajar.

La boca de Clara permanecía abierta de asombro, Jamasen no estaba jugando. Observó la silueta de su esposo de espaldas, mientras desaparecía de la recámara, era alto, violentamente guapo y con músculos como para hacer acrobacias con ella por el aire. El putito dolor de cabeza continuaba y se encontraba agotada, física y mentalmente.

Tomó asiento en la cama.

Era fría y suave al tacto. Una gran televisión sobre la pared frontal y una cómoda en tonos ahumados completaban las vistas. A los lados dos mesitas de luz, una con un simple teléfono inalámbrico y en la otra una crema de cuerpo femenina, «detalle que no pasó inadvertido por

Clara» y el que le provocó un primitivo sentido de propiedad.

«Estaba celosa»

Aarón era su marido ahora, y no le causó gracia alguna descubrir que él compartía lecho con sus amigas.

«Estúpido Jamasen»

Se puso de pie y caminó hasta una de las puertas que permanecía cerrada. Abrió en busca del baño, necesitaba orinar y tomar una ducha. Pero solo encontró un imponente vestidor, grande como su departamento entero. Con horror pudo ver algo que llamó su atención. Un resplandor, un pequeño brillo dorado que le pareció familiar.

Un pequeño y escotado vestido color oro. «Su pequeño y escotado vestido color oro» mejor dicho. Ese mismo que usaría para la gala anual de la industria de la moda, del cual ella sería oradora este año... «¿Qué hacía allí?»

No entendía nada, por lo que siguió escudriñando el lugar, para descubrir que con el descaro que lo caracterizaba, Aarón había mudado todas sus pertenencias desde la oficina de Clara, a su gran y frío departamento.

«*Debía leer el contrato en su totalidad ¿esto también sería parte de la letra pequeña que había omitido leer?*»

Resignada halló tras una gran pared de madera «la que se parecía a una persiana de venecianas» un gran vidrio, el que protegía la bañera y la ducha. «El depravado de Jamasen podía ver desde su cama a quien estuviera tomando un baño»

«*¡Degenerado él y quien se muestre bañando!*» Pensó un tanto horrorizada y algo excitada en contra de su voluntad.

Procuró cerrar bien las persianas de madera, intentando lograr la mayor privacidad posible y trancó la puerta con pasador. Se desnudó rápidamente y se metió en la regadera. El baño era enorme, hermoso, masculino, elegante y frío... muy frío «igual al dueño del lugar» Encontró un bote de shampoo, al abrirlo el aroma trajo a Jamasen hasta ella, olía igual a él, al olor que sintió Clara las pocas veces que lo tuvo cerca de ella. Se lavó el cabello a velocidad record y retiró el jabón de su cuerpo en fracción de segundos. No confiaba en Aarón y no podía relajarse en aquel lugar cuya privacidad era nula.

Minutos más tarde salió del baño, vistiendo únicamente un delicado conjunto de ropa interior en tonos beige y dorado. Su largo cabello rubio estaba sujeto por la toalla y el maquillaje corrido le daba un aspecto fantasmagórico. «Ni modo... nadie me va a ver» pensó Clara erróneamente al ver su estado en el espejo.

—¿Mapache sexy? —escuchó con horror detrás suyo.

Clara dio un salto y su sorpresa fue grande al descubrir a Jamasen sentado en una gran poltrona comiéndola con la mirada.

—¿Disculpa? —preguntó ofendida mientras intentaba taparse el cuerpo con la toalla que segundos atrás había estado anudada en su cabello —¿acaso no conoces la palabra privacidad?

—La conozco pequeña, pero no suelo ponerla en práctica. Recuerda que hace años que vivo solo y suelo ser bastante mañoso.

Clara podía sentir la mirada de él recorriendo su cuerpo. Y también sintió cómo se detuvo más de la cuenta en sus caderas. Sus ojos de color turquesa se tornaron oscuros y su corazón comenzó a latir con fuerza. Un calor húmedo inundó su entrepierna y en contra de su voluntad, los pezones se le pusieron duros, detalle que no pasó inadvertido para Aarón Jamasen.

—No me siento cómoda estando desnuda frente a ti —soltó con coraje —después de todo,

tendrías que ser un poco más caballero y darme algo de privacidad.

—Dejame decirte que soy tu esposo y te he visto con menos ropa que la que llevas en este momento —completó Jamasen mientras observaba con sorna la persiana «ahora abierta» que permitía la visión de la ducha que ocupó Clara minutos atrás —pero si esa es tu decisión... — Aarón se puso de pie y lentamente comenzó a caminar en su dirección. La boca de Clara permanecía abierta de asombro «¿la había visto desnuda?»

Dio un paso atrás, intentando mantener una distancia prudencial del hombre que venía en su dirección.

No lo logró.

Aarón en dos pasos llegó hasta ella y con ímpetu la tomó por la cintura.

La toalla de Clara cayó al suelo y el poco odio que sentía por Jamasen se fue al demonio. Aarón tomó su rostro con las manos y clavó su aguamarina mirada en ella.

Su respiración era pesada y entrecortada, quería decir mucho, pero no podía... no debía. Una mano comenzó a bajar lentamente por su curvilínea espalda, sintiendo a su paso la curva de su columna vertebral y recorrió con deleite la circunferencia de su pequeño y redondo trasero. Sus nalgas eran respingonas, lisas y suaves como seda. Las pupilas de Aarón se dilataron y girando a Clara hasta dejarla de espaldas a él, la atrajo contra su pecho y descansó su enorme paquete en medio de su trasero. La joven dejó escapar un sorprendido “oh” y Aarón gruñó en su oído...

—Vístete rápido si quieres llegar a la cena intacta... te espero en la cocina —no sin antes clavar un pequeño mordisco en el descubierto cuello de ella y besar suavemente la zona segundos después.

Clara quedó sola y encendida como un avión a propulsión a punto de despegar.

CAPÍTULO 13

Aarón dispuso en la barra de la cocina dos manteles individuales y un par de copas. Buscó una de las mejores botellas de vino de Alma Mía que tenía en casa y retiró el corcho permitiendo que este respirase antes de ser degustado por ambos. Su mal humor se había ido en parte y no tenía animo de pelea «al menos no esa noche» se encontraba cansado y solo deseaba cenar e ir a dormir. En la heladera encontró un par de huevos, queso Philadelphia y algo de aguacate. Unas tostadas tendrían que servir para su cometido. Cortó unas rodajas de pan de campo y lo colocó en el horno. Pudo sentir su presencia antes de verla.

Giró y la vio.

Hermosa, fresca e inocente.

Un nudo de remordimiento se formó en su pecho y la duda lo asaltó. «¿*Qué cuernos estoy haciendo con ella?*»

—Tomé una de tus camisetas... lo siento, pero no tenía que ponerme.

Aarón la observó con ternura... se encontraba usando una de sus sudaderas y podía ver también que la descarada había tomado uno de sus bóxers.

—No te preocupes, te ves encantadora en ella —sentenció y pudo ver un pequeño rubor formarse en las mejillas de Clara —. ¿Vino? —ofreció y ella caminó hasta él.

—Gracias —susurró mientras tomaba la copa entre sus pequeñas manos y daba un largo trago a la rojiza bebida. Clara cerró sus ojos miel mientras saboreaba el vino.

Aarón tuvo que respirar hondo y acomodar su entrepierna al ver tan inocente y sensual gesto.

Cenaron y mientras recordaban anécdotas del pasado las horas pasaron en la agradable compañía que se brindaban mutuamente. Charlaron, recordaron e indagaron en la vida del otro.

—¿Un temor? —preguntó Clara con una sonrisa relajada en el rostro.

Aarón la observó por un momento. Observó esa boca que lo tenía loco y su largo cuello. Finalmente respondió...

—A la soledad. Siempre sentí miedo a encontrarme solo en este mundo. ¿Y tú? —contraatacó —¿a qué le tiene miedo Clarita Saavedra?... además de los ascensores claro está.

Clara sonrió ante la pregunta de Jamasen, pero su sonrisa no se reflejó en sus ojos.

—A la oscuridad —respondió sinceramente —odio la oscuridad. Siempre necesito una luz para poder dormir.

—Creo que estás un poco grandecita para temerle a la oscuridad... ¿no crees? —respondió Aarón con una sonrisa de lado, mientras daba un pequeño sorbo a su bebida. Esa mujer lo cautivaba... no podía creer que Clara no notara lo loco que se encontraba por ella desde siempre.

—Lo sé —admitió —pero no puedo evitarlo —comenzó desde el día que me perdí en el campo... yo tenía unos ocho años y fue luego que viera a... —Clara se interrumpió de golpe y abrió grande los ojos en dirección a donde se encontraba Aarón.

—¿Luego de que vieras a quién? —interrogó tras ver la incomodidad en ella. Pero Clara se puso de pie casi al instante y fingió un bostezo.

—Estoy agotada —comentó —hasta mañana —y así lo dejó. Solo, con un mar de preguntas por responder y ninguna respuesta.

Se marchó a paso acelerado a la que sería su habitación esa noche. No dudó cuando trancó la puerta, impidiendo de esa forma que Aarón entrase sin permiso y la sorprendiese. Las

lágrimas comenzaban a arremolinarse en sus ojos y no podía evitar sentir la angustia de esa noche... de esa tétrica noche, en la que su inocencia de niña se vio interrumpida por un atroz acto. Uno del que fue testigo pero que jamás se animó a revelar a nadie. Uno tan dañino y doloroso que solo sanaría el día que se hiciera justicia. Aunque no estaba segura de que lo deseara totalmente. Después de todo... *la sangre era la sangre.*

Las semanas fueron pasando y la rivalidad entre Clara y Aarón continuó hombro a hombro. Compartían pocos momentos juntos salvo en su “hogar” «si es que podía llamarse de esa forma»

Jamasen pasaba muchas horas en el matadero y otras tantas en las bodegas. Pocas veces podía verlo durante el día y eso la oxigenaba. Clara se encontraba al borde de su paciencia. El último tiempo había sido un cumulo de malos negocios y extraños acuerdos que el “socio mayoritario” encontró conveniente para Clarita Saavedra Inc.

¡Error!

La empresa daría quiebra si la situación no cambiaba y ¡pronto! No necesitaba ser adivina para saber que, Aarón contrajo deudas y compromisos que no lograría cumplir.

Clara frotó su cansado rostro y bebió un trago de café. Necesitaba su imperio nuevamente. Necesitaba el control. Sospechaba que Aarón tenía planes ocultos con su amada empresa y no lo permitiría. Solo tenía que encontrarlo con su amante y ¡voilà! Su matrimonio quedaría cancelado y su negocio volvería a ella.

Pero en los últimos tiempos no había indicios que acreditaran una infidelidad... se lo había visto a Jamasen con su “amiga” Yuya cenando en algún público, pero nada que los vinculara fuera de una amistad.

—Mierda —gruñó Clara con las inofensivas fotos que le presentó por mail el investigador privado que contrató —tiene que haber algo.

—Nada señora... conversaron, bebieron unos tragos y se marcharon sin más.

—¿Colocaste los micrófonos?

—Todos. Y la respuesta es nada.

—Gracias Paul. —Clara colgó.

No se resignaría.

Pedro entró segundos después con dos muestrarios de telas en mano. Al encontrarla sumida en sus pensamientos, tomó asiento en silencio aguardando que su amiga notara su presencia.

No sucedió.

Clara seguía pensando una forma de escape, porque se negaba a seguir casada con un hombre que no amaba, con el que se llevaba espantosamente mal, con quien intentaba llevar a la ruina su negocio y con el que ni siquiera tenía sexo.

«Sexo» pensó.

—¡Sí sexo! —gritó mientras se ponía de pie y asustaba a su amigo con su verborragia.

—¿Sexo amiga?

—¡Sí Pedrito! Sexo, sexo, sexo —gritaba mientras daba palmas y pequeños saltitos de alegría.

El Topo quien había asomado la cabeza por la puerta no entendía mucho...

—¿Cuándo te volviste heterosexual Pedro? —el ingeniero se recostó en el marco de la puerta y cruzó sus brazos aguardando una respuesta.

Clara corrió hasta él y lo estrecho en un fuerte abrazo.

—Es que Clari tuvo una epifanía —respondió Pedro marcando su cantado tono de voz.

—¿Una epi... qué?

—¡Mijo, qué bruto es! una epifanía... manifestación repentina de una verdad —definió el modisto moviendo con gracia sus manos.

—¿Y eso vendría siendo el sexo?

—¡Sí! —chilló Clara.

—Me gusta tu epítesis amiga.

—¡Epifanía! —gritaron Pedro y Clara antes de ponerse a reír.

Una semana después...

Aarón Jamasen se encontraba en su oficina dentro del Frigorífico que poseía junto a su familia cuando su secretaria llamó a la puerta.

—Adelante —soltó el hombre de mala manera.

Llevaba días durmiendo mal. Hacía prácticamente dos meses que dormía en el sillón de su sala, por causa de tener una esposa de mentira ocupando su dormitorio. El plan venía saliendo bien... algo lento, pero bien. El estúpido sueño de unicornios y flores de su esposa vería el fin muy pronto. Clara aún no lo sabía, pero dentro de cuatro días unos empresarios japoneses, interesados en la línea de vestimenta casual que manejaba la empresa, llegarían hasta la ciudad para hacerse con la parte que Aarón había comprado, más lo que le tocaba por compartir bienes gananciales con su esposa.

Sería duro dejar ir al hada de cabellos rubios y labios rojos pasión. Después de todo, su venganza se antepone a sus sentimientos. Lastimar a Clara era algo que no deseaba hacer, pero que debía hacer. «Un daño colateral» Su deber como hombre y más aún como sobrino, se lo exigía.

—Señor Jamasen, se encuentra un comisario del juzgado con un documento para usted —informó su secretaria antes de abandonar el lugar.

«¿Comisario?» Jamasen se puso de pie y abrochó los tres botones de su saco antes de salir de su oficina. Efectivamente, fuera de ella un hombre de su misma edad aguardaba con un sobre en mano.

—Soy Jamasen, ¿en qué lo puedo ayudar? —saludó el empresario amo y dueño del mundo como siempre.

—Señor Jamasen, esto es para usted —informó el hombre —firme aquí por favor —solicitó.

—¿Estoy en problemas? —bromeó Aarón mientras estampaba su rúbrica en el documento, pero no obtuvo respuesta. Tan solo una pequeña inclinación de cabeza a modo de saludo.

Aarón regresó a su oficina y cerró la puerta tras él. Tomó asiento en el amplio sofá que se encontraba a un lado de su escritorio y leyó el documento.

En el escrito se podía leer:

Citación contra el señor Aarón D. Jamasen/Carpeta N°210815

“Anulación matrimonial Jamasen-Saavedra”

No podía creer lo que sus ojos estaban leyendo en ese momento. ¿Clara pensaba anular su matrimonio? Dejó escapar una pequeña risa ante el descaro de la arpía de su mujer. Gracias a Dios «y como Ricardo bien lo había asesorado» no cometió ningún “acto ilegal” por así decirlo. En resumen... ¡no se había acostado con ninguna mujer!

Creía que en esos casi dos meses que llevaba casado con Clara, había superado el número de pajas que se había infringido en la adolescencia, cuando pasaba horas en su habitación mirando revistas de Playboy y fotografías de su desgarrada y desagradable vecina.

«Estúpida» pensó mientras tomaba su teléfono móvil y llamaba a su abogado.

—La citación es para mañana, pero no te preocupes que no encontraran nada en tu contra. El impresentable del detective privado que contrató tu mujercita, no pudo hallar otra cosa que una amistad entre tú y la loba de Yuya. Así que mi amigo... ¡Relax!

—Yo estoy tranquilo hermano, pero me gusta que Clarita saque sus uñas en defensa de lo que quiere. Demuestra que no es solamente una cachorra amante de los duendes

Ambos rieron tranquilamente e hicieron un brindis imaginario.

Aarón Jamasen entró con paso enérgico a la sala del juzgado donde fue citado. Pulcramente vestido, afeitado y con perfume... se presentó a dar la cara ante lo que a su entender tenía ganado.

A los pocos segundos la vio. Se encontraba sentada en un largo banco de madera junto a un joven y elegante hombre de traje. Ambos lo observaron y el caballero sonrió de lado al verlo. Cuchicheó algo en su dirección y continuaron hablando como si él fuera invisible. Clara usaba un sencillo vestido negro por la rodilla con mangas hasta el codo, y unos zapatos stiletos a juego.

«Parece una viuda» fue el pensamiento de Jamasen a medida que caminaba hasta ella «*una caprichosa y sexy viuda*»

—Buenas tardes —saludó ni bien quedó frente a ellos.

Clara elevó su mirada hasta la de su futuro ex esposo y con lo que pareció una sonrisa de lado, saludó.

—Hola Aarón. El señor es el doctor Javier Saco... mi ex novio... y abogado —remató.

«¿Ex novio?»

«¡Ex novio y abogado!»

—¡Jamasen! —gritó una mujer morena al final del pasillo.

—Mi turno —comentó con soberbia Aarón, fulminando con la mirada al elegante abogado que acompañaba a su mujer. Había optado por venir solo. Creyó innecesaria la presencia de Ricardo en el juzgado, aunque viendo al buitro que acompañaba a Clara, ya no se encontraba tan seguro de su decisión.

La jueza que se encontraba en el estrado lo fulminó con la mirada ni bien entró.

—Llega tarde señor Jamasen.

—Solo cinco minutos señoría —respondió con galantería mientras regalaba a las presentes una de sus sonrisas patentadas.

«No funcionó»

—¿Sabe cuántas personas son asesinadas en el mundo cada cinco minutos señor?

Aarón dio por perdida la batalla, antes de iniciarla. Esa jueza no sería un huesito tierno.

—Señor Aarón Jamasen, ante la ley que nos representa, ¿jura decir la verdad y solamente la verdad?

—Lo juro —respondió.

—Tome asiento señor.

—Antes que nada, quiero dejar bien en claro, que todo esto es un gran mal entendido —se atajó —yo jamás le he sido infiel a mi esposa.

—¿Infiel? —la jueza parecía sorprendida. La elegante mujer ajustó sus pequeños anteojos, los cuales mantenía en la punta de la nariz y fijó su mirada en los ojos del acusado —no se encuentra en este lugar por esa causa estimado... al menos no en el día de hoy —Aarón no sabía si estar aliviado o aterrado.

—¿Usted conoce la terminología de “matrimonio consensuado” señor Jamasen?

—Sí, su señoría.

—Perfecto, entonces no será sorpresa para usted, que le lea el Código Civil, exactamente la parte donde se define la nulidad de un matrimonio en el que se ha obligado a una de las partes a contraer un lazo no deseado.

Aarón palideció de golpe. La arpía lo había hecho.

—Yo... yo —intentó armar una frase coherente pero no lo consiguió.

—Y si a eso le sumamos que el matrimonio no fue consumado por no indicar usted sus inclinaciones sexuales antes de la boda, no hay mucho más para decir.

La boca de Aarón cayó de golpe, al punto de causarle dolor en la mandíbula...

«¿No consumir el acto sexual? ¿Inclinaciones?»

La mataría.

—Disculpe su señoría... —estaba conteniendo su furia, apoyó sus grandes manos en la fría madera y consultó —¿cómo está tan segura usted, que nuestro matrimonio no fue consumado?

—Simple señor... el informe del médico forense indica que la señora Saavedra continúa siendo virgen.

Aarón se atraganto de golpe y necesitó beber todo el vaso con agua que le tendió un secretario para volver en sí.

«¿Clara era virgen?... su Clarita virgen». «Oh mi bella arpía... lo has hecho esta vez, pero juro resarcir ese detalle ni bien salgamos de este circo» Se prometió a sí mismo.

—Por el poder que me confiere la ley, declaro la nulidad de esta unión —el sonido del martillo contra el estrado astilló el cerebro de Aarón, quien aflojo el perfecto nudo de su corbata para respirar con normalidad.

Se puso de pie lentamente y firmó la documentación que le entregaron al instante. No podía creer lo que sus ojos veían... su matrimonio había sido anulado. ¡Anulado! Inclino la cabeza a modo de saludo y con paso enérgico salió de ese maldito lugar. Escudriñó el sitio donde minutos atrás se encontraba su rebelde esposa, pero no tuvo suerte... Clara ya se había marchado. «La maldita zorra se había ido... ¡cobarde!» pensó.

Tomó su teléfono móvil, lo encendió y marcó al número que tenía grabado a fuego en su mente desde hacía años. Una masculina voz respondió en lugar de la dulce melodía de Clara.

—¿¿Quién demonios habla?! —gruñó Aarón por lo bajo.

—¿Con quién desea hablar caballero? —respondió con soltura el interlocutor.

—Soy el esposo de Clara pedazo de estúpido.

—Ahora entiendo por qué Clari se refería a usted con tanto odio —y se hizo silencio al otro lado de la línea.

—Diga —respondió la descarada y danzarina voz segundos después.

—¡Escúchame bien Clara Saavedra...! —La voz de Aarón temblaba a causa de la ira que sentía —Cuando diga tres, me dirás ¿dónde Diablos te encuentras? O te juro que...

—Escuchame tú, Jamasen, —respondió altanera ella —en primer lugar... ¡no te diré dónde me encuentro!, dos ya me mudé de tu estúpido y frío departamento y tres...

—Tres: te haré el amor ni bien logre encontrarte —respondió Aarón con la voz ronca, silenciando a una sorprendida Clara. *Y fue sincero en su amenaza...* no deseaba un arrebató sexual y casual ¡no! Deseaba saborear lentamente ese cuerpo, recorrer cada centímetro de piel y permanecer sumergido en ella por siempre —No sé si será hoy... mañana o el mes próximo, pero sucederá.

—En este momento no será posible Aarón, ya que estoy celebrando con mi “abogado” —y

carraspeó con doble sentido —nuestro triunfo.

La llamada fue interrumpida de golpe por la joven y Aarón sintió impotencia. Las cosas no deberían haber salido de esa forma... la idea siempre fue la venganza, y de esta forma el enemigo ganaba. Necesitaba a Domingo... sus emociones lo estaban desbordando de a poco y necesitaba hablar con su psicólogo /barra/ amigo. La maldita contractura se formó en su cuello y la furia lo tenía en jaque. Su teléfono móvil sonó, indicando la llegada de un mensaje de texto. Lo ignoró. En ese momento no estaba para nadie... salvo para Clara Saavedra, con quien limaría de una buena vez sus asperezas.

Condujo hasta su departamento. Hasta el moderno edificio, en el que, en la parte más alta de la torre aguardaba su dulce y no tan inocente doncella. Bajó enardecido y subió directamente hasta el piso número quince. No era ninguna novedad contar con la llave de la entrada principal, en un descuido de Clara había hecho un juego complementario para ocasiones como esta. Ingresó al delicado mono ambiente y en un rápido pantallazo pudo ver que la zorra probablemente le había dicho la verdad, y se encontraba en los brazos de la cucaracha de su abogado.

No le importó.

Al menos no demasiado... aguardaría.

Caminó hasta la cocina y dispuso de un café en la pequeña cafetera de color rojo pasión... «Como sus labios» pensó y debió reacomodar la entrepierna de su pantalón. A un lado de esta se encontraba Ramón «el cactus» y como era costumbre en él, pinchó de refilón una de las manos de Aarón... «Maldito Ramón» pensó, antes de continuar recorriendo lentamente el lugar, ojeando y descubriendo pequeños e insignificantes detalles que decían mucho de la persona que habitaba aquel lugar. Su mesa de trabajo mostraba una personalidad joven, creativa y pura. Luces led, muñecas de trapo «hechas por ella seguramente» y un cuadro con un gran unicornio eran parte de la decoración. En la mesa también divisó un gran molde en el cual se veía el diseño de un elegante vestido de fiesta en tonos rojizos. También anotaciones varias y en una de los extremos un pequeño corazón con sus iniciales... como cuando eran niños, como en primer grado, cuando luego de una riña importante, Aarón grabó a modo de disculpas, con la punta de su compás ese mismo símbolo en la madera de la mesa que ocupaba Clara en el colegio. Recordó con nostalgia cuando se lo mostró y la entonces niña de cabello rubio y pecas se horrorizó y se puso a llorar. Obtuvo una semana de suspensión por su pequeña declaración de amor. Su hermana Isis se burló de él hasta el cansancio, igual que el resto de sus compañeros de clase. Salvo su madre, María, quien encontró el gesto puro y romántico. No había nada más dulce e inocente que el amor de los niños... ya que ella misma lo había descubierto, cuando con su amado esposo, jugaban a las escondidas en los campos donde su familia trabajaba como sirvientes y peones.

Continuó recorriendo el recinto mientras acababa su café. Dejó la pequeña taza sobre la encimera, justo a un lado de las llaves de su coche.

Era entrada la noche cuando Clara regresó a casa tras pasar el día junto a Mela y Majo. La joven había decidido refugiarse en sus amigas el día de hoy, mientras juntaba fuerzas para enfrentar la realidad. Sabía que la ira de Aarón Jamasen caería sobre ella ni bien la encontrase, pero estaba tranquila... no había hecho otra cosa que jugar... jugar sucio «como él» y como bien dicen *“en la guerra y el amor todo vale”* y en esta guerra, en la cual había sido cruelmente chantajeada por Aarón, solo habría un premio y tan solo un ganador. «Yo» pensó hinchada de orgullo y optimismo mientras se sacaba una selfie dentro del ascensor. Su premio, su amada

empresa había vuelto a sus manos «esperaba que a tiempo» para evitar que el maldito de Jamasen la fundiera, cosa que era probable tras la paupérrima gestión que llevaba a cabo.

Había hablado con su madre en dos oportunidades y otra con su padre, quien «como ya era costumbre en cada conversación» se mostraba en contra del “matrimonio” que unía a su dulce niña con el hijo de aquella familia. Clara omitió comentar el detalle sobre la anulación «al menos por ahora» hasta que pudiera admitir honestamente que todo fue una cruel patraña. No estaba segura si sincerarse sería una buena opción, pero así era ella... honesta y transparente, muchas veces demasiado, para su gusto.

Aún permanecía con el atuendo con el que había ido al juzgado en la mañana y solo deseaba poder tomar una relajante ducha en la tina y dormir... al menos dos días. Sentía la tensión que había vivido los últimos meses sobre su cuerpo y el agotamiento la tenía al límite. Antes de bajar del ascensor colocó la reciente foto que había tomado como perfil en WhatsApp y cambió su estado de “Soy feliz” por el de “*quien ríe último, ríe mejor*” y ni bien salió de este, se quitó los zapatos.

Ingresó a su mono ambiente. Dejó las llaves en el gancho que se encontraba a un lado de la puerta, tiró su bolso sobre la mesa de cristal y en un ágil y rápido movimiento, retiró su vestido por sobre su cabeza, quedando únicamente de braguita y sujetador. Lentamente caminó hasta la cocina, saludó a Ramón y tomó una botella de vino. La descorchó, aspiró su aroma y luego cogió una copa de cristal antes de dirigirse al baño. Una vez allí, colocó el tapón de goma dentro de la tina y vertió en ella una generosa cantidad de gel de ducha y sales de baño, abrió el grifo y el sonido del agua caliente llenando la bañera comenzó a relajarla. Tomó asiento en la mullida alfombra que había dentro del baño y sirvió una copiosa cantidad de vino dentro de la copa. Bebió un largo trago y cerró los ojos mientras el líquido traspasaba su garganta.

«Es delicioso y es lo que necesito en este momento» fueron los pensamientos de Clara.

Descansó su cuerpo en la pared, mientras aguardaba que el agua llegara al nivel deseado, pero un movimiento captó su atención y la sobresaltó.

«No estaba sola»

Se puso de pie rápidamente y salió. Su departamento era minúsculo por lo que en una fracción de segundos pudo ver algo que había pasado por alto un segundo atrás.

Unas llaves.

Las llaves del auto de Aarón reposaban sobre la mesa junto a un pequeño jarro de café. Comenzó a recular y a un lado del amplió ventanal que daba a su pequeño living lo pudo ver.

Mantén sus manos dentro de los bolsillos de su pantalón y la miraba fijamente, listo para atacar a la desprevenida presa en cualquier momento.

Usaba solamente una finísima camisa de vestir blanca, con las mangas levemente arremangadas y un pantalón gris oscuro. Y Clarita pudo ver la nuez de Adán del hombre hundirse al tragar, ni bien la vio. Se lo veía contrariado y cansado... Clara comenzó a preocuparse. Sabía que lo volvería a ver en algún momento, pero no pensó que ese momento llegaría tan rápido, y tampoco pensó que sería bajo esas circunstancias. Se encontraba violando propiedad privada, porque sabía mejor que nadie, que jamás de los jamases había compartido las llaves de su hogar con él, y encontrarse semi desnuda tan solo potenciaba su nerviosismo aún más.

Sin mediar palabra Aarón comenzó a caminar en su dirección. El decir “caminar” es un tanto poético, ya que en dos pasos se encontraba junto a ella, y en otros dos la tenía sobre la cama debajo de su peso.

—Aa-a-ron yo —intentó decir Clara mientras tartamudeaba de los nervios, pero fue

interrumpida con un seductor “Shh” y una traviesa lengua comenzó a recorrer su clavícula, hasta situarse en el lóbulo de su oreja —¿qué demonios haces aquí? —chilló Clara apartando el rostro en dirección opuesta.

—Vine a resarcir tu pedido, mi amor —respondió algo dolido —ya no podrás pedir nunca más la anulación por faltar a mis deberes como hombre.

—Aarón no —rogó ella, pero no fue escuchada.

Jamasen se encontraba furioso, se había contenido durante todo ese tiempo, había logrado pasar por alto al pedido que le hacía su propio cuerpo cada vez que tenía a Clara frente a él, había batido el record en pajas que se había infringido... ¿para qué? ¿para esto? Para terminar sucumbiendo a una cara bonita, la que lo había hechizado probablemente para siempre. Sentado sobre las piernas de Clara se enderezó y ágilmente comenzó a desprender los botones de su camisa, en medio de la lucha que estaba librando la mujer debajo de él. Una vez en cueros, lentamente se inclinó al frente y sostuvo el rostro de ella entre sus manos... quería que lo mirara, quería ver en su interior si su deseo era correspondido por ella. Para su deleite, la pequeña hada dejó de luchar por un momento y fijó su mirada en los cautivantes ojos turquesa de él. El aire se espesó repentinamente y el pecho de ella subía y bajaba con velocidad, causa de la reciente pelea que había mantenido intentando liberarse de su agarre. Aarón la observó con devoción y lentamente y posiblemente por primera vez, posó sus labios sobre los de ella, con pleno conocimiento de cada uno de sus movimientos.

Estaba perdido.

Finalmente había caído en la telaraña de Clara, pese a su voluntad, ya no podía evitar sentir todo lo que provocaba esa mujer en él. Quería que fuera suya... la quería para él solo... ¡y para siempre!

Introdujo su lengua en la boca de Clara y reconoció el sabor de Alma Mía en ese beso...

Lentamente introdujo una de sus manos entre la espalda de la joven y el colchón y desprendió su sujetador. Pudo sentir el cuerpo de Clara contraerse y por un instante dudó de la veracidad de la declaración que brindó la joven a la jueza.

Sus pechos quedaron desnudos y los rosados pezones se endurecieron ante la lujuriosa mirada de Aarón, quien llevó uno dentro de su boca y con la lengua, lentamente jugó con él, y rodeando la areola con sus labios, saboreó con devoción cada uno de ellos. Sus senos no eran ni muy grandes ni muy pequeños... «Perfectos» fue el pensamiento de Jamasen, quien los consideró de tamaño ideal para que se adaptaran a la perfección a sus manos. Sosteniendo ambos senos con sus manos, comenzó a bajar su rostro por el abdomen de la joven. Clara se retorció debajo de él y eso le produjo gran gozo. Sin apremio comenzó a delinear con su atrevida lengua la circunferencia del ombligo y llegó adonde tanto había anhelado los últimos tiempos. Una pequeña tanga de encaje negro cubría la desnudez de la joven diseñadora y a través del fino encaje se podía ver un perfecto rectángulo de vello depilado.

Aarón se puso de pie y bajo la atenta mirada de ella desprendió su cinturón. Clara se apoyó en sus codos y no perdió detalle de cada movimiento realizado por Jamasen frente a ella.

El pantalón fue a parar a la esquina y segundos después sus bóxers. La mandíbula de Clara cayó al ver la enorme longitud de Aarón... y fue rotunda al pensar que “eso” jamás cabría dentro de ella. Aarón, amo y señor de todo a su paso, comenzó a mover la rosada piel que rodeaba a su miembro arriba y abajo, provocando que este creciera aún más en grosor y longitud. Clara impresionada, comenzó a retroceder por la cama, intentando mantener una distancia prudencial entre su inmaculado cuerpo y el paquete infernal de Jamasen.

No lo logró.

Aarón la tomó por ambos tobillos a la vez y la atrajo hasta él. Se arrodilló en la cama y lentamente se hizo camino entre medio de las reticentes piernas de ella. Clara intentó por todos los medios mantener unidas sus extremidades, evitando así, sentir el contacto del miembro de Aarón contra su piel... pero falló. La cadera del hombre se posó en medio de ellas y en un arrebató de descaro, Aarón tomó la mano de Clara para que acariciara su enorme y duro pene. Clara tenía sentimientos encontrados, nervios versus excitación, imitó el movimiento que Jamasen indicó y en un arrebató de sensualidad hasta deslizó su pulgar por una gota de líquido pre seminal que escapó de la hinchada cabeza del miembro del hombre. Aarón cerró sus ojos por un momento, mientras mordía fuertemente su labio inferior, intentaba contener a la fiera por el mayor tiempo posible, aunque duró poco. Cuando abrió los ojos su mirada se había oscurecido y sus facciones se habían endurecido. Tomó entre sus manos la delgada tela de la tanguita de Clara y literalmente la desgarró, luego cayó sobre ella apoyado sobre sus codos y comió los labios de Clara con los suyos, ya no podía más. Tenía que ser suya... tenía que tomar a Clara Saavedra de una vez por todas.

—Aarón yo nunca... —intentó manifestar Clara cuando Aarón comenzó a hacerse camino en su cavidad.

Posó la punta de su miembro sobre la vagina de Clara y sin mucha delicadeza introdujo parte del mismo. Se detuvo de golpe al sentir la zona tan estrecha y el sollozo de ella lo desconcertó. Clara se encontraba húmeda pero tensa... lo deseaba, deseaba a ese hombre como a nadie en su vida, pero el desagradable dolor que sintió en ese momento la trajeron a la realidad nuevamente y pudo ver desde afuera lo que estaba haciendo y con quién.

—¡No! —gritó.

Pero fue ignorada. Aarón mantenía la cabeza de su pene dentro, y con la maestría que lo caracterizaba con las mujeres, comenzó a jugar con su clítoris, intentando relajar la zona y prepararla para recibirlo sin inconvenientes. Clara dejó caer su cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

No podía creer las malditas sensaciones que se podían sentir durante el sexo y menos que las pudiera provocar alguien a quien odiaba... *o alguien a quien creía odiar.*

Ni bien Aarón sintió los músculos de Clara aflojarse en su interior, arremetió con furia hasta el fondo. Ya no podía contener su calenturienta lujuria por más tiempo, y fue en ese momento en que con horror sintió su virginidad romperse ante él.

Cerró sus ojos con furia tras el llantito que liberó Clara.

—Perdón —susurró besando dulcemente la frente de la joven y bebiendo sus lágrimas con angustia.

Clara no respondió, tan solo negó con la cabeza y respiró hondo. El dolor inicial había menguado y un manojó de sensaciones se abría paso en su interior. Los sentimientos la desbordaban y lo que nunca creyó posible estaba sucediendo... *se estaba enamorando de su enemigo.*

—Ya... no duele más —respondió para su alivio y Aarón comenzó a moverse lentamente dentro y fuera de su cuerpo.

«Es mía se dijo... toda mía, para siempre»

Clara rodeó el trasero de Aarón con sus largas piernas y esa fue la campana que anunciaba un nuevo round en el ring.

Aarón comenzó una danza sobre ella, presentando, demostrando con lujos de detalles, los

placeres que se ocultan en el buen sexo, del cual él se consideraba gran conocedor.

Sintió una vez más los músculos de ella ceñirse alrededor de su miembro, esta vez para indicar el inminente primer orgasmo que Clara estaba por obsequiarle. Jamás intensificó sus movimientos, sujetó a Clara por el trasero, mientras engullía uno de sus senos dentro de su boca, sentía su propio orgasmo a punto caramelo, pero fue hasta que Clara explotó de placer, que Aarón se dejó ir, llenando con su semen todo a su paso.

Al fin había sucedido.

Al fin comulgaron como lo que fueron... *marido y mujer*. Con un comienzo atípico... con chantajes, engaños y venganzas, al fin eran uno y nada volvería a ser como antes.

Nada.

Unidos piel con piel la noche los encontró.

CAPÍTULO 14

Entre sueños pudo escuchar el sonido de su celular.

El insistente pitido que lo despertó, indicaba un mail en su casilla de correo. Decidió leerlo más tarde, aunque generalmente eran temas referentes a la empresa y siempre necesitaban respuesta de forma inmediata, en esta ocasión se tomaría la “licencia” de dejar a un lado el trabajo por el placer.

Lentamente abrió sus ojos y el más hermoso paisaje antes visto por él, se encontraba durmiendo plácidamente sobre su pecho. Un despeinado mechón de cabello rubio cubría su rostro y sus labios permanecían levemente abiertos. Sus aterciopelados pechos se encontraban presionados por el suyo y una delicada mano descansaba sobre su corazón «es tuyo mi amor» pensó Aarón y se prometió a sí mismo, comprar una nueva sortija para engalanar esa fina y delicada mano. Una que significara algo en verdad, aunque por un instante se sinceró consigo mismo y se dio cuenta, que le dolió la frialdad con la que Clara había reaccionado a la bellísima sortija que había comprado para ella. Comprendió su comportamiento, después de todo, era una boda de mentira... una patraña pensada por él para lastimar al sinvergüenza de su padre.

Sin poder contener sus instintos, y aprovechando la desnudez y la guardia baja de Clara, Aarón comenzó a reptar por debajo de las sábanas hasta situarse ahí... justo donde deseó estar los últimos meses. Su sexo olía a sales de baño y a él. Eso le recordó su último encuentro, donde hicieron el amor y bebieron vino dentro de la bañera «eso lo hinchó de orgullo» Para su sorpresa habían sido tres sorprendentes rounds los que mantuvieron a la noche, y pese a la inexperiencia de la diseñadora, el resultado había sido verdaderamente bueno. Amó ser el primero que descubriera y saboreara los confines inmaculados de su cuerpo. Sin causar mucho revuelo, elevó delicadamente una de sus piernas por su hombro y repitió lo mismo con la otra, colocó su rostro sobre sus labios y lentamente se hizo camino con su lengua entre ellos. Su incipiente barba era ideal para intensificar las sensaciones que quería despertar en ella, y lo logró. Clara abrió los ojos de golpe ante la deliciosa conmoción que estaba sintiendo, e instintivamente y con mucho pudor intentó cerrar sus piernas. No se lo permitieron, la cabeza de Aarón se encontraba en medio impidiéndole hacerlo, y en un arrebato de erotismo descubrió a ambos de la fina sabana que los tapaba. El gran espejo que se hallaba a un lado de la cama, sobre el tocador de la joven, fue mudo testigo de la erótica sincronía de esos cuerpos.

Clara mortificada por el manotaje de sensaciones que estaba sintiendo, cerraba fuertemente sus ojos y se aferraba a la almohada mientras gemía y se retorció debajo del cincelado cuerpo del hombre. Aarón elevó su rostro y la observó.

—Abre los ojos Clara. Quiero que grabes esta imagen en tu mente por siempre.

Y el traidor cuerpo de Clarita obedeció.

Sus ojos se abrieron y se incorporó sobre sus codos. Su mirada chocó con los turquesas ojos del hombre que la tenía loca por completo y tras una lobuna sonrisa de lado, Aarón volvió a hundir el rostro en su sexo.

Jamasen jugó con su clítoris, rodeándolo lentamente con su lengua una y otra vez... y sujetando fuertemente sus piernas alrededor de su cabeza, instó a la dulce hada a que cabalgara sobre él, llenando de gemidos y placer, el pequeño departamento de Clara.

Luego de tomar el desayuno que Aarón preparó románticamente y dispuso en la cama, hicieron el amor nuevamente, y mientras Clara se duchaba Aarón se dirigió hasta una de sus

empresas. Tenía incontables llamadas perdidas desde el frigorífico por parte de su amigo y abogado. En un semáforo en rojo tomó su teléfono móvil y leyó uno de los correos que tenía pendiente por abrir.

De: Dr. Ricardo Romero.

Para: Aarón D. Jamasen.

¡Enciende tu puto móvil Jamasen! ¡Intenté llamarte desde ayer a la tarde hermano! ¿Dónde te has metido? los japoneses se adelantaron y como se encontraban impacientes por concluir el trato, les entregué para leer la documentación que teníamos preparada y ya concretaron la compra/venta. ¡Felicidades amigo! Has hecho el peor negocio de tu vida.

Aarón volvió a colocar su móvil dentro del bolsillo de su saco y frotó su cara con cansancio. Estaba hecho.

Todo había terminado.

«¿Justo ahora?» pensó... «¿por qué ahora?»

Se dirigió por la ruta hasta la salida que daba a las instalaciones de la gran planta frigorífica con una sensación de victoria y derrota a la vez. Había logrado su cometido, su plan se había llevado a cabo finalmente, pero había perdido a Clara... *«Probablemente para siempre»* Clara ya no sería dueña de la empresa nunca más. Había perdido su marca y su capital. Y Aarón había perdido parte de su alma... la mujer que lo tenía loco, lo odiaría por siempre.

Subió la música celta que sonaba de fondo y respiró hondo intentando aclarar sus ideas. Ni bien entró en la empresa marchó hasta la oficina de su tío Gerald... necesitaba hablar. Hablar libremente y sin tapujos. Sabía que sería cuestionado y posiblemente reprendido por su proceder, pero tenía que desahogarse de toda la mierda que estaba ocurriendo a su alrededor.

—No entiendo que es lo que te mantiene tan compungido rubito —respondió el hombre con una frialdad que no era característica en él.

—¡Todo Gerald! En este momento me siento una mierda. Llevé a cabo un plan de lo más retorcido, usando un alma inocente para ello. No tengo perdón de Dios.

Gerald se inclinó en su sillón de cuero y apoyó una de sus manos en el amplio escritorio. Las oficinas del frigorífico se encontraban hechas un hormiguero de gente. Era hora pico y mientras unos salían a almorzar, otras cambiaban de turno. El negocio se encontraba en su auge y Aarón y Gerald movían los hilos como los buenos titiriteros que eran.

—No tendrías que haber hecho eso rubito... esa no era la forma de lastimar al hijo de puta de Saavedra. Dudo que se le pueda causar tanto dolor como se merece, o mejor dicho... como el que causó en nuestra familia.

—Y ahora... ¿qué hago tío?

—¿Me estás preguntando? Porque déjame decirte hijo mío, que no hay límites ni barreras para el amor... puede que te parezca muy poeta de mi parte, pero es la verdad y también es probable que Clarita te saque a patadas de su casa en cuanto te vea, es probable que te golpee y maldiga... pero no se da una batalla como perdida, hasta que se la lucha y se deja todo en el campo. ¿Quieres que te cuente una historia...?

Aarón asintió. Era un manojo de nervios y no podía permanecer quieto, pero la melodiosa voz de su tío lo calmó... «al menos por un momento, logró contener las ganas de tomar a Clara a la fuerza y huir en un avión directo a las Vegas, lejos de todo y todos y hacerla entender que estaba arrepentido»

—*Hace muchos años... mucho antes de que tú nacieras* —comenzó narrando el mulato — *conocí a la jovencita más hermosa del mundo. Bella como un atardecer en pleno verano y*

dulce como el néctar de la flor de la madreselva. Ella era una niña rica y yo un pequeño aprendiz de peón... nuestros padres trabajaban noche y día a cambio de casa y comida, y como único beneficio les permitían enviarnos a la escuela a tu mamá, a la tía Lupe y a mí... La misma a la que concurrían los hijos de los patronos. Ella, la joven de la que te estoy hablando también concurría a ese instituto, y su alma era distinta a la de los demás patroncitos. Su alma era caritativa y justa... jamás hizo diferencias entre nosotros y el resto de los niños. Para muchos éramos "los negros" los hijos de los sirvientes de los estancieros... para ella yo era Gerald. Todas las noches, luego que los adultos se acostaban, nos encontrábamos debajo de una gran higuera que se encontraba a un lado del pequeño arroyo que había en sus tierras, cuando niños a narrar historias de terror, luego a contarnos secretos y ya de más grandes a descubrir lo que uno sentía por el otro. Al cumplir quince años ya estábamos locamente enamorados, y decidí hablar con su padre —Aarón permanecía expectante y atento al relato.

—¿Y entonces? —preguntó.

—Y entonces una tarde junté coraje y llegué hasta su casa. Su padre se encontraba dentro de las caballerizas... y hasta allí me dirigí y entonces lo encaré... le dije que con su hija nos amábamos y que en cuanto cumpliéramos dieciocho, nos casaríamos. No haré muy larga la historia Aarón, ya que lo mío no son los finales tristes... y resumiendo, ligué una golpiza como nunca en la vida y una advertencia de que o dejaba a su hija o me mandaría a matar. Esa noche, luego de la cena nos encontramos debajo de nuestro árbol y la dejé ir... ella me propuso huir juntos, lloraba y estaba dispuesta a abandonar todo con tal de no separarnos. Pero no se lo permití... y di por finalizada la batalla antes de iniciarla... y es hasta el día de hoy, que me reprocho no haberlo hecho. Tendría que haber luchado por ella, pero no lo hice. Por protegerla, por miedo, porque me convencí que no era merecedor de aquella alma... en fin.

Aarón observaba a su tío, compungido por la reciente información que acababa de darle.

—¿No la volviste a ver? —preguntó finalmente, mientras apoyaba una de sus manos sobre la del mulato.

Gerald dejó escapar una gran risotada la que finalizó con un melancólico gesto

—¿Que si no la volví a ver? —Rascó su mentón y miró por la ventana al verde campo que rodeaba el frigorífico —A diario rubito... lamentablemente la vi prácticamente todos los días de mi vida, y fue por esa misma razón que la herida nunca cicatrizó y los sentimientos quedaron intactos a lo largo de estos años. Ruth fue obligada a casarse cuando quedó embarazada y yo me dediqué a la familia... no había lugar para nadie más en mi corazón.

—¿Ruth? —Aarón mantenía su boca abierta por el asombro —¿tu-tu-tú y ella? —Tartamudeó —¿siempre fue ella?

—Correcto... ¡siempre! Pero no por esa razón bajé los brazos... la lucha sigue, y me arrepiento día a día de no haberlo hecho hace treinta y tres años atrás. Lo único bueno que trajo todo esto fue Clarita... si ella y Saavedra no se hubieran conocido, la mujer que te tiene loco no existiría y probablemente si lo nuestro hubiera funcionado hoy solo tendrías una prima —bromeó intentando distender el ambiente.

—Woow... eso es mucho tiempo.

—Mucho —respondió Gerald poniéndose de pie, —por esa razón ¡corre sobrino! ¡Ve por ella antes que sea tarde!

Aarón imitó el gesto y también se puso de pie, abrazó a su tío y salió deprisa de la oficina.

Llegó hasta su auto meditando las palabras de su tío. En parte tenía razón... había actuado mal y debía redimir sus errores fuese como fuese. Y tenía que ser ahora, se negaba a pensar en pasar años de su vida sin su compañía. Pero la había cagado... su descabellado plan había funcionado y ahora el trabajo se duplicaba.

Su teléfono móvil sonó antes de poner en marcha el coche y su corazón se detuvo cuando vio el nombre de Clara en la pantalla de su celular. Se preguntó si ya lo sabría. Respondió un temeroso “hola” y lo que escuchó le heló la sangre. Clara lloraba.

—¿Por qué me odias? —gimoteó.

—No lo hago —respondió Aarón conteniendo el aliento mientras escuchaba la llamada interrumpirse.

Rápidamente emprendió viaje hasta Clarita Saavedra Inc. La empresa que compartió con Clara los últimos dos meses y la que fue testigo del cambio de sentimientos que se produjo entre ellos. Porque no era tonto y podía darse cuenta que Clara no era indiferente a él... nunca lo fue, ni siquiera de niña, pero ahora ya no eran dos escolares que peleaban por pequeñeces, eran adultos y debían arreglar las cosas, costase lo que costase. Al entrar en la recepción el aromatizante de vainilla que se sentía en el hall de entrada le recordó a ella. A su pequeño departamento, a su ropa y lo peor de todo... a su piel. Aarón se ganó una cara de desprecio por parte de la recepcionista y otra del guardia de seguridad. Intentó no darle mucha importancia al asunto...

«Probablemente sea una casualidad» y se prometió no sacar conclusiones adelantadas.

Subió al ascensor nervioso... y cada piso que subía más alterado se ponía. Descendió del mismo y chocó de frente con Mela, la mejor amiga de Clara y arpía número uno si de amistades defensoras se trata.

—Eres un maldito hijo de puta —lo saludó —te golpearía... pero me causas tanto asco que me niego a manchar con tu mugrosa piel mis uñas Jamasen. Lo has hecho... si ese fue tu retorcido plan desde el vamos *¡lo lograste!*... mi amiga está devastada... muriendo lentamente. Nadie en su vida le ha causado tanto daño como tú... ni siquiera su padre.

«¿Su padre?» ¿Qué tenía que ver él, en el asunto?... ¿lastimó a Clara alguna vez?

—¿Dónde está ella Carmela?... ¡dímelo! —ordenó.

—Eres tan capullo, que ni en este momento eres capaz de tener humildad. Clara se encuentra en su oficina, pero no te aconsejo ir allí.

Aarón rodeó a la impertinente mujer y a paso rápido llegó hasta la oficina de Clara... *de la mujer que había planeado destruir desde siempre y de la que se había enamorado locamente en contra de su voluntad.*

Ni bien entró la vio.

Su alma cayó al suelo y pudo sentir el crujido cuando su corazón se rompió en mil pedazos. Clara mantenía la cara entre sus manos y el movimiento de sus hombros indicaba su llanto.

—Clara yo... —intentó decir, pero se interrumpió. Ya no estaba seguro de nada y sería el primero de todos en flagelarse por el daño que le había causado a un alma buena y pura.

Llegó hasta el escritorio de la diseñadora y lo rodeó. Finalmente, Clara reparó en su figura y Aarón pudo ver el hinchado y rojizo rostro de la joven. Tomó la silla de ella y la giro a un lado para quedar frente a frente con ella. Luego, y en un gesto que solo mostraba su rendición se puso de rodillas y presionó su cara en el regazo de la mujer antes de ponerse a llorar.

—Perdón Clara... perdóname mi amor por favor —y así permanecieron en silencio por segundos.

Aarón no apartaba su cara de la falda del vestido que usaba ella ese día y Clara no era capaz de consolarlo... no podía creer lo que le había hecho. Pudo sospechar en más de una ocasión que algo tramaba... pero tras la romántica noche que habían pasado juntos, el golpe había dado de lleno y la herida se encontraba abierta, sangrando y a punto de liquidarla. Se encontraba sin fuerzas y agotada mentalmente.

Clara había llegado esa mañana a trabajar de buen humor, esperanzada en que todo podía mejorar y lo peor de todo... enamorada. Sentimiento que se negó a aceptar por meses, pero que finalmente Aarón se encargó de demostrar, que quizás todo podía funcionar entre ellos.

La puerta del baño se abrió de golpe y el joven abogado de Clara salió con cara de pocos amigos.

—¿Qué haces aquí hijo de puta? —Gruño Aarón con desprecio —Ella es mía.

El abogado rio con suficiencia y lentamente comenzó a aplaudir. Aarón intentaba contener la furia y las ganas de romperle la cara de una trompada al doctorcito que defendía a Clara de sus estúpidos arrebatos. Finalmente Jamasen se puso de pie

—¿De qué te ríes inmunda cucaracha?

—De ti obviamente. Eres tan tonto que no pensaste las consecuencias... ¿o tal vez sí? y este patético teatro de lágrimas es otra de tus patrañas.

Lamentablemente no podía decir mucho en su defensa... había actuado como un real cretino y se avergonzaba de su comportamiento.

Esta vez fue la puerta de entrada de la oficina la que se abrió y un desacatado Don Saavedra fue quien irrumpió en ella, seguido de Ruth.

—¡Lo sabía! —gritó señalando al hombre con su dedo índice ni bien lo vio —sabía que jamás traerías nada bueno ¡eres carroña, igual que tu familia maldito Jamasen! —chilló poniéndose rojo de ira.

Aarón apretó fuertemente sus puños intentando contener la repulsión que sentía por ese hombre, pero su lengua fue más fuerte, y lo que venía conteniendo durante años salió en ese momento. Todo lo estúpido de sus actos había sido culpa de ese ser... no restaba importancia a su falta, pero la inaceptable venganza de destruir a Clara había sido todo por dañar a ese ser.

—Usted no es quién para emitir juicio de valores estimado Saavedra, porque yo sé bien quién es y qué esconde bajo ese regordete y rojizo rostro. *Degenerado, mitómano y encubridor de pedófilos* —el rostro de Aarón se había transfigurado, sus ojos se habían tornado oscuros y el rictus de su rostro no daba opción a réplica —Una jovencita de quince años sufrió innumerables abusos por parte de un viejo de mierda y usted... ¡usted! —gritó como fiera dando dos grandes pasos en su dirección y obligando a Saavedra a recular uno —era fiel testigo de sus atroces actos, sin mover un dedo para revertir tan tétrica situación —uno de los ojos de Saavedra comenzó a temblar y la ira contenida mantenía sus mejillas rojas —Mi tía —continuó Aarón — ¡perdió su inocencia en manos de dos canallas como ustedes con apenas doce años de edad! Uno de los dos y gracias a la justicia divina, ya no se encuentra entre nosotros en este mundo, pero ¡usted! Maldito desgraciado y mal nacido, merece ir a la cárcel y pudrirse en ella hasta el fin de sus días... ocho meses de embarazo y tan solo diecisiete años tenía Guadalupe cuando entró en trabajo de parto y ustedes dos ¡malditas sanguijuelas! Se la llevaron a la fuerza del rancho y le arruinaron la poca vida que tenía. Abandonaron a un recién nacido en medio del campo y esterilizaron... destrozaron las entrañas de mi tía para que eso no volviera a ocurrir.

—Yo no fui, yo-yo... nunca —intentó pronunciar Saavedra con la voz ronca y tartamudeando de nervios.

La ira había cambiado por vergüenza, los fantasmas del pasado que lo habían perseguido desde siempre lo miraban fijamente con los brazos cruzados. Era un estúpido muchacho influenciado cuando eso sucedió, y tan solo quería ser la mano derecha de Jamasen padre. Haría cualquier cosa con tal de pertenecer a la clase alta, y ese fue el motivo por el cual el viejo lo apañó bajo su ala.

—¿Mataste a un bebé papá? —fue el susurro desgarrador de Clara, quien, poniéndose de pie, caminó lentamente hasta su padre —permitiste que una niña fuera brutalmente violada y mutilada ¿y no hiciste nada?

—Perdóname hija.

—¡Un bebé! —se escuchó un grito, pero esta vez de la boca de Ruth, quien poniéndose de pie entre su esposo e hija fulminó con la mirada al hombre que creía conocer, pero que la vida le estaba demostrando con lujos de detalles que no era así —yo atendí en el centro de emergencias a esa pobre chica cuando llegó con esa tremenda hemorragia uterina... yo era una joven enfermera en ese momento, y Lupe jamás se animó a confiarnos el o los nombres de los causantes de tal daño —Ruth quedó con la mirada perdida en la nada por unos segundos, hasta que finalmente volvió en sí y sentenció —te quiero fuera de mi casa en este momento Octavio... no quiero volver a verte nunca más.

—Ruth no... cielo por favor, no me digas eso... yo sin ti me muero.

—Pues muérete entonces, porque así estás desde este momento para mí... muerto.

Dio media vuelta y tomando a su hija de la mano salieron de la oficina. Ruth estaba harta de tanta mierda y tenía que salvaguardar a su única hija de tanto odio, rencor y atroces actos del pasado.

—Clara espera por favor —gritó Aarón, pero su ex suegra lo fulminó con la mirada.

—Ni te atrevas a seguirnos Aarón... como ya le dije a mi ex esposo estoy cansada de tantas mentiras, y eso te incluye a ti. Nunca tendrías que haber lastimado a mi niña con tu venganza.

Ambas mujeres salieron de la oficina dando un portazo al salir del lugar.

Aarón volteó en el instante en que don Saavedra sacaba su revólver de la cinturilla del pantalón y pudo sentir el estridente sonido y el dolor que causó la bala cuando atravesó su hombro izquierdo.

CAPÍTULO 15

Clara había dormido toda la noche bajo el efecto de los sedantes que le había prescrito su madre y eran poco más de las nueve de la mañana cuando despertó con un amargo sabor en la boca.

Lentamente los recuerdos de lo vivido el día anterior comenzaron a presentarse y un nudo de angustia se formó nuevamente en su pecho.

Observó con ternura, el cuerpo de su querida madre, quien dormía en calma al otro lado de su cama. La cama donde horas atrás se había entregado a Aarón Jamasen en cuerpo y alma, como nunca antes. Lo amaba, y eso la mortificaba aún más... el hombre había tomado todo de ella a su antojo y lo había destruido sin piedad alguna. Se encontraba sola... mejor dicho, se sentía sola. Desconocía los horrores cometidos por su padre, y sin dudas eso fue lo peor. El ser que le dio la vida, quien la arropó en las noches de invierno, quien la llevó al colegio de pequeña, el mismo que le enseñó a montar en bicicleta había sido cómplice en las salvajadas efectuadas a una inocente niñita. Siempre vio a su padre con un temperamento muy especial, iracundo, con poca paciencia y en ocasiones algo violento. Pero de ahí a permitir un abuso como el que perpetraron con Guadalupe ¡no!... no lo podía creer y sentía un dolor en el pecho como si él hubiese muerto... o quizás más. Porque si hubiese muerto, su recuerdo se mantendría intacto como siempre, pero en este caso su imagen se había quebrado en mil pedazos, como la vez que de pequeña rompió sin querer una figura de cristal traída por sus padres desde un viaje; por más que intentó juntar todos los fragmentos para unirlos fue en vano... jamás recuperó su forma y nunca volvió a ser lo mismo de antes.

Llegó hasta la pequeña cocina y observó a Ramón.

Se lo veía triste y Clara entendió su estado de ánimo. El pobre había sido testigo de mucho en las últimas horas y se lo veía algo mustio y envejecido. Cargó un pequeño cuenco con agua y lo regó, cuando una de sus descaradas puntas se insertó en la yema de uno de sus dedos y una pequeña gota de sangre se deslizó por su piel “maldito Ramón” se encontró diciendo, y nuevamente esa desafortunada frase trajo a Jamasen hasta ella.

Preparó un late y tomó asiento para leer los innumerables mensajes que tenía desde la tarde de ayer, cuando su madre le pidió apagar las vías de comunicación con el mundo exterior y sanar sus almas juntas, comiendo chocolate en la cama y mirando televisión. Antes de eso, Ruth se tomó un minuto para hacer una única llamada telefónica. La emotiva charla entre ella y Guadalupe fue desgarradora... Ruth le pidió disculpas a Lupe y le juró que jamás supo que su ex esposo fue testigo y colaborador en todo lo que le había ocurrido tantos años atrás.

Lo más sorprendente fue cuando la mulata le agradeció y le comentó que ya se encontraba bien, y que había enterrado esa parte de su vida.

“Haces mal Lupe... creo que la justicia es la única que logrará poner un punto final a todas estas injusticias. Debes hacer la denuncia y yo te ayudaré. Ese niño que nunca lograste amamantar se lo merece y tú también”

Ruth se tomó un momento para dejar de llorar y tras un largo baño regresó mejor junto a su hija.

Clara no podía creer lo que leía en uno de los tantos mensajes de texto. Era Pedrito, y en el texto informaba que su padre se encontraba detenido por disparar a Jamasen.

«¿Qué?»

Discó automáticamente al móvil de su padre, pero fue en vano... sonó una y otra vez, pero todos los intentos fueron a dar al buzón de voz. Optó por comunicarse con su amigo Pedro, quien al primer timbre respondió un agudo:

—¡Por fin niña!

—Pedrito... ¿Qué está pasando amigo? —las lágrimas se arremolinaron en los ojos de Clara, quien intentaba hablar bajo para no alertar a su madre.

—Qué no está pasando querrás decir... ayer ni bien te fuiste, se llevaron a tu padre detenido y al papurri de Jamasen en camilla al hospital. *¡Tu padre casi lo mata!*

—¿Papá le disparó?

—Exacto cielo, tu padre en un arrebato de furia le disparó. Gracias a Dios la bala dio un poco más arriba y solo perforó el hombro izquierdo, si hubiera sido unos centímetros abajo hoy serías viuda.

—Viuda no amigo... nuestro matrimonio fue anulado hace dos días. Él se encuentra... ¿bien? —Clara no se animaba a preguntar... primero por miedo a que la respuesta no fuera lo que ella quería escuchar, y segundo para lograr de una buena vez distancia entre ese ser tan ruin y ella.

Ya no tenían nada en común... ya nada los uniría nunca más. Le había arrebatado la empresa y parte de su alma para siempre.

No tenía miedo de comenzar nuevamente... siempre se consideró resiliente y ese mal trago lo superaría, *pero su corazón...* su puto corazón era otro cantar... sabía que nunca volvería a ser el mismo de antes.

«Nunca»

—¿Anulaste tu matrimonio con el semental de Jamasen? —la voz de Pedro sonó demasiado estridente para la hora que era.

—Shh Pedrito, ¡no lo llames de esa forma amigo!

—¡Noooo!... ¡¿Dormiste con él?!

—¡No! Sí... pero eso no es lo importante.

—¡Cuenta niña! Todo con lujos de detalles —y Clara podía escuchar la emoción de su amigo al otro lado de la línea.

—¡Pedro! ¡Mi padre se encuentra en prisión y el hombre que amo internado con una bala incrustada en su cuerpo! Te pido una tregua.

—¿El hombre que amas? —pudo escuchar Clarita tras su espalda.

La voz de su madre no sonó ni muy fuerte ni muy baja... ni molesta ni feliz... simplemente necesitaba corroborar la veracidad de los sentimientos de su niña.

Clara giró lentamente para encontrar la cálida mirada de su madre.

—Luego te llamo Pedrito... —respondió antes de interrumpir la llamada —y sí mamá... lo amo, en contra de mi buen juicio y luego de todo lo que me ha hecho... lo amo.

A Ruth se le llenaron los ojos de lágrimas... finalmente su hija se había enamorado, pero no podía creer que fuera bajo ese contexto y mucho menos en el terrible momento que estaban viviendo.

Su teléfono móvil sonó nuevamente, para mostrar en la pantalla el nombre de Isis... «su ex cuñada»

—Hola Isis —saludó Clara con poco ánimo de charla—ahora no puedo hablar... ya sabrás todo lo que ha sucedido y en verdad estoy agotada.

—Estoy en el sanatorio acompañando a mi hermano y a mis papás, y sí... estoy al tanto de todo. Dejame decirte Clara que no justifico para nada a Aarón... ¡todo lo contrario! pero soy su hermana y lo amo. Quiere hablar contigo. ¿Pregunta si puedes venir un momento?

Clara cerró los ojos con fuerza hasta que una lágrima se deslizó por su rostro.

—No. Dile que no. No quiero hablar con él, ni ahora ni nunca —sentenció entre llantos —¡dile que

me deje en paz! Ya me lastimó de todas las formas posibles... ¡díselo Isis! —gritó mientras aventaba a lo lejos su teléfono y este se fraccionaba en mil partes al chocar contra la pared.

Aarón cerró fuertemente los ojos al escuchar el dictamen por el altavoz del teléfono de su hermana. Y se ganó una reprobatoria mirada por parte de sus padres. La cosa no se veía bien... la había perdido.

—Papá... necesito que me den el alta. Por favor, trae al médico así puedo platicar con él. Tengo que ir a ver a Clara antes que sea muy tarde.

—Creo que ya es tarde hermano —sentenció cruelmente Isis y para su sorpresa pudo ver a su madre asentir —una mujer herida y despechada es lo peor que te puede pasar. La has cagado...

—¡Hija tu vocabulario! —reprendió María, aunque coincidía en pensamientos con su hija. Clara había sido cruelmente herida por su hijo, y sin dudas lo que menos querría sería verle la cara.

«Niño tonto» pensó María mientras acariciaba el castaño cabello de su guapo hijo y le rezaba a la Virgen para que iluminara el camino de su familia, para que el alma de todos pudiera sanar de una buena vez y los dolores del pasado quedaran enterrados para siempre.

El teléfono móvil de Diego comenzó a sonar y ni bien respondió su rostro empalideció. Sus grandes ojos café observaron primero a su amada esposa y luego a sus dos hijos... no había dudas que la noticia que recibió en ese instante lo perturbó y cambió todo.

Tras una pausa que preocupó a todos los presentes, finalmente habló...:

—¡Está vivo!

—¿Quién querido?

—El hijo de Lupe vive, Saavedra acaba de confesar su paradero —Diego Jamasen lentamente tomó asiento en el sillón junto a su esposa... Un hijo fruto de una cruel violación de su padre a su cuñada. Era mucho... era demasiado para ser verdad... ¿un hermano? María tomó asiento al sentir que la sangre se drenaba de su cabeza y sujetó con fuerza las manos de su esposo para brindarse fuerzas mutuamente. Se encontraba mareada, y un manojó de sentimientos encontrados asaltaban su ser.

«Su sobrino vivo...» ese pequeño bebito que nació de las entrañas de su querida hermana antes de ser cruelmente esterilizada ¡vivía! Cerró sus ojos y agradeció, antes de ponerse a llorar en brazos de su esposo.

Aarón no podía creer lo que escuchaba... tras tanta mierda algo bueno salía a flote. El peso de su culpa se sintió más liviano... gracias a que escrachó a Saavedra, hoy podían saber el paradero de su primo... o de su primo-tío al cual creyeron muerto todos estos años.

En silencio agradeció. Parte del cometido se había cumplido, ahora solo le quedaba lo más difícil... recuperar a Clara.

Dos meses más tarde...

Finalmente habían enjuiciado a su padre y este permanecería en prisión hasta el fin de sus días... dudaba volver a verlo con vida en libertad. Le dolía pensar que sus hijos no conocerían a su abuelo como siempre lo había soñado... yendo al parque, cargándolos a caballito, aunque en este momento de su vida, la maternidad y cualquier tema vinculado a una relación amorosa le causaba gastritis. Estaba desilusionada del mundo... asqueada de lo retorcido que podían ser algunos seres humanos. Necesitaba tiempo, solo de esa forma, quizás algún día, podría volver a confiar su vida a un hombre.

Su madre había pedido licencia en el sanatorio donde trabajaba por tiempo indefinido y Clarita dudaba que se fuera a reintegrar en algún momento. Se encontraba deprimida y sola... a pesar de la compañía de su hija y amigos... la falta y el desasosiego de descubrir un pasado oculto en la vida de su esposo la dejó con el alma por los pies.

Hoy a la noche era la gala de la feria internacional de la moda por la que había trabajado muchísimo. Claro que eso fue antes de perder su empresa, su marca y todo su capital. Solo ella era capaz de tener una marca con su propio nombre y sin registrar

Había recibido únicamente veinte mil dólares por su ínfimo porcentaje dentro de Clarita Saavedra Inc. al momento de la venta. Le causó risa que, de una empresa valuada en millones, solo recibiera una mínima fracción, era una genialidad de la maquiavélica mente privilegiada del innombrable.

Se prometió a sí misma y solicitó a sus amigos, no nombrarlo más.

Había recibido las invitaciones de toda forma para la gala que se celebraría en un lujoso hotel ubicado en uno de los más elegantes balnearios del país. Su bello y sensual vestido rojo aún permanecía colgado en una percha dentro de su closet. Para su sorpresa Isis se había puesto en contacto con ella. La morena de ojos claros había sido tajante en su dictamen...

—¡A las nueve de la noche estén prontos! pasaremos por ustedes junto a las chicas, en la limusina que nos envía una conocida marca de Champaña, de la cual seré la cara en la siguiente campaña publicitaria.

A Clara no le causaba gracia alguna ir junto a ese grupo de mujeres, y mucho menos pasar un fin de semana en el mismo hotel, pero también era cierto que, le apetecía mucho ir a esa fiesta. Si el innombrable no la hubiera estafado con su empresa, hoy su marca estaría cerrando el principal desfile de la noche.

—De acuerdo Isis... te esperaré junto a Mela en casa —respondió con un sentimiento nuevo por esa mujer... «¿Empatía?» —Ahh Isis...

—Dime —respondió escuetamente la morena.

—¡Gracias! —y fue sincera. — En un momento en que pierdes todo, solo los verdaderos amigos permanecen a tu lado. Nunca lo fuimos, pero valoro mucho lo que estás haciendo.

El día pasó volando para Clara y sus amigos, quienes se encontraban ultimando detalles para lanzar al mercado su nuevo proyecto.

“*Maldito Ramón*” sería la nueva marca comercial que estaba proyectando el equipo de trabajo de Clara, y vería la luz dentro de pocos días. Una línea basada únicamente en unicornios y cactus, en la cual un bello y angelical unicornio vomitando un arcoíris sería el logo de las etiquetas.

De más está aclarar que la inspiración llegó de su querido cactus Ramón y del incordio de Jamasen al llamarlo maldito cada vez que el otro lo pinchaba con una de sus púas.

La marca estaba orientada a jóvenes y adolescentes. Sudaderas cortas, mini short para las chicas y bermudas estilo skater para ellos, era parte de lo que podrían encontrar en la tienda virtual que majestuosamente había creado el Topo. Aún no estaban seguros si funcionaría o no el proyecto, pero estaban dispuestos a dejar todo en la cancha para que fuera un éxito. Ellos mismos habían sido los

modelos de la campaña, de la cual Majo se encargó con soltura. Fotos del grupo de amigos en la playa junto a un fogón, montando patinetas y las chicas en las hamacas de una vieja plaza, fueron algunas de las imágenes captadas para la web. La idea principal era vender las prendas que estaban confeccionando en el improvisado taller dentro de la casa de Pedro, aunque ver la repercusión que estaba teniendo Maldito Ramón a días de su lanzamiento los dejó reflexionando al respecto... ¿Sería buena idea lanzarse con todo al vacío y ver la posibilidad de instalarse dentro de alguno de los shoppings más grandes de la ciudad? Comenzar de cero una vez más... ¿podría? Solo pensarlo le revolvía el estómago y le provocaba náuseas. El Topo quien era propietario de una importante fortuna desde que sus abuelos murieron hacía un par de años, se ofreció a cubrir los gastos de depósito y mobiliario para los locales. En una primera instancia Clara se opuso... no veía bien que su amigo desembolsara tanto dinero, pero comprendiendo el sólido argumento que puso él mismo, no tuvo otra opción que aceptar.

“Clara... una vez te ofrecí dinero para pagar la deuda de impuestos que dejó el chanta de nuestro contador, pero te negaste. ¿Has visto con claridad, lo fácil que habría sido todo si hubieras aceptado?”

Eran las nueve en punto cuando Clara bajó hasta la recepción junto a su amiga Mela.

Ambas enfundadas en largos y sensuales vestidos, la diseñadora y su amiga estaban sensuales y elegantes a la vez. Isis permaneció dentro de la limo mientras un elegante chofer descendía de la misma, para abrir gentilmente la puerta y cargar el equipaje que ambas mujeres traían consigo. El resto de sus amigos ya se encontraban allí dentro, y las amigas de la modelo también.

El viaje fue de lo más ameno, bebieron champagne y charlaron sobre moda, música y chismes de la farándula local. Nadie nombró a Jamasen ni nada de lo sucedido en los últimos meses. Sabía que finalmente el hijo de Lupe vivía y eso la puso sumamente feliz y alivió en parte su marchito estado de ánimo... ya que podía sacar a su padre el calificativo de asesino, pero nada limpiaría su imagen del todo. Al parecer la criatura había sido entregada a una familia de estancieros que no podían concebir, ni bien Guadalupe dio a luz... el dolor que sentía por esa mujer era enorme y en una fracción de segundo, en una milésima parte, pudo llegar a comprender a Jamasen y su sed de venganza.

Su padre permitió el abuso en una niña, o tal vez más... porque no podía olvidar la noche que se perdió en el campo, tras descubrir a su padre y esa joven mujer que ayudaba a su madre en los quehaceres domésticos, juntos. La chica lloraba y suplicaba por libertad y su padre reía. Reía como el cerdo que era y ella ignoraba... jamás lo olvidó y jamás se lo perdonaría... ¡Jamás!

Esa noche corrió desde las caballerizas donde había visto parte del atroz acto, en el que su padre abofeteaba a la joven y luego de hacerla caer, se subía sobre ella riendo y jalando velozmente su falda. Clara corrió sin rumbo por la negrura de la noche, aterrada de ser descubierta. Corrió y corrió hasta que llegó a un claro y finalmente se dio cuenta que estaba perdida. Sin saber qué hacer, caminó hasta un árbol y se acurrucó junto al tronco. Y tras lo que parecieron meses y luego de llorar por horas, finalmente amaneció.

Prácticamente no había visto a su progenitor durante todo este tiempo y sabía que su madre había pedido el divorcio ni bien se enteró de todo. Mientras tanto Clara se había refugiado en sus amigos y su trabajo, para poder dar vuelta la situación de todo lo malo que le había ocurrido durante la última mitad del año.

Cuando llegaron al Shelton Beach Casino & Resort, los flashes de los fotógrafos referentes de las revistas, magazines y portales dirigidos a la moda y al mundo “Fashion” estaban ahí y la retrataron ni bien cruzó la elegante alfombra roja.

Con elegancia caminó entre medio de Mela y el Topo que como era costumbre en ellos, no paraban de pelear. La blonda se encontraba enfundada en un finísimo vestido strapless de seda negra el cual

llegaba unos centímetros por debajo de las rodillas, permitiendo con ese largo la posibilidad de caminar con soltura y exhibir el redondo y puntiagudo trasero que poseía la contadora al mejor estilo Kim Kardashian. Había completado el look con una gargantilla estilo Joker de la misma tela que el vestido y unas sandalias negras de finas tiras cruzadas le daban la sofisticación y sensualidad necesarias para estar a la altura de la noche. El atractivo Topo no se quedó atrás, el alto y musculoso ingeniero de sistemas, sorprendió a las presentes con un cambio de estilo de sus habituales sudaderas de algodón y sus camisas de cuadros estilo leñador. Sin dejar de lado completamente su popular modo hípster, y utilizando un elegantísimo traje negro, complementó su estilo con camisa y corbata del mismo tono y engominó su castaño cabello hacía atrás. Mantuvo sus anteojos de pasta color negro y caminar por la alfombra roja con sus dos bellas amigas, mientras fumaba su pipa le dio el toque final para ser todo un “Gran Gatsby”.

Las luces de los flashes la cegaron por un instante, aunque rápidamente lo corrigió. Parpadeó un par de veces y sonriendo cual diva de Hollywood, posó para los medios que quedaron encantados con ese trío tan peculiar y divertido.

Entró al deslumbrante salón donde se celebraría la gala y quedó maravillada por el buen gusto que se tuvo a la hora de decorar el espacioso y lujoso lugar. Se había montado una gran pasarela en forma de “T” por la cual horas más tarde, desfilarían las modelos que lucirían las prendas de los diseñadores más exclusivos de la región.

Claro que ella ya no figuraba en esa lista y probablemente no lo haría más.

«Maldito Aarón Jamasen» pensaba cuando una reportera de moda interrumpió sus elucubraciones.

—¿Clara Saavedra? —llamó la periodista chilena Andreina Sotomayor y la joven diseñadora volteó sorprendida.

Conocía a la atractiva reportera y conocía su programa de televisión... era de fama mundial y en él se presentaban grandes empresarios de la moda, políticos, músicos, conocidos diseñadores y esos talentos que solo un grande logra descubrir con anticipación. Se sintió honrada con el saludo... «*¡Que Andreina Sotomayor la conociera, sin dudas hacía que el viaje y el “lookeo” valieran la pena!*»

—Hola —saludó relajada, regalándole a la mujer una sincera sonrisa. Ya había sido entrevistada para ese canal un año atrás. Solo que, en esa oportunidad había sido un notero quien le pidió unas palabras y no la mismísima presentadora.

La periodista saludó a la diseñadora con un beso en cada mejilla y luego la invitó a beber una copa con ella.

—Clara —comenzó diciendo —estoy al tanto de todo lo que te sucedió en estos últimos meses, y dejame decirte que te entiendo... ¡y mucho! Yo viví algo muy similar con mi tercer esposo al momento de la separación.

Clara abrió grande los ojos... «¿Tres matrimonios?» ella apenas había sobrevivido a uno y dudaba cometer el mismo error una vez más. Desde la anulación de su matrimonio con Aarón, era férrea defensora del concubinato.

—Tu... tu... ¿tu tercer esposo? —y no pudo contener su curiosidad —¿él la chantajeó?

—Aham querida —asintió la elegante conductora — y tutéame por favor que me haces sentir abuelita —guiñó un ojo y Clara soltó una pequeña risita mientras se ponían cómodas en la barra y bebían unos mojitos de albahaca por recomendación del apuesto y atento barman —mi tercer ex esposo, —retomó la conductora —intentó arruinarme cuando no acepté pagarle la exorbitante cifra de dinero, que solicitó por darme el divorcio pacíficamente. Me amenazó con sacar a la luz fotos y videos privados —Clara abrió grande los ojos... no podía creer que se refiriera a lo que ella estaba pensando —exacto querida... nunca te filmes en la cama con un hombre por más enamorada que estés... ¡jamás! —respondió risueña mientras terminaba su trago de una vez.

«*Jo-der*» *Le faltaba mucha calle... de eso no había dudas.*

Clara casi infarta minutos después, ante la invitación a una exclusiva charla en el segmento principal del programa de la diva. El tema sería jóvenes emprendedores que, a pesar de malos tragos, dan vuelta la situación y logran avanzar. A Clara le encantó la idea y más le gustó la posibilidad de presentar a *Maldito Ramón* en la entrevista. A cambio acordaron hablar de temas laborales y personales y ambas se encontraron muy felices con el acuerdo.

Cada uno ocupó su lugar en la mesa para la hora de la cena. Clara e Isis conversaban animadamente mientras el desfile de modas estaba a punto de comenzar. En la mesa dispuesta para diez comensales se encontraba Mela sentada junto a la secretaria de Aarón, y al otro lado Ricardo «el sinvergüenza del abogado» pensó el Topo. Seguidos Isis y Clara, al otro lado de la diseñadora se encontraba el Topo quien no apartaba su mirada de la blonda y el doctorcito. Frente a ellos dos amigas más de Isis y Pedrito quienes posaban con sus celulares y subían cada detalle de la gala a Instagram. Sospechosamente quedaba uno de los lugares libres y Clara temió por su integridad.

—Isis... ¿qué es de la vida de tu hermano? —preguntó un caballero que pasaba junto a la mesa y frenaba embobado ante la exótica belleza de la morena.

—Marco —saludó de forma coqueta la modelo —mi hermano se encuentra bien, lamentablemente su vuelo se retrasó y no nos podrá acompañar.

—¿Su vuelo? —preguntó Clara, sin poder ocultar la curiosidad que le generó oír el nombre de Aarón después de tanto tiempo.

Isis sonrió de lado. Sabía que la llama no se podía haber apagado tan pronto y pudo ver el fuego oculto en los ojos de Clara.

«Excelente»

Otro caballero de rasgos muy parecidos al primero hizo su aparición, presentándose ante todos como Conrado Mezza, quien demostrando años de modales, tomó de la mano a la diseñadora para depositar un beso en el dorso de la misma. Clara quedó maravillada ante ese ejemplar masculino de cabellos oscuros y ojos profundos, y se tuvo que obligar a dejar de sonreír como tonta.

—Estaba al tanto que Aarón no llegaría a tiempo —informó Conrado mientras llegaba hasta Isis y le daba un beso en la mejilla —al parecer los asuntos que fue a tratar lo demoraron más días de los que hubiera deseado.

—Es una pena —sonrió elegantemente Isis.

—Los vemos luego en la fiesta —comentó Marco, mientras observaba a todos los presentes. Ambos caballeros saludaron y se marcharon.

—¡Qué guapos! —chilló Mela, ganándose una reprobatoria mirada del ingeniero de sistemas —seguro son ese tipo de hombres —continuó hablando, esta vez mirando fijamente al Topo —caballeros y elocuentes, de esos que te abren la puerta del coche para subir y no bautizan a su miembro con extraños nombres femeninos.

Pedro escupió parte del champagne que tenía en la boca al escuchar a la blonda y no necesitó mucho más para saber a qué se refería su amiga.

El desfile se encontraba en su punto máximo cuando la dulce melodía de unas gaitas comenzó a escucharse a lo lejos y un grupo de cuatro músicos entonando la marcha nupcial hicieron su aparición.

Subieron lentamente la escalinata ubicada a uno de los lados de la pasarela central y permanecieron en la parte posterior, cuando una bella novia salió a escena. Los aplausos fueron aplastantes y a Clara los ojos se le llenaron de lágrimas. El vestido era hermoso. Clásico y lánguido, tal como le gustaban a ella. Si alguna vez hubiera elegido uno para una boda real, sin dudas ese sería su estilo.

La silla vacía permaneció así por el resto de la velada. Y sin querer admitirlo Clara se sintió en parte

defraudada. Si era verdad lo que Aarón le había dicho aquel día en su oficina, estaría intentando enmendar la situación y no dejando que el Titanic tocara fondo.

La cena finalizó y los que deseaban podían concurrir al baile que se celebraría en el salón contiguo al que se encontraban. El mismo había sido ambientado como una disco al mejor estilo de los casinos de Las Vegas y en ella se podían encontrar señoras que leían la palma de la mano, bailarines en zancos que escupían llamaradas y bellas Amazonas que hacían salvajes piruetas en telas suspendidas en las alturas. Ante el insistente pedido de los presentes en la cena, Clara optó por seguir al grupo a cambiarse de atuendo cada uno en su habitación y volver a reencontrarse quince minutos más tarde en el lobby del hotel.

Clara llegó lentamente a su habitación agotada de caminar con los vertiginosos zapatos que optó por usar esa noche. Su largo vestido rojo recogido en un solo hombro, poseía una obscena abertura en su pierna izquierda, que permitía poco a la imaginación. Una de las esculturales piernas de la diseñadora quedaba fuera de la prenda cuando caminaba con elegancia y sensualidad, y los altísimos zapatos elegidos por Clarita Saavedra eran unos osados Louis Vuitton, modelo boca de pez en color negro, que al frente llevaban unas puntiagudas tachas, otorgando un toque dominatrix y su tacón de trece centímetros de alto en metal dorado, eran la fantasía de cualquier hombre que disfrutara de unas buenas piernas y un látigo recorriendo su espalda.

Ni bien llegó a su recámara caminó hasta el amplio ventanal con vista a la playa y desanudó su vestido por el lazo que tenía sobre su hombro. La pesada tela cayó sin pudor al piso, formando un charco de lujoso lienzo rojo a sus pies. Así permaneció, por varios minutos como si de una bruja en la hoguera se tratase.

La privacidad que otorgaba la playa al frente y encontrarse en el piso veintitrés del hotel, le otorgaban la libertad que pocas veces tenía en su vida. Vistiendo únicamente sus tacones y unas minúsculas bragas de encaje negro permaneció por varios minutos. *Respirando, tan solo se concentró en eso... en respirar.*

No sentía ganas de ir a bailar, pero sabía que debía hacerlo. Siempre fue un alma alegre y jovial. Pero luego de su fallido matrimonio sentía que había envejecido diez años. Se tomó unos minutos para pensar qué atuendo usaría y cuando ya lo tenía maquinado, volteó para alistarse y encontrarse con su grupo de amigos.

Caminó hasta el guardarropa y tomó un pequeñísimo short negro de lentejuelas y una t-shirt corta de color blanco, la cual tenía bordada unos grandes labios escarlatas, confeccionados en un intrincado bordado de pedrería, en homenaje al amor de ella por el rouge Mac de ese tono. Decidió mantener sus aventurados zapatos, con ellos se sentía ruda y poderosa. Observó la imagen que le devolvió el espejo y le gustó lo que vio. Giró para salir del vestidor con actitud positiva. Hoy disfrutaría de la fiesta, hoy viviría, hoy solo podrían pasar cosas buenas. Con ese pensamiento salió del vestidor cuando...

«Mierda»

¡Mierda! se dijo a sí misma, cuando al salir halló las luces de su recámara apagadas y en su cama un gigantesco ramo de rosas. También sus mesas de noche habían sido decoradas con unas cuantas velas y en la pequeña mesa circular se encontraba una champanera con una botella enfriando y dos delicadas copas a un lado. Aarón Jamasen la observaba peligrosamente desde la puerta de la terraza. Se encontraba usando un esmoquin divino, aunque había desanudado el moño y ahora ambos extremos del corbatín permanecían colgando alrededor de su cuello, lo que solo lo hacía más adorable aún.

—Hola — la saludó.

—Hola —respondió Clara, con sus nervios a flor de piel —¿qué haces aquí Aarón? —y sus ojos lanzaron chispas y algo más.

—Vine a recuperar lo que es mío...

—¿Si estás hablando de mí?... déjame informarte que nunca lo fui y que no hay ninguna posibilidad en este mundo que me recuperes. ¡Ninguna!

Clara emprendió caminó hasta la puerta con una frialdad poco vista antes en ella, quien se consideraba una mujer sumamente sentimental. Cuando ya tenía la mano en el picaporte agregó...

—Aarón —el hombre fijó su mirada turquesa en ella —no olvides apagar las velas al salir, no quiero un incendio en mi habitación. Luego deja la llave en la recepción... ya mismo me quejaré con el gerente por la falta de seguridad que tienen estas habitaciones.

La cara de sorpresa de Aarón no se hizo esperar. Avanzó dos pasos en su dirección, pero ya era tarde. Clara había cerrado de un portazo, dejando bien en claro que no la emocionó para nada el detalle que tuvo para reconquistarla. *Su paciencia era escasa por no decir nula.* Siempre fue un hombre de querer todo para ayer, y hombre que donde pone el ojo pone la bala. Mataría a Pedro con su estúpida idea de flores y velas... era obvio que no funcionaría y que luego del daño que le había hecho a la mujer que amaba, necesitaría poco más que detalles románticos y cursis.

Un secuestro y agua bendita serian mejores opciones... caviló mientras apagaba las velas como niño bueno obedeciendo órdenes y subió hasta el ascensor para ir en busca de su mujer. De esa que le había robado el alma hacía más de veinte años.

Pudo escuchar el gran revuelo que había en recepción a causa de una furiosa Clara, reclamando seguridad en el hotel.

—¿Y supongamos que el sujeto era un asesino? —pudo escuchar Aarón ni bien llegó a planta baja —o un depravado sexual, un ladrón o simplemente un mirón... ¿me entiende? —preguntó al hombre que la observaba con un fingido respeto al otro lado del mostrador.

—Créame que la entiendo señorita, pero no hemos sospechado del señor Jamasen, ya que nos comentó que es su esposo.

—Mi ¿qué? —chilló Clara aún más furiosa que antes —yo no estoy casada, nuestro —*realizó un movimiento un tanto cómico con sus manos* —“matrimonio” —hizo comillas en el aire —fue anulado gracias a Dios.

—¿Gracias a Dios? —Pronunció Aarón en su espalda, no podía creer que metiera a Dios en su lío —lamento informarte Clarita que nuestras cuestiones privadas, no son asuntos del señor. Así que agradezco vengas conmigo y podamos hablar y limar nuestras asperezas a solas —pronunció mientras tomaba de la mano a la joven y sensual rubia y la arrastraba hasta uno de los ascensores.

Ni bien las puertas se abrieron, Jamasen prácticamente empujó a Clara a entrar en el mismo y esperó a su lado a que las puertas se cerrasen sosteniéndola firmemente de la mano.

Marcó el último piso, el que correspondía a la azotea y en mitad del viaje, interrumpió la marcha con la pequeña palanca de STOP.

Sabía lo que eso provocaba en ella, por lo que debería darse prisa antes que entrara en pánico. Era una actitud un tanto ruin de su parte, pero se encontraba dispuesto a eso y mucho más con tal de recuperarla.

Los ojos de Clara se abrieron tanto que solo le faltó lanzar rayos laser a través de ellos. Lo fulminó con la mirada y luego sentenció...

—Abre las putas puertas ¡ahora!

—Tu boca Clara.

—*¡Una mierda mi boca Jamasen!...* abre el puto ascensor *¡ya!* —Clara podía sentir una fría sudoración descender por su cuello y se negaba a entrar en pánico nuevamente frente a ese hombre. Para su horror pudo anticipar el movimiento de Aarón antes de que este lo hiciese. Jamasen lentamente se

hincó con una rodilla sobre la elegante moquette del cubículo y sacando del bolsillo interno de su saco un fino estuche de cuero negro se declaró:

—Clara...

—Aarón no... ¡no lo hagas! —informó Clara... y fue categórica en su dictamen. Porque no fue una súplica o un pedido, fue una orden “¡no lo hagas!” pero como era costumbre en el empresario, ignoró lo dicho por la diseñadora y continuó...

—Clara, sé que comenzamos mal... sé que seguramente fui una de las peores cosas que te pasó en estos últimos meses y sin dudas, más de una vez te habrás arrepentido de haberme conocido. Pero te puedo asegurar amor mío, que nadie... ¡nadie! te amará y cuidará tanto de ti como yo. Me enamoré de ti y no puedo hacer otra cosa que demostrar la violencia de mis afectos pidiéndote que seas mía para siempre... Clara Saavedra, *¿acceptas casarte conmigo?*

Clara se tapó la boca con una de sus manos, gesto que pudo haber sido interpretado como emoción tras la dulce declaración.

Pudo... pero no lo fue.

Una pequeña risa seguida de una gran carcajada rompió el romántico clima que Aarón intentó crear.

Jamases elevó la mirada hasta chocar con los ojos de Clara. “¿Se estaba riendo de él?” la muy arpía ¿se burlaba de sus sentimientos? Lentamente se puso de pie y pareció crecer en tamaño. Su porte intimidaría hasta al más valiente, pero no a Clara. A ella no... *ya no más.*

—¿Te ríes de mí?

—Sí —respondió tentada —¿acaso has estado mirando películas románticas para copiar una declaración tan cursi? Porque créeme... que entre el señor Darcy y tú *¡hay un abismo!*

—¿Cursi?... ¡cursi! —lentamente la furia de Aarón iba creciendo y temía explotar en ese lugar —¿y cómo debería de haber sido Clarita?... —su boca permanecía a milímetros de ella, quien debía inclinar su cabeza hacia arriba para mantener el contacto visual —quizás debería de haberte tomado a la fuerza y follarte en este mismo ascensor sin respeto alguno... porque al parecer a eso es a lo que te has acostumbrado.

Plaf... Pudo sonar parecido al cachetazo que se ligó Aarón por su descaro.

—¡Eh... dímelo Clarita! ¿Es eso lo que te pone?

Plaf... otro cachetazo. Solo que esta vez con más fuerza que antes, y ese fue el detonante para que Jamases se abalanzara sobre ella y tomando sus dos delicadas manos juntas amarradas en su espalda, silenció el descaro de la joven con sus labios.

—Te odio Aarón —pronunció con furia entre sus labios y en cuanto pudo hincó sus dientes en Aarón hasta el punto de hacerlo sangrar.

—Yo te odio más pequeña arpía —arremetió con más fuerza, sin importarle el dolor que produjo Clara con su ataque.

Clara forcejeaba para liberarse del fuerte agarre que mantenía unidas sus manos en su espalda, pero era imposible. Jamases tenía un propósito y como era costumbre en él... lo lograría.

Con la mano que tenía libre Aarón destrabó el ascensor y presionó el piso donde se encontraba hospedado.

Descendieron del mismo en medio de una batalla campal, parecían dos gallos de riña en plena lucha. De pronto... y en un ágil movimiento, la rodilla de la joven se incrustó en la entrepierna de Jamases y en ese instante pudo escapar corriendo por los amplios y desiertos pasillos del hotel. Al parecer todos los huéspedes se encontraban en la fiesta, y prácticamente se sintió en los pasillos de El Resplandor, la película protagonizada por Jack Nicholson la que siempre recuerda en situaciones similares a esta que estaba viviendo. En medio de la lucha, Clara, como si de la Cenicienta se tratase, perdió uno de sus

amados zapatos quien fue a dar a manos de Aarón que insultando entre dientes intentaba controlar el agudo dolor de huevos que sentía en ese instante.

Comenzó a caminar con furia tras ella.

La encontraría.

La amarraría y seguramente la obligaría a pasar la noche, o el tiempo necesario hasta que aceptara ser su esposa.

Quería una boda real, una transparente. Donde el amor fuera la premisa principal y construir finalmente lo que siempre anhelaron sin saberlo.

«Una familia»

Clara se deshizo del otro zapato y corriendo a toda prisa, dobló un ángulo recto intentando mantener distancia con su acosador. Para su desdicha, tras el codo que acababa de doblar, el amplio pasillo llegaba a su fin. Clara se vio repentinamente atrapada en un callejón sin salida.

Frente a ella una pared y detrás el hombre que amaba como a nadie y quien le había hecho más daño en el mundo.

Cerró los ojos con fuerza.

Podía escuchar los pasos de Aarón acercarse velozmente y tan solo le quedaba una opción.

FLASHBACK

Uno, dos, tres, cuatro... ¡lista o no aquí voy!

La noche estaba cayendo lentamente en Alma Mía y el cielo se encontraba pintado con pinceladas de color rosa, amarillo y algo de celeste. El campo se encontraba en silencio y en esa cálida tarde de verano, tan solo se podía escuchar el canto de algún grillo o el croar de las ranas que llegaba desde la laguna.

Hacia dos noches había sido mi cumpleaños y mamá entre otras cosas me había obsequiado una linterna. Preferí no usarla, quería que mi presa no se percatara de mi presencia hasta estar sobre ella.

Caminé descalzo por la suave hierba, intentando observar en detalle cualquier movimiento de los matorrales o de la pequeña casa del árbol, lugar favorito por ella para esconderse. Y así fue... un pequeño movimiento en una de las cortinas, que Isis había puesto en la casita me alertó.

«Te encontré»

Comencé a subir sigilosamente por la escalera que me llevaría hasta mi amiga y entré de un salto. La madera tembló por el impacto y el chillido de Clara a causa de la sorpresa me encantó.

—¡Pica! —grité, pero algo no estaba bien, ella se encontraba en cuclillas y abrazaba con fuerzas sus rodillas... su rostro presionado entre ambas y el movimiento de sus desgarrados hombros me indicaban que estaba llorando, pero... *¿por qué?*

Caminé lentamente hasta ella y me senté a su lado. Coloqué tiernamente mi mano en su espalda y le pregunté si se encontraba bien. No me respondió, o al menos no con palabras. Clara me empujó, haciéndome quedar de espaldas en el piso de la casita y rápidamente salió corriendo hasta la salida. «Era una trampa» en un ágil movimiento me puse de pie. La maldita corría muy rápido, pero yo no me quedaba atrás... bajé tres escalones del árbol y salté, comencé a correr tras ella gritándole que la atraparía.

Clara corría y carcajeaba... sin dudas, era el sonido más hermoso que se podía escuchar por aquellos pagos.

Corrí con más fuerzas, era una carrera de todo o nada. Hoy la alcanzaría y así fue. Llegué hasta ella y sin pensarlo mucho tomé su cintura y ambos caímos al suelo. Rodamos sobre los altos pastizales hasta que quedé sobre ella y fue en ese instante que nuestras miradas se cruzaron. Fue en ese momento en que la vi con otros ojos.

Mi respiración era irregular por la carrera reciente que habíamos tenido y sus mejillas sonrojadas y los labios ligeramente separados invitaban a lo prohibido.

Lo intenté, pero no pude.

Intenté controlarme, pero el amor me ganó. La besé... lentamente descansé mis labios sobre los de ella, tomando y entregando para siempre el hermoso regalo que fue nuestro primer beso.

Ambos teníamos doce años.

Nunca le dijimos a nadie lo sucedido, y tras un pacto de sangre, en el cual pinchamos nuestros dedos pulgares con la espina de una rosa, juramos que jamás hablaríamos de ello con nadie, porque debíamos odiarnos “*¿Lo recuerdas? Somos enemigos Aarón*” comentó Clara y yo asentí, aunque admito que mentí, siempre supe que ella era la indicada.

CONTINUARÁ.

Agradecimientos

Gracias a las lectoras por apoyar mi trabajo y dar aliento y vida a mis musas.

Gracias a mi súper correctora, amiga y en este caso lectora cero también (la mejor del mundo) María Angélica Sasías, quien voluntariamente continúa con la tarea de corregir mis novelas... ¡Gracias Angie tqm!

A mis hermosos peques por inspirarme y permitirme soñar... ¡todo por ustedes soles!... ¡La vida es bella!

XOXO

Mia del Valle

Nació un 13 de marzo de 1981 en Montevideo-Uruguay.

Estudió Odontología en UDELAR, carrera que jamás terminó. De carácter un tanto bipolar según ella, se define como una soñadora, que ríe fuerte y habla mucho. Ama escuchar música, cocinar, restaurar muebles y mirar Friends.

Amante de la lectura romántica desde siempre, un día se preguntó... ¿por qué no? De ese instante de locura y gracias a KDP nació su primera novela: Una Propuesta casi Indecente, la cual a la fecha vendió más de 3000 ejemplares en digital, gracias a ella y al pedido de las lectoras, llegó PROHIBIDO ENTRAR y Un acuerdo con el Diablo. En esta oportunidad Mia nos presenta una nueva historia, intensa y romántica, en la que los dolores del pasado y las pasiones ocultas de dos clanes enfrentados por el odio, dan un giro inesperado. *¿Podrá Aarón recuperar a Clara?*

#Chantaje #MiPeorOpción

